

Lamadri

el ReNACIDO

Hugo Lamadrid

Gloria, caída y resurrección
de un trabajador del fútbol

ediciones

al arco

Foto de tapa

Leo Patti

Diseño de tapa

Augusto Pugliese y Juan José Caputo

Diseño de interior

Fede Sosa

Editorial

www.edicionesalarco.com

Fecha de catalogación: 04/05/2020

Lamadrid, Hugo

Lamadrí, el renacido : gloria, caída y resurrección de un trabajador del fútbol / Hugo Lamadrid. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Al arco Ediciones, 2020.

148 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1367-83-2

1. Fútbol. 2. Autobiografías. I. Título.

CDD 796.334092

HUGO LAMADRID



LAMADRÍ el renacido



Gloria, caída y
resurrección de un
trabajador del fútbol

ediciones
al arco

Dedicatoria



A Silvana, mi compañera desde hace más de 30 años. No hay palabra que la defina mejor: mi compañera.

A mis hijos Axel y Melany, porque casi no pude disfrutar su niñez ya que una panadería me consumió las horas y el físico.

A mi hija Morena, La Triunfadorita, que llegó para traer la alegría a nuestro hogar en el momento ideal.

A “el” Rodolfo y “la” Josefa, mis viejos.

A Carmelo y María, mis suegros.



A todos aquellos futbolistas que cumplieron sus sueños.

A todos aquellos a los que el fútbol los abandonó sin previo aviso.

A todos aquellos que una vez que dejaron el fútbol, tuvieron que ganarse la vida haciendo cosas para las que no se habían preparado.

A todos aquellos que hace tiempo dejaron de jugar, pero que aún se sienten jugadores de fútbol.

En especial, a todos aquellos que no pudieron superar el retiro y la muerte les ganó el último pan y queso.



Y a Diego Armando Maradona, porque me hizo feliz desde adentro de una cancha.

Agradecimientos



A Racing Club, Universidad de Chile, Sportivo Barracas de Colón, Aldosivi de Mar del Plata, Juventud Antoniana de Salta, Deportivo Mandiyú de Corrientes, Quilmes A. C., San Martín de San Juan, y Douglas Haig de Pergamino.

A Hernán Casciari y a Luis Rubio, por sus prólogos que engalanan estas primeras hojas.

A Alejandro Wall, porque en una visión que tuvo me dijo: “Flaco, vos tenés que escribir un libro”.

A Carlos Balmaceda, por darme una mano en la hermosa arenga final.

A Fernando Otero, Hernán Claus y Diego Borinsky, por sus aportes, correcciones y consejos.

A “Carucha” Dejtiar, por su magia y su mediación.

A Leo Patti, por la foto. A Augusto Pugliese y Juan José Caputo, por su arte.

A Julio Boccalatte y Marcos González Cezer, de Ediciones Al Arco, por la paciencia.

Prólogo I



POR HERNÁN CASCIARI

La figura vikinga de Lamadrid, a mis diecisiete años, intimidaba. Era como estar viendo a un tótem de seis metros y flequillo, una efigie sobrenatural adentro de la cancha. Para peor, atravesó dos épocas emocionantes de mi racinguismo adolescente: Lamadrid llegó en medio de la vergüenza de un descenso y se fue después de la gloria de una Supercopa. Cuando yo tenía quince años y el fútbol lo era todo, él tenía veinte y se sentía inmortal. Jugaba lesionado, justamente, porque se creía inmortal.

Muchos años después, cuando ya cargábamos cuarenta y cinco y cincuenta, lo escuché hablar por primera vez y supe que había venido al mundo para algo más que jugar al fútbol. Había venido a explicar qué significa ser un jugador profesional. Su historia es maravillosa, pero no lo es por única. Es la historia de la mayoría de los jugadores de fútbol en la Argentina y, por eso, no se cuenta.

En este país solamente narramos las epopeyas. Hablamos mucho de los que salen del barro y alcanzan la gloria. No se suele glosar la historia de aquellos que juegan demasiados partidos con la tibia astillada y nunca más, a pesar de mil operaciones, se pueden recuperar.

Lamadrid no solo tiene una historia que muchos escritores envidiarían, sino que puede narrarla como nadie más podría. En este libro el lector se siente espectador de un documental, no de una ficción. Y además, por suerte, no es una historia épica, es la trayectoria discreta de un trabajador del fútbol. Clubes que no pagan deudas, dirigentes sin escrúpulos que hacen correr noticias falsas (“Che, ojo que Lamadrid está roto”), retiros involuntarios llenos de dolor físico y después una vida sin

ahorros, sin otra preparación que haber jugado siempre a la pelota.

En este libro todo empieza como un cuento de Fontanarrosa y se va transformando en una novela de Dickens. El deportista ya retirado, con una esposa y dos hijos, que no tiene dinero y comienza a vivir en la casa de los suegros. Aquel que había sido un tótem, ahora busca trabajo; más tarde aprende a amasar y pone una panadería debajo de su casa. Son épocas de enorme esfuerzo, donde duerme dos o tres horas al día. No ve a su mujer ni a sus hijos. Trabaja, trabaja como nunca y sin embargo sospecha que no va a levantar cabeza. Entonces, una madrugada, entra un adolescente a robar a la panadería y el tótem, la efigie vikinga, busca un cuchillo y se abalanza sobre el ladrón. Levanta el cuchillo con la bronca de la tibia astillada, tensa el músculo con la impotencia de los contratos incumplidos e intenta matar al que le roba el pan. Y antes de que el cuento de Dickens se convierta en una novela de Lovecraft, escucha el grito de su mujer:

-¡Dejalo, Hugo, es un chico!

Y entonces la cabeza de Lamadrid hace un clic.

En ese momento de la madrugada el exjugador le abre la puerta del destino al narrador, al hombre que ha sido elegido para contar su vida. Porque no es una decisión contar la propia historia: hay una fuerza clandestina que nos obliga a hacerlo. Escribir no se diferencia mucho a jugar lesionado, incluso a sabiendas de que nos destruirá. Escribir es, también, creer que somos inmortales.

Postdata: Hugo Lamadrid me envió hace un tiempo estas páginas (todavía desordenadas y en formato borrador) y me preguntó si eran dignas. Si me permiten, cerraré este prólogo con la respuesta. «Hugo, si a estas historias me las hubiera mandado un gran futbolista sin gracia narrativa (Messi, por ejemplo) le diría que no les veo potencial. Y si me las hubiera mandado un gran escritor que imagina haber sido volante central (Sacheri, por ejemplo) le diría lo mismo. Pero que vos hagas un libro con tu historia es una gran idea, porque la contás mejor que nadie y, sobre todo, porque es verdad. Ni Messi ni Sacheri la podrían contar mejor».

Prólogo II



POR EBER LUDUEÑA (*)

¿Qué hace un jugador cuando baja la cortina? ¿En qué ocupa su vida? ¿En qué actividades busca la adrenalina que solo le puede dar esa mezcla de sudor, endorfinas y átomo desinflamante que es el fútbol profesional?

Con las estadísticas no ofendo ni temo: el 43% se vuelca a la dirección técnica, el 22% al periodismo, el 11% a la representación de jugadores y, atención que aquí viene el dato: un 4,3% pone un lavadero de autos (o inyecta capital en alguno ya abierto). Solo el 0,7% se abraza a la literatura. Pocos. Elegidos. Pero no deja de ser una salida laboral digna. Este camino que inicia Hugo Lamadrid ya fue transitado por otros. Pero les puedo asegurar que ninguno antes lo hizo con su honestidad, con su avidez de contar y con su pinzamiento lumbar. A la hora de escribir, doloroso como cachetada de Transformer.

La relación del fútbol y letras es histórica. Incluso entre los autores clásicos. La literatura tuvo a Borges y a Cervantes... O sea, ciegos y mancos hay en ambos bandos.

También existen los casos de escritores que se destacaron en el fútbol, como Albert Camus que atajó en el equipo de la universidad de Argelia; el Gordo Soriano, que jugó de 9 en un equipo de Cipoletti; o el más cercano Javier Milei, que antes de escribir “Otra vez sopa: maquina, inflata y devaluta”, atajó en las inferiores de Chacarita y en la selección de Libertarios Peleados con el Peine.

El Triunfador y yo nos retiramos vistiendo la misma camiseta: la de Douglas Haig de Pergamino. ¿Casualidad? No creo en eso. Lo conozco. Hay un modus operandi que une nuestras rocambolescas carreras: con

más raspones que pared de garaje, tenemos más Amarillas que Paraguay, y ahora viene su obra en papel.

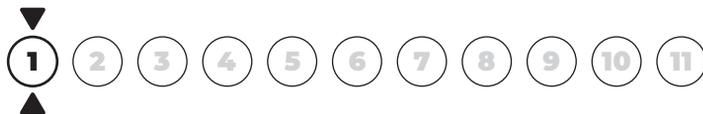
Lamadrid no se zambulle a una piletta sin agua. No se tira de un avión sin paracaídas. No come un chori con chimi en Costanera Sur sin clavarse un protector gástrico. Hugo ha estudiado, ha investigado. Hay muchos títulos de libros que refieren al fútbol y, salvo este excinco de Mandiyú y San Martín de San Juan, nadie lo sabe. Por ejemplo: “La conjura de los necios” narra el desarrollo de la Asamblea de la AFA que determinó jugar un campeonato de 30 equipos. O “De la tierra a la Luna”, que relata la historia de un penal de... bueno, ustedes ya saben quién. Es más, muchos creen que “El centroforward murió al amanecer”, si era centroforward y lo engancharon al amanecer, estaba inspirado en el Ogro Fabbiani.

El mismo Hugo me contó (no pudo no contarme) que maneja la teoría de que “Así habló Zaratustra” es la historia de un wing izquierdo al que siempre echaban por exceso verbal. Pero todavía no lo leyó, así que no se puede confirmar.

El de Lamadrid es el ejemplo que llega para romper –no se esperaba otra cosa de su parte– con la hegemonía de los habilidosos en el mundo de la literatura. Apártense los Valdano, los Pep Guardiolas, los Kurt Lutman. Llegó un cinco que raspa. Y a mí no me sorprende porque los rústicos en la cancha, no lo somos a la hora de enfrentar la Olivetti (ni a Olivetto, porque es segunda amarilla y afuera).

Yo lo intenté y pagué. Pero con este libro de Hugo, les puedo asegurar que la literatura... la literatura no se mancha.

(*) Personaje interpretado por Luis Rubio



Lamadrí, el inmortal

▶ *-Estudiá, Hugo, estudiá... El día de mañana te vas a arrepentir.*
¿Cuántas veces me lo habrá dicho mi vieja? Decenas. Cientos.
Miles.

Pero, a los 20 años, tengo un problema: soy futbolista, llegué a Primera y me creo inmortal.

De golpe tengo un auto nuevo, plata en el bolsillo, fama. Firmo autógrafos, salgo en la tapa de los diarios, me gritan ídolo en la calle. Mi cabeza no está preparada para procesar tanta información; tampoco me prepararon para poder hacerlo.

Nadie me dijo que la vida útil del jugador de fútbol es más que limitada. Yo sabía que el fútbol era hermoso, una pasión universal, pero nadie me dijo que en un contragolpe te pueden agarrar mal parado y con la defensa desarmada.

Y que se puede acabar todo en un instante.



Terminaba el torneo Apertura 1988-1989 y ya habíamos clasificado a Racing para la Copa Libertadores después de más de 20 años. Racing no la jugaba desde 1968. Logramos el pasaje con un 0 a 0 una tarde en cancha de River frente a Platense. Nos quedaba solamente enfrentar de local a Boca para que terminara la primera rueda y el año, y nos toma-

ríamos vacaciones siendo punteros.

Pero nada es previsible. En la vida de un futbolista tampoco: el partido, en el Cilindro, se suspendió antes del inicio del segundo tiempo porque le tiraron un petardo al arquero de Boca, Carlos Fernando Navarro Montoya. El Tribunal de Disciplina les dio el partido ganado y a Racing le descontaron dos puntos.

Debí tomar ese ejemplo como enseñanza. Todo puede cambiar en un instante.

Pero no: me sentía inmortal. Me creía Superman. ¿Qué más le podía pedir a la vida y al fútbol? Tenía 22 años, me había afianzado en Primera y compartía el plantel con nombres como los de Ubaldo Matildo Fillol, Néstor Fabbri, Miguel Ángel Colombatti, Rubén Paz, Walter Fernández, el “Toti” Iglesias.

El futuro me sonreía, en los diarios me anunciaban un gran futuro y mi apellido se empezaba a codear con los grandes 5 de los ‘80. Para los periodistas deportivos yo comenzaba a formar parte de un grupo selecto de volantes centrales con Claudio Marangoni, el “Checho” Sergio Batista, Fernando Redondo, entre otros; y ya se hablaba de una posible citación al seleccionado de Carlos Salvador Bilardo.

-Te está siguiendo el Narigón –me dijo un día, como una confidencia, un periodista amigo.

Yo ya había formado parte del Juvenil con Carlos Pachamé. Ahora me seguía Bilardo para sumarme a la Selección que venía de ser campeona en México 86 y que, sin la obligación de pasar por las Eliminatorias, se encaminaba al Mundial de Italia 90.

¿Cómo no sentirme inmortal? Nadie me dijo que me proyectara 15 ó 20 años, que me pensara con 35 o 40 años de edad y ya como ex jugador.

¿Podría haber pensado así? No lo sé. Nadie me dijo.



19 de febrero de 1989. Es una tarde hermosa para jugar al fútbol. Estamos en Alta Córdoba para enfrentarnos a Instituto.

Soy titular, dice el Coco Basile. Balerio, Olarticoechea, Costas, Zaccanti, Olarán, Acuña, yo, Colombatti, Ortega Sánchez, Medina Bello y Walter Fernández.

Estamos 2 a 0, ganamos bien con dos goles de Medina Bello, promedio el segundo tiempo, manejamos los tiempos con tranquilidad esperando el final del partido.

Viene una pelota alta. La espero. Tengo tiempo para levantar la cabeza y mirar a mis compañeros. Pienso en esa fracción de segundo: si hay alguno libre busco el pase, si se complica, la tiro a la tribuna. Están todos marcados. Espero la pelota para un despeje fuerte y ahí voy. Siento el impacto del pie derecho sobre la pelota y, de inmediato, siento como si algo me arrancara el pie derecho. Vi a mis compañeros pero no veo al rival. No lo veo. No llego a amortiguar el golpe.

Siento el ruido a hueso roto. Después, oigo el silencio.

Caigo al piso sabiendo que pasó algo grave. Me quedo quieto. Bajo la mano hacia la zona del dolor con una única esperanza: que no tenga un hueso roto perforando la media, clavado en la tierra. El partido sigue: yo estoy tirado en el piso, quieto, y el partido sigue. ¿Nadie repara en que un volante acostumbrado al roce y al combate está quieto, en el piso, agarrándose el tobillo? Ni siquiera me animo a levantar la mano para pedir atención. El dolor me paraliza. Algo se rompió.

Me recuesto sobre el costado derecho de mi cuerpo. Me agarro la lengüeta del botín con la cara hundida en el pasto. Escucho mi respiración. Trato de calmarme.

Por la cara me caen gotas de un sudor frío.

Tengo miedo.



Después de 20 años, en nueve días Racing volvía a la Libertadores con un partido en Perú, contra Universitario de Lima. Un momento con el que sueña todo futbolista. Teníamos equipo para dar pelea, para ilusionarnos nosotros y los hinchas, y yo en ese momento sentía que no iba a poder estar.

Nunca pude recordar si del campo de juego de Instituto salí en camilla o caminando. El tobillo se me había hinchado tanto que no podía soportar el botín. No sé si rengueaba, si arrastraba el pie, si el médico me ayudó a salir. No recuerdo nada, salvo el dolor terrible cuando el doctor intentó hacer los movimientos de rutina con mi tobillo para comprobar el grado de la lesión.

Cuando me sacaron el botín y la media y me cortaron las vendas con una tijera, mi tobillo era una masa deforme, colorada y brillante. Caliente. Recuerdo que estaba caliente cuando lo toqué con mi mano temblorosa.

El médico me miró por unos segundos y yo entendí todo. Sentado en el piso, con la pierna izquierda flexionada y la derecha extendida, me dejé caer hacia atrás, sentí el pasto húmedo y clavé la mirada en el cielo. La puta madre.



Faltan 12 minutos para terminar el partido. Se escucha un grito: gol de Instituto. Ahora ganamos 2 a 1, Instituto aprieta y no tenemos más cambios.

-¡Flaco, Flaco! –escucho el vozarrón inconfundible de Basile. Me levanto.

-¿Qué, Coco? –le pregunto.

-¿Podés seguir?

Lo miro al doctor. También me mira. “No Flaco, no entres, estás loco, te vas a terminar de romper todo”, me dice con la mirada.

Pero soy inmortal.

-Claro, Coco, esperá que vea cómo me pongo el botín y entro.

Aflojo todo lo que puedo los cordones del botín, es la única forma de calzarlo. Me paro, levanto la mano, el árbitro me da el ingreso al campo. Me ubico unos metros por delante de los dos marcadores centrales para armar un triángulo, como indican los manuales al momento de tener que defender un resultado. Lloro del dolor, pero disimulo. Pongo cara de malo: por acá no pasan. Pero ruego que vengan: las dos veces que

salimos del asedio tengo que correr hacia adelante y el dolor me parte. Cuando nos atacan, en cambio, me puedo quedar parado, nada más que ocupando el espacio. Para eso entré.

El árbitro pita. Termina el partido. Termina esta tortura.

El Coco me felicita, algunos compañeros me abrazan. Hay que bañarse, atender a la prensa, ir al aeropuerto y volver a Buenos Aires.

Ganamos. Yo siento que perdí.



Hoy es común ver a un futbolista lesionado que, inmediatamente después del partido, es llevado a un centro médico de alta complejidad para hacerle estudios urgentes si el doctor lo considera necesario. Los adelantos científicos detectan un desgarro de milímetros con una resonancia magnética y en media hora el parte médico informa a la prensa cuánto tiempo de recuperación necesitará ese jugador para volver.

En otros tiempos, una rotura de ligamentos cruzados, por ejemplo, significaba el retiro del fútbol. Hoy sigue siendo una de las lesiones más graves y temidas, pero gracias al progreso de la medicina deportiva en unos meses el jugador puede recuperarse y volver a las canchas. Los tratamientos son activos, se entrenan grupos musculares que no estén afectados por la lesión y la psicología deportiva te puede ir ayudando a elaborar y a resolver en tu cabeza el padecimiento de esa lesión, entendiendo que es uno de los riesgos de esta actividad. El cariño de los hinchas y los deseos de una pronta recuperación te llegan de a miles a través de las redes sociales y eso te da fuerzas para encarar la vuelta con más ganas.

La noche del domingo 19 de febrero de 1989, mi proceso de recuperación comenzó en mi casa de Villa Domínico, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, con tres cubitos de hielo en una bolsita de nylon sobre mi tobillo, envuelto en un repasador verde y blanco que decía Hogar Dulce Hogar.

Recién a primera hora del día siguiente, lunes 20, fui a un sanatorio de Ciudadela para que me hicieran una radiografía y constataran la gra-

vedad de la lesión, aunque yo ya sospechaba de qué se trataba. Mi viejo tuvo que faltar a su laburo para poder llevarme en el auto. No había periodistas esperándome en la clínica.

Ya en la sala de espera y mezclado entre otros pacientes me sentía desolado, sin respaldo; solo con mi viejo, con la pierna estirada y advirtiendo con mi mano extendida a cada uno que se acercaba para que no me la llevara por delante.

“Pasá”, me dijo finalmente una joven radióloga. Me contó que se había recibido hacía pocos meses. “Me dijeron que iba a tener que hacerle una placa a un jugador de fútbol. ¡Sos el primer jugador de fútbol al que le voy a sacar una radiografía! Pero yo no sé nada de fútbol. ¿Dónde jugás vos?”.

Las salas de rayos son frías, nunca supe por qué. El tobillo, en cambio, me ardía.

“Te voy a pedir que no te muevas y que no respires. Así quietito te vas a quedar”, me pidió la radióloga. Yo temblaba, el cuerpo se me movía solo. Una luz tenue me alumbraba el pie y sobre el tobillo se me dibujó el cruce de dos líneas, como si fuera la mira de un arma, hacia donde, supuse, apuntaba el radiógrafo.

Desde un cuartito contiguo escuché la voz ya lejana de la radióloga, “no te muevas, no respires... ya está”, así, ya está. ¿Cómo que ya está?, pensé. ¿Me amenazaste para que no me moviera, me viniste metiendo presión y ya está? ¿En la carrera de un radiólogo existe la materia Presión al Paciente?

“Listo. ¿Me esperarás afuera, por favor? Gracias”, me pidió, ya más distante.

Volví a la sala de espera. No había televisor ni monitores. Me entretuve con el numerito de papel amarillo de mi turno, que era igual al de la carnicería de Cadorna y Helguera, en Wilde. Mi viejo estaba sentado a mi lado.

Un rato después volvió a salir la doctora. “Lamadri”, dijo, así, sin la d final. Tal vez ya sucedía, pero desde entonces me di cuenta de que todos me llamaban así, Lamadri. “¿Usted es el papá? –se digirió a mi viejo-. Entre también, don Lamadri”.

Se empezaba a develar el misterio.

“¡Qué lindo que saliste!” intentó el chiste, a destiempo, la doctora, como si me quisiera preparar para lo que se venía. El viejo recurso de “la caricia y la cachetada”.

Cuando entendió, por mi mirada, que el chiste había sido innecesario, me pidió que me sentara y me dijo con un tono de velorio: “Tenés astillada la base de la tibia. Te tenés que operar para que te hagan una toilette porque esa parte astillada de la tibia choca contra el astrágalo y la articulación no sólo va a tener un movimiento limitado sino que te va a doler porque chocan hueso contra hueso. Aunque tenés suerte de que no se fracturó la tibia, sino que se astilló”.

“Tenés suerte”. La frase me quedó retumbando en la cabeza. En ese momento supe cómo se siente alguien cuando le baja la presión. Supe también que mi viejo, un sargento retirado de la policía federal, podía llegar a tener sentimientos que le pusieran los ojos vidriosos. Y supe que el astrágalo es un hueso del pie con nombre de héroe de los Avengers.

Había que enyesar el pie, esperar que se desinflamara el tobillo y después poner una fecha para la intervención quirúrgica.

Ese día, lunes 20 de febrero de 1989, a ocho días de que Racing volviera a la Copa Libertadores con un partido ante Universitario de Lima y mientras me humedecían las vendas alrededor del pie para convertirlas en una bota de yeso, comencé un proceso mental y emocional de odio, de resignación, de dolor.

Lo curioso fue lo siguiente: nunca supe quién me lesionó, cómo siguió su carrera, si fue un gran jugador o no. A pesar del odio y de la bronca nunca tuve sentimientos de venganza hacia él, a tal punto que ni siquiera me preocupé por saber su apellido.



Volví a mi casa con la bota de yeso y un par de muletas que me ayudaban a caminar. Mi vieja me preparó el sillón del living para hacer más entretenida la estadía mirando televisión, en tiempos en los que sólo teníamos cuatro canales de aire y para sintonizar un quinto, que era el 2,

había que subirse al techo y direccionar la antena hacia la ciudad de La Plata. Pero estaba claro que dadas las condiciones de limitada movilidad en la que me encontraba, pasaría bastante tiempo para poder volver a ver el canal 2.

Mis viejos, con las monedas justas, hacían malabares para poder comprar los antiinflamatorios y calmantes que demandaba mi tratamiento, porque aparentemente en Racing habían puesto en marcha un novedoso plan piloto para el tratamiento y cura de lesiones óseas a través de la fe y de la palabra.

Quien sí pasaba cada tarde era el kinesiólogo del plantel, el querido Cacho Mallo, que tenía el mismo secreto para los dolores y para el whisky: “Ponele hielo, flaquito”.

Así empezaron a pasar los días siguientes: martes, miércoles, jueves. El domingo Racing recibiría a Newell's Old Boys por el torneo local y por la noche viajaría a Perú para jugar dos partidos: el debut ante Universitario, el martes siguiente, y contra Sporting Cristal tres días después, el viernes.

Yo iba a mirar los dos partidos desde el sillón, enyesado.

En teoría.



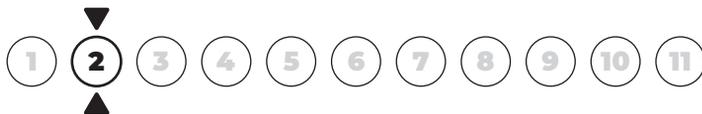
Digo en teoría.

Abro el interrogante con la ilusión de que, al menos, quienes tengan este libro en sus manos lleguen al final de este primer capítulo.

No por conformismo: aprendí a la fuerza y a los golpes que un gran logro se construye con pequeños logros diarios; y además ahora todo cuesta el doble.

Ya no soy aquel futbolista al que le pedían autógrafos o fotos a la salida de un entrenamiento o al que llamaban desde los programas de radio y de TV.

Ahora soy nadie.



Tres agujas

▶ El martes 28 de febrero de 1989 por la noche, la inconfundible música de apertura de la transmisión de los partidos de Copa Libertadores me sorprendió en el sillón del living de la casa de mis viejos en Villa Domínico. La voz todavía poco conocida de un joven Marcelo Tinelli abrió la transmisión por Canal 13 desde Lima con las novedades de Racing: “El equipo de Coco Basile llega con dos bajas. La más importante, la del Pato Fillol, que no viajó por un problema en la rodilla. Y la otra es la de Lamadrí, que se quedó en Buenos Aires a la espera de confirmar la fecha para la intervención quirúrgica de su tobillo derecho”.

Las novedades de Universitario de Lima las dio Ernesto Cherquis Bialo: “Hay dos jugadores a seguir en el equipo de Juan Carlos Oblitas: José Chemo del Solar en el mediocampo, y el rapidito Eduardo Rey Muñoz por la franja derecha del ataque de su equipo”.

A Del Solar ya lo conocía, era un volante extraordinario. A Rey Muñoz lo conocí de lejos en ese partido: un puntero derecho bajito, morrudo, bastante hábil pero canchero. De esos jugadores capaces de poner nervioso a todo un equipo y, obviamente, también a mí: hizo que en el sillón de mi casa me brotara toda clase de sentimientos negativos.

Su gesto técnico preferido era frenar, pisar la pelota y amagar pasando reiteradamente su pie sobre el balón; una jugada inmortalizada por Corbatta o por Garrincha que, a Rey Muñoz en edad escolar y en

cualquier potrero de Avellaneda, le habría costado dos o tres meses de faltar a clase.

Racing perdió 2 a 1 y sufrió dos expulsiones: la del arquero Julio César Balerio y la del defensor Carlos Olarán.

Sentí mucha bronca. Bronca de no poder estar dentro de la cancha en ese momento, bronca por la derrota y, por qué no, bronca con Rey Muñoz. Me dio bronca no poder acercarme a decirle amablemente que no estaba bien ese gesto cuando estaban ganando y al partido le quedaban pocos minutos. No era una muestra de caballerosidad deportiva cargar al rival con el partido casi definido. Le pude haber perdonado una bicicleta a Sergio Saturno, pero Rey Muñoz, si por mí hubiera sido, se habría sacado un pasaje para visitar algún lejano planeta.

Pero yo estaba enyesado, tratando de comer sin atragantarme un churrasco con puré que me había hecho mi vieja y, para peor, sin saber cuánto tiempo pasaría para que pudiera volver a una cancha. Lo que es lo mismo que decir: sin saber si tendría la fortuna de coincidir con Rey Muñoz dentro de un campo de juego.



Ahora es miércoles 29. Las diez de la mañana. Mi vieja me despierta algo ansiosa.

-Hugo, te llamaron por teléfono de Racing. Dijeron que Basile pidió algo desde Lima pero no me acuerdo. Levantate que te van a llamar en 15 minutos a lo de Alicia.

En casa no tenemos teléfono. Para las urgencias damos el número de Alicia, nuestra vecina, que es maestra y me había preparado para el ingreso al secundario en la Escuela Nacional de Comercio de Avellaneda “Dalmacio Vélez Sarsfield”, el querido “ENCA” de Avellaneda, y me conocía desde que había nacido.

Me calzo las muletas y voy a lo de Alicia. ¿Qué puede ser tan importante o tan urgente? ¿La confirmación de la fecha para la operación?

Alicia me espera con un café con leche. Me da charla mientras esperamos la llamada. Me da ánimo: siguió todo mi progreso desde las

Inferiores de Racing hasta llegar a la Primera y ahora sabe lo que estoy pasando. Hasta que suena el teléfono.

Atiende Alicia. “Ya le paso con él”, dice.

Agarro el tubo.

-¿Hola? –digo.

-Hola Flaco, ¿cómo estás?

Otra vez, el vozarrón inconfundible del Coco Basile.

-Bien, Coco, ando mejor. Estoy enyesado y cuando baje la inflamación del tobillo me van a operar. Eso me dijo el médico la última vez que hablé con él.

-¿Pero cómo te sentís? ¿Te duele el tobillo? No podés jugar, ¿no?

Hago silencio. Un silencio de unos pocos segundos para procesar la pregunta pero, por sobre todas las cosas, para procesar la respuesta.

-Estoy enyesado Coco. Estoy todo roto. Me operan en unos 15 días calculo yo.

-¿Y si te sacás el yeso y probás? Te necesito para el viernes. A vos y al Pato.



Como ya dije: a los 20 años el jugador se siente Superman. Es inmortal. Cuando el Coco me dijo que me necesitaba, en mi cabeza no hubo ningún filtro que al menos me hiciera evaluar por un segundo la locura que estaba a punto de cometer. Creo que me fui sin saludar ni agradecerle a Alicia por la charla y el café con leche.

Volví a casa y le pregunté a mi vieja por las llaves del auto. Me las señaló pero sin preocuparse: ¿cómo iba a imaginarse que yo, enyesado como estaba, podría salir?

Puse en marcha el Falcon modelo 81. El motor retumbó en las paredes del garaje y de mi cabeza. Superman había ganado la batalla y puso primera. La palanca de cambios al volante, la radio con sus cinco robustas teclas que te llevaban de una emisora de radio a la otra, la butaca enteriza de cuero, el pie enyesado sobre el acelerador.

Llegué al club. La cosa era más o menos así: me estaban esperando

en la cancha de Racing para quitarme el yeso (ya lo llevaba puesto varios días para darle tiempo a que el tobillo se desinflamara y así poder operarme); después probarme dentro de una cancha de fútbol y, finalmente, ver si podía subirme a un avión esa misma noche para jugar un partido de Copa Libertadores de América en 48 horas. Con un pie roto.

Entré al estacionamiento por el lado del pasaje Corbatta. Bajé del auto con dificultad y golpeé la puerta del consultorio. Es el día de hoy que no recuerdo quién me abrió. Entré apoyado en las muletas y me subí a la camilla: tampoco recuerdo quién me sacó el yeso; probablemente un médico de las divisiones inferiores. Sí recuerdo el miedo a que me rebanara la pierna y, una vez que me sacó el yeso, el miedo a mirarme el pie.

Busqué un punto fijo en la pared para distraerme. Hasta que escuché: “No está tan mal”. Entonces sí, me vi el tobillo y me lo acaricié sin decirle lo que estaba por hacer.

De ahí me llevaron a la pileta: tenía que caminar un poco en el agua para aflojar el pie (a las 48 horas de inactividad los músculos comienzan a atrofiarse y el gemelo de mi pierna derecha prácticamente flameaba). Después de varios días de reposo, esos fueron los primeros 50 metros que caminé, de los vestuarios a la pileta. No me dolía mucho al dar los pasos, pero sentía que no tenía una movilidad normal, como si el tobillo se me trabara. Recordé lo que me había dicho la radióloga: “Van a chocar hueso contra hueso”. ¿Sería eso lo que me estaba pasando?

Me hicieron caminar de manera transversal por la parte baja desde el andarivel 1 al 6 de la pileta, ida y vuelta; dos muchachos que recogían las hojas que caían al agua me miraban como si estuviera loco; en cambio, dos señoras que estaban tomando mate me reconocieron y me preguntaron qué hacía ahí, por qué no había viajado a Perú.

¿Dolía? No mucho. Pero claro, caminar dentro del agua no es lo mismo que hacerlo en piso firme. Y tampoco sería lo mismo, pensé en ese momento, corriendo en una cancha, de visitante y jugando por los puntos.

Pero bueno, había que tomar una decisión. ¿Podría viajar o no? ¿Podría jugar dos días después en Lima contra Sporting Cristal en un parti-

do de Copa Libertadores con la base de la tibia astillada? Para eso había que probar al tobillo un poco más a fondo.

Salí de la piletta y me calcé un par de zapatillas. En la cancha auxiliar estaba entrenando la quinta división y hacia allí fuimos. La idea era hacer unos minutos de fútbol para probar cómo respondía el tobillo ya con la exigencia de correr hacia adelante y atrás, de girar, de saltar, de patear una pelota. Cómo manejar el dolor de ir a trabar fuerte. Y, sobre todas las cosas, cómo dominar el temor.

Me dolió mucho al entrar en calor a un costado de la cancha, cerca del banco de los suplentes. Pero mucho. Me acuerdo de ese dolor tan intenso y de la radióloga. Porque además del dolor, estaba limitado en el movimiento de flexión y extensión del tobillo, como ese movimiento que se hace al pisar y soltar el acelerador de un auto.

Empecé a desplazarme de costado, como haciendo diagonales cortas, porque encontré en ese movimiento un lugar donde el pie no me dolía tanto. Entonces trataba de engañar a todos en una especie de continuidad de la entrada en calor pero ya adentro de la cancha. Y los engañé a todos. Menos a mí.

A los cinco minutos pedí salir y les dije que me sentía bien. Que con dos días más de reposo, más onda corta y ultrasonido (que eran los únicos adelantos médico-científicos que teníamos) y una infiltración con xilocaína podría jugar. Sin bañarme me subí al Falcon y regresé a mi casa. Casi no podía manejar. Había que acelerar y desacelerar.

Cuando volví, mi viejo ya había vuelto de trabajar. Me miró sin entender nada.

¿Cómo que vas a viajar esta noche?

¿Y el yeso?

¿Y el pie roto?

¿Vos estás seguro de lo que vas a hacer?

No, no estaba seguro de nada. Pero era Superman.



Ezeiza, avión, Lima. En ese vuelo viajamos junto al Pato Fillol y

Gustavo Szulz, ya que en el primer partido de la fase había sido expulsado Carlos Olarán y el plantel necesitaba otro marcador de punta por izquierda. El vuelo fue espantoso por una tormenta que duró la mitad del trayecto. Pero la tormenta terminó siendo lo de menos.

Llegamos a Lima entrada la madrugada. Juan Carlos Crespo, el mejor dirigente que yo conocí en Racing, nos fue a recibir al aeropuerto y de allí nos llevó a un hotel, que estaba en las afueras de la ciudad.

Cada vez faltaba menos. A medida que se acercaba la hora del partido, el temor era mayor. Se acrecentaba mi incertidumbre, no la de los demás. Porque para el resto yo estaba más o menos bien como para jugar, como si nadie se tomara demasiado en serio eso de tener astillada la base de un hueso de la pierna.

A la noche tuve que tomar una pastilla para poder dormir. Mi cabeza no paraba.

Al otro día, ya después del almuerzo, hicimos un descanso y a las cinco de la tarde fuimos a entrenarnos. Ya no había tiempo para mentir. Ya no había lugar para arrepentirme y dar un paso atrás.

Habíamos acordado que me infiltrarían xilocaína con una aguja “mosquito” en dos lugares del tobillo: del lado de adentro y del lado de afuera del pie. Una aguja mosquito tiene apenas un centímetro de largo: dolió un poco cada pinchazo pero casi no sentí el líquido al entrar. Me quedé unos minutos recostado en la camilla como precaución por si me bajaba la presión. Empecé a sentir un pequeño cosquilleo en la piel, señal de que el anestésico estaba comenzando a hacer su trabajo.

Al incorporarme, el médico me preguntó cómo me sentía. Sin mirarlo, con mi cabeza hice dos pequeños movimientos de arriba hacia abajo nada más, como diciendo “está todo bien pero no me hables porque no te quiero escuchar”. Tenía miedo y sentía demasiado el hueso contra hueso. La cantidad de xilocaína no había sido suficiente porque no llegó al interior de la articulación ni me durmió la zona de contacto entre los huesos, porque ese lugar está de frente en el pie y no a los costados.

-Vamos a tener que infiltrar acá para poder llegar adentro de la articulación con la otra aguja, con la aguja común –me dijo el médico.

Ese “acá” era la parte frontal del pie, donde el empeine termina y uno

se encuentra con la pierna. Es ahí adentro, en ese lugar donde las astillas de la tibia chocan con el astrágalo. Y la “aguja común” mide alrededor de 4 centímetros. Sí, había que meter una aguja de esas dentro de la articulación para que fuese más efectivo.

Le dije que no. Que para el entrenamiento iba a soportar el dolor; que la infiltración con la aguja común me la hiciera al día siguiente, el viernes, para el partido.



Es el segundo partido de Racing en la Copa Libertadores del 89. Jugamos en Lima con Sporting Cristal. En el grupo están también Universitario de Perú, con el que perdimos 2 a 1 en el debut, y Boca Juniors.

Llegamos al estadio en dos combis pequeñas, escoltados por una custodia policial más bien escasa. En los pasillos me cruzo con Marcelo Tinelli.

-Hola Flaco –me saluda.

-Hola Marcelo, ¿cómo andás?

-Bien, bien, empiezo un programa de deportes a la noche. Espero que me vaya bien.

Mi cabeza está en otro lado. ¿Un programa de deportes a la noche?, me pregunto. No creo que le vaya bien, me respondo.

En el vestuario la ropa está lista y ordenada. El número 23 es el mío e indica con poco margen para la duda que mi apellido había entrado sobre la hora a la lista de buena fe de 25. Camino de un lado al otro, miro los botines: los de tapones bajos son de una marca; los de tapones altos, los de aluminio, son de otra.

Me cambio. Voy repasando mentalmente cuál es mi lugar en la barrera en los tiros libres; a quién tengo que marcar en pelota parada en contra y a dónde tengo que ir a buscar el cabezazo en la pelota parada en el área rival. Recuerdo a Fito Páez cantando “Casi son las tres, tres agujas tengo en la cabeza”.

Llega el médico. Me recuesto en la camilla. Extiendo la pierna iz-

quierda. Flexiono la pierna derecha, apoyando la planta del pie y dejando de frente al médico el lugar donde tenía que infiltrar: ambos costados del pie con la “aguja mosquito”, y la garganta del tobillo para introducir la “aguja normal” hasta la articulación.

El médico me infiltra los costados. Casi no siento los pinchazos. Pero ahora el médico agarra la inyección más grande, con la aguja larga, y le tiembla la mano. Transpira y le tiembla la mano. Apoya la aguja sobre la piel y aunque le sigue temblando la mano, empieza a presionar lentamente.

Yo transpiro también. Yo tiemblo también. Me tiembla el pie. El médico empieza a apurarse: la anestesia tiene que hacer efecto antes del partido. El kinesiólogo Mallo me agarra la rodilla para impedir que la pierna me siga temblando. Alguien, no sé quién, me agarra desde atrás y me aplasta los hombros contra la camilla.

Otro me agarra la pierna izquierda, pero yo ya cerré los ojos.

La piel se rompe. La aguja empieza a entrar. Por primera vez deseo fervientemente estar en casa, en mi viejo sillón comiendo un churrasco seco y frío, mirando por la televisión el partido que está por empezar. Escuchando esa música de apertura de los históricos partidos de Copa y el “pum para arriba” de Tinelli.

La puta madre. No se lo deseo a nadie.

-Tranquilo que ya termino -me dice el médico. La aguja adentro de mi tobillo empieza a moverse en distintas direcciones, apuntando hacia diferentes lugares en lo profundo de la articulación para disparar la anestesia y que los tiros sean efectivos.

-Ya está, Flaco. Ya pasó.



No puedo explicarlo del todo bien, pero en ese momento me dieron ganas de llorar y no por el dolor. Fue como si me hubiese sentido destratado, como si toda esa improvisación no valiera la pena. Porque era justamente eso: nadie me aseguraba que todo ese sufrimiento valdría la pena.

Y mucho menos me dijeron que podía estar poniendo en riesgo mi carrera.

Fue la primera vez que me pregunté: ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Para demostrarle qué cosa a quién?

Todo pasó en cámara lenta. Me vendé, me puse los botines, hice una entrada en calor más liviana que el resto. Por un momento fue como si no estuviera: los gritos de aliento y de compromiso, tan comunes antes de salir del vestuario, no me conmovieron en lo más mínimo. Al revés: empecé a sentir un odio irracional, no sé hacia qué o hacia quién, y lo único que quería era salir a la cancha.

-Flaco, ¿cómo te sentís?, me preguntó el médico por única vez.

-Como la mierda, la concha de tu madre. ¿Cómo querés que me sienta? Si se tiene que romper que se rompa todo hoy, pero nunca más me voy a dejar hacer lo que me hiciste recién.

Así le respondí. El médico no tenía la culpa, pero me salió así.

Jugué uno de los mejores partidos de mi vida. Con el pie semidormido hasta los 20 minutos del segundo tiempo, cuando se empezó a despertar y a doler. Íbamos ganando 2 a 1, igual que el partido contra Instituto, pero no salí. El dolor no me impidió disfrutar el gran partido que terminé haciendo.

¿Que me amonestaron en el primer tiempo? Sí, ¿y qué?

¿Que le pegué accidentalmente una patada en la mandíbula a un rival en la mitad de cancha cuando fui a rechazar una pelota, como contra Instituto aquella tarde de sábado, pero esta vez sí pude ver al rival cuando venía a cortarme? Sí, ¿y qué?

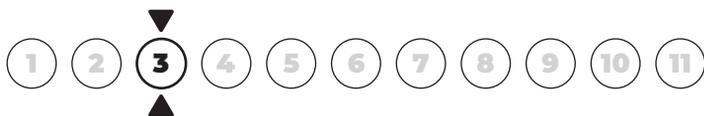
¿Que me rompieron la ceja derecha de un codazo y me la pegaron con la gotita cuando terminaba el primer tiempo, y terminé el partido con un apósito que se me caía sobre el ojo y me molestaba para ver? Sí, ¿y qué? Así es la Copa Libertadores de América.

Para muchos medios fui la figura del partido. Los elogios me provocaron un gran orgullo, pero también me tendieron una trampa letal: cuando se evaporaron los efectos de la xilocaína, el tobillo me empezó a doler mucho más que antes.

Regresamos a Buenos Aires. Y yo debía tomar una decisión trascen-

dental: pensar en mí, operarme, recuperarme de la mejor manera para continuar con mi carrera; o seguir sintiéndome Superman, la figura del partido en la fría noche de Lima.

CAPITULO



La Nashua 23

▶ Luego de ese partido en Lima contra el Sporting Cristal, los comentarios periodísticos y las opiniones de los hinchas coincidían en que me habían visto muy bien. Recuperado, corriendo, metiendo, siendo importante en el medio de la cancha. Haciendo los relevos y siendo solidario con mis compañeros. Y no entendían demasiado cuando se enteraban que tenía un hueso roto y un tobillo ávido de entrar a un quirófano.

El jugador de fútbol suele esconder sus miedos y sus inseguridades. También los dolores, las angustias, las derrotas y las frustraciones, que por lo general lo acompañan mucho más tiempo que las alegrías, los festejos, los triunfos y los campeonatos. Son más los momentos ingratos que los otros; y las alegrías son compañías efímeras que, por eso mismo, hay que festejarlas siempre como si fueran la última.

Esto es lo que señala mi experiencia: el jugador de fútbol debería aprovechar sus oportunidades y pensar primero en él, porque cuando ese momento alegre se transforma en uno que no lo es tanto, el mismo que te palmeaba la espalda en el mejor de los casos ya no está cerca; el periodista al que le interesó forjar una relación con vos desde que eras un pibe, te podría llegar a asesinar por ser tendencia en una red social por un día; y el dirigente que te pedía por favor que no te vayas del club en medio de los festejos, no te atiende el teléfono cuando los insultos bajan de la popular y tan lejos quedaron los abrazos y las promesas en

aquel vestuario ganador.

¿Quiénes somos para cuestionar al futbolista que priorizó su pase a un mercado de segundo nivel si eso redundaría en una mejora económica importante y su familia puede mejorar su calidad de vida? ¿Con qué autoridad nos metemos en el bolsillo del otro sabiendo que la profesión de ese otro tiene una duración máxima de 15 ó 20 años y es atravesada por muchos momentos o imprevistos que pueden cortar la carrera?



Tenía que tomar una decisión importante. Ya no podía caminar sin dolor y Racing disputaba el torneo local y recorría bien encaminado el grupo 4 de la Libertadores.

El Coco me quería en el equipo de la Copa y me pidió que me infiltrara para entrenar. El médico por lo bajo me decía que me tenía que operar, pero que la decisión era mía. Para mis viejos la decisión que yo tomara iba a estar bien y no tenía un representante de los de hoy, que ante una gripe le aconseja a su jugador que se quede tapadito en la cama. No tenía a nadie que me hiciera ver que estaba poniendo en riesgo mi carrera.

Al pedido del Coco yo le hice una contraoferta: dejar de entrenar e infiltrarme solo para jugar los partidos de la Libertadores.

Se venían dos choques contra Boca y las revanchas contra los dos equipos peruanos para definir la zona y el pase a octavos de final. En esa sucesión había un partido que yo esperaba con particular expectativa: con Universitario de Lima en el Cilindro. Quería confirmar si la calidad y las agallas de Rey Muñoz estarían también en Avellaneda.

Pero claro, antes de cada partido había que pasar por la sala de tortura y si bien cada una de esas situaciones fueron traumáticas, dolorosas y sentía exactamente lo mismo que en aquella primera de Lima, hubo una muy particular en cancha de Racing la noche en que enfrentamos justamente a Universitario.

El vestuario de Racing de aquellos días no tenía las comodidades de hoy. Cuando tengo la oportunidad de entrar en estos tiempos a ese

vestuario, miro con nostalgia que los jugadores tienen su lugar personalizado para cambiarse: ese lugar exclusivo y tan propio está ploteado con su imagen y el número que lleva en su espalda; un asiento de TC 2000 con un cómodo almohadón de color azul donde antes de cada partido ya lo están esperando una remera para la entrada en calor, el pantalón y las medias. Tiene dos ganchos para colgar su ropa prolijamente, un espacio debajo del banco donde están las zapatillas y los botines; y otro espacio arriba, como si fuera ese compartimiento para poner un bolso en un micro de larga distancia.

En 1989, el lugar donde yo me cambiaba era un banco de madera de 1,60 de largo aproximadamente que compartía con cuatro compañeros más. Y para nuestras pertenencias, un gancho de metal para cada uno agarrado por dos pequeños tornillos a la pared. Sentíamos el roce de la piel con el compañero que teníamos a nuestro lado. Compartíamos de otra forma nuestros nervios previos, más íntimamente si se quiere, e inclusive podíamos corregir a quienes se vendaban mal, es decir a favor del esguince.

Los masajes del querido gordo Pedutto con vaselina líquida, el olor del Aceite Verde Esmeralda en el aire que alguno todavía usaba y era víctima de las cargadas del resto, la voz del Pato Fillol con sus constantes bromas –que luego entendí que las hacía para relajar esas tensiones que todos teníamos antes de los 90 minutos-, los periodistas que tenían permitido entrar al vestuario hasta minutos antes del partido... Lo que se vivía en ese ámbito propio, nuestro, antes de un encuentro era una de las cosas que más disfrutaba.

Aquel vestuario tenía una puerta que comunicaba a un lugar más pequeño y privado en el que funcionaba una especie de consultorio médico. Con un techo alto y un tubo de luz fluorescente que tardaba mucho en encender y parpadeaba infinitamente una vez encendido. Tenía las paredes pintadas de blanco, baldosas que ya eran antiguas para esa época y las tapas de las luces grandes, rectangulares y blancas con la tecla de encendido negra que sobresalía, a la que había que agarrar con el pulgar y el índice y que daba la sensación de que ibas a poner en funcionamiento una usina termoeléctrica en vez de prender la luz.

También había una camilla con sus patas repintadas con látex para interiores, un aparato de onda corta, un ultrasonido y una lámpara de luz infrarroja. Un pequeño mueble blanco vidriado de patas finitas con la pintura algo descascarada, que solo servía para apoyar el termo. Una silla de plástico. Era un lugar poco amable.

Y fue en ese lugar donde, la noche que enfrentamos a Universitario, pasé por una situación insólita.

-Flaco, no te acuestes en la camilla, acostate en el banco –me ordenó esa vez el doctor. Lo acompañaban Mallo y el querido Panadero Díaz.

Como era más bajo que la camilla, habían llevado un banco al consultorio porque le daba al doctor un mejor ángulo para la aplicación de la inyección.

Así fue. Me acosté en el banco y el médico empezó con la tortura. Y no sé por qué, pero esa vez la infiltración me mareó. Me dieron ganas de vomitar.

Cuando me levanté a los tumbos, el médico resolvió abrir la puerta del consultorio. Pero no la puerta que daba al vestuario sino que daba al playón del estadio, cerca de donde está la puerta 5. Y me dijo: “Andá a tomar aire”.

Y salí a caminar en ojotas, con el pantalón corto y la remera para entrar en calor. De frente veía el “hongo” que en esos tiempos era un buffet y hoy es el lugar donde está la Casa Tita que recibe, educa y forma a los futuros cracks del club. Quienes caminaban por ahí se sorprendían al verme y me preguntaban qué hacía ahí y si iba a jugar. Es decir: había un jugador de fútbol que en 15 minutos iba a estar en el verde césped y que en estos momentos estaba caminando como un zombie entre la gente afuera del vestuario en ojotas y pantalón corto.



Comienza el partido. Ya no estoy mareado.

Van pocos minutos. Un defensor peruano rechaza alto, fuerte y lejos una pelota que viaja por el aire hasta cruzar la mitad de cancha. Da un pique y vuelve a quedar otra vez alta. Un delantero rival sigue con su

vista el recorrido que va haciendo el balón mientras desciende y acomoda su cuerpo como para recibirlo, girar y generar un nuevo ataque para su equipo.

No me ve venir. Peso 88 kilos. Lo cruzo con mi codo a la altura del cuello y en velocidad. Lo desparramo por el piso.

Se sienta. No sabe qué pasó: si un tractor, si un rival, si un camión.

Hace un movimiento desprolijo con los brazos, junta los dedos de las manos, le hace señas al árbitro.

Me acerco despacio.

Me pongo a su lado.

Le digo con voz suave: “Canchereala ahora Rey Muñoz y la concha de tu madre”.

Ganamos 2 a 0.



Así fueron pasando las semanas y los partidos por la fase de grupo de la Copa hasta llegar a definir el primer puesto del grupo en un desempate con Boca en cancha de Vélez. Perdimos. Por esa derrota tuvimos que enfrentar en octavos de final a Nacional del Medellín y a Boca le tocó Olimpia de Paraguay.

El primer objetivo era llegar a octavos de final y estaba cumplido. Para el club y para mí, ya que en el transcurso de estos partidos había decidido que una vez terminada esta primera etapa iba a operarme: el destrato al tobillo me impedía caminar durante la semana. Tenía que estar en reposo, con hielo y medicación esperando el encuentro siguiente. Así que una vez definidos estos cruces, le comuniqué al Coco que hasta ese punto llegaba, que más de lo que había hecho ya no iba a poder hacer y que estaba muy feliz de haber superado todos estos inconvenientes a pesar del estado en que había quedado mi pie.

Después de hablar con el Coco me fui a mi casa jurando nunca más cometer una locura como la que había hecho y que de allí en más tenía que enfocarme en la operación y en mi recuperación. Dentro de todo lo que tuve que sufrir esas semanas, lo positivo fue el buen nivel futbolísti-

co que pude mostrar en estos duros partidos, que además iban televisados y fueron vistos por miles y miles de hinchas de Racing y del fútbol a lo largo y a lo ancho del país. Y de España parece que también.

El partido de ida ante el poderoso Nacional de Medellín de Pacho Maturana fue el 5 de abril de 1989. Lo vi desde mi casa pero esta vez sin sufrirlo, sabiendo que había hecho lo que correspondía y seguramente en el futuro el club me lo reconocería de alguna u otra forma: desde la historia si ganábamos este torneo, o desde el agradecimiento institucional por haber puesto los intereses del club delante de los míos.

Una vez más la música característica de los enfrentamientos por Copa Libertadores de Canal 13 al abrir la transmisión, las voces de Tinelli y Cherquis Bialo en el relato y los comentarios, la ansiedad de ver a mis compañeros en tierras colombianas... Todo sucedía en la pantalla de mi Telefunken Pal Color, y más allá de las ganas de estar allá por la posibilidad de que apareciera un Rey Muñoz colombiano, lo viví tranquilamente desde mi sillón y cenando junto a mis viejos.

Nacional ganó la ida 2 a 0, pero no fue demasiado superior a Racing. Mi viejo me preguntó qué me había parecido y le di la clásica respuesta de cassette en partidos de ida y vuelta: son 180 minutos y acá en Avellaneda podemos darlo vuelta.

-¿Cómo que “podemos”?

-Es una forma de decir, viejo. Aunque yo no juegue soy parte del equipo.

-Ah, aunque no juegues...



El plantel ya había regresado al país y se entrenaba en el Hindú Club en Don Torcuato. Había que jugar en dos días por el torneo local y a la semana siguiente sería la revancha contra Nacional de Medellín por la Copa. No recuerdo si alguien me llamó por teléfono a la casa de Alicia, pero de alguna forma me avisaron que el Coco quería tener una charla conmigo. Otra vez.

A la mañana siguiente fui al Hindú Club. Recuerdo que el césped

estaba algo húmedo por el rocío y que fui hacia las canchas del fondo donde estaban practicando mis compañeros. Caminé muy despacio, con mi renguera a cuestas, tan difícil de disimular para alguien que mide casi dos metros, aunque hiciera todos los esfuerzos posibles.

El Coco, de presencia siempre imponente, me recibió con su vozerón al costado de la cancha, me saludó paternalmente con un beso y un abrazo, y me preguntó dos cosas: cómo andaba del tobillo y qué me había parecido el partido.

-El tobillo ahí anda, Coco. Tengo fecha para operarme la semana que viene. Y del partido, como le dije a mi viejo: ganaron bien pero no fueron superiores. Acá se lo podemos dar vuelta –le dije.

-Por eso quería hablar con vos, Flaco. Necesito que juegues este partido.

Pensé por unos segundos la respuesta. Le dije que no. Que no podía volver a infiltrarme porque estaba destrozando al tobillo y además porque el efecto de la anestesia en los últimos partidos no iba más allá de los 20 minutos del segundo tiempo. Terminaba los partidos con un dolor insoportable.

Todo era una locura, arrastraba el pie para caminar y me estaban tentando nuevamente con la idea de jugar otro partido de Copa Libertadores. Me pregunté por qué no había nadie que viera las cosas de manera más imparcial y que pudiera hacerme entender que en esta decisión iba el futuro de mi carrera deportiva. Alguien que me dijera la palabra justa para impedir que me volviera a sentir Superman.

-Bueno, Coco, pero es el último –le dije segundos después-. Pase lo que pase juego este partido y después me opero. No puedo seguir así.

Me di media vuelta y me fui haciendo el esfuerzo de arrastrar un poco más disimuladamente el pie por si alguien estaba mirando. Tenía que lidiar también con la vergüenza de ser un jugador rengo. Aunque me creyera Superman.



Noche de Avellaneda. Llego con el micro a la cancha, las calles ad-

yacentes están abarrotadas de gente. Desde la bajada del puente Pueyrredon el tránsito está casi detenido. La avenida Belgrano es una marea teñida de celeste y blanco. Se hace difícil transitar las pocas cuadras que nos separan del Cilindro.

Desde la ventanilla del micro saludo a los hinchas. No los escucho, pero en el puño apretado que me muestran entiendo lo que dicen: “Vamos esta noche”. Todo es alegría y entusiasmo pero íntimamente yo sé que no estoy en condiciones físicas ni psicológicas de entrar a la cancha. Sé que el partido será un sufrimiento.

La piel del tobillo en los lugares donde me vienen infiltrando tiene un color distinto. Pienso que esta vez sí o sí será la última. En eso pienso antes de salir a la cancha.

Somos locales, tenemos que revertir el 0-2 de la ida ante Nacional de Medellín, que tiene en el arco al legendario René Higuita, a Andrés Escobar en la defensa y en el mediocampo a Lionel Álvarez. No va a ser sencillo.

Promedia el segundo tiempo y estamos 2 a 0 arriba con goles de Marcelo Astegiano y del “Toti” Iglesias. La hazaña ante un gran equipo está al alcance de la mano. Vamos por más. Seguimos atacando. Pero, otra vez, todo se termina en un instante.

Me equivoco en un pase en la mitad de cancha. Y el error termina en gol de Nacional. Puedo victimizarme: el pie me duele tanto que tengo que dar los pases con la parte externa del pie. Pero me equivoco. Y el fútbol de alta competencia es ingrato con los que se equivocan: los errores los pagás en la red y en la cabeza. Sé las preguntas que me van a acompañar el resto de mi vida: ¿Por qué te apuraste? ¿Por qué no frenaste y la jugaste hacia atrás? ¿Por qué no la tiraste a la segunda bandeja para que Marcelo Tinelli una vez más sacara a jugar su “pum para arriba”? ¿Por qué no pediste el cambio si ya no podías jugar más, cagón? ¿Por qué, por qué, por qué?

Quedamos afuera ante el que luego, sería el campeón de esa Copa Libertadores.

El Cilindro nos despide con orgullo y con el reconocimiento por haber sido superiores aunque nos hayamos metido los merecimientos en

el bolsillo. La historia la escriben los ganadores mucho más fácilmente y en las derrotas pueden quedar sepultadas para siempre las incidencias de un gran partido realizado.



El viejo túnel de la cancha de Racing es muy largo, es hermoso transitarlo y después de una victoria se hace corto. Después de esa derrota el angosto túnel se me hizo interminable y mientras lo recorría empezaba a darme cuenta de que absolutamente todo el esfuerzo, las agujas y las noches sin dormir por el dolor habían sido en vano.

¿A quién le voy a echar las culpas?

Cuando llegué al vestuario me senté en el banco de madera. Nunca me sentí tan lejos de creerme Superman. Todo lo contrario.

Me quedé solo. Nadie se acercó para preguntarme cómo había terminado el tobillo como sí lo habían hecho en los partidos anteriores. Me senté en el piso y con la camiseta me tapé la cabeza para poder llorar sin vergüenza antes de que entrara la prensa. Estaba devastado por dentro y por fuera, y esa noche fue la única en la que no pude contener las lágrimas por un resultado deportivo. Claro, ese resultado deportivo era la excusa perfecta para el llanto, pero en realidad lo que me estaba matando era esa sensación de vacío interior que estaba sintiendo en un vestuario lleno de gente.

Por todo eso tuve que pasar para darme cuenta de que no era Superman, de que no era inmortal. ¿Era necesario semejante sufrimiento? En ese momento solo quería un remedio para calmar el dolor, poder descansar hasta el día siguiente con la tranquilidad del deber cumplido; un remedio que me calmara la espantosa sensación de que no podía estar pasándome eso a mí.

Se afirma muchas veces que el fútbol no es un trabajo; que el jugador de fútbol tiene su vida resuelta, que gana un montón de guita y que entrena sólo tres horas por día. “Eso no es laburo, viejo... Laburar es levantar bolsas en el puerto a las 4 de la mañana. Estar pateando todo el día una pelotita no es un trabajo. ¿Qué riesgos tiene?”.

A un laburante del puerto se le parte la espalda cada mañana y es verdad. Un camionero se puede matar en una ruta porque se quedó dormido o sin frenos. Pero a un futbolista que se viene preparando desde los 8 años para llegar a ser un jugador profesional, se le puede terminar abruptamente la carrera por una lesión a los 23.

Sí, a los 23. A una edad en que muchos todavía no saben qué carrera van a elegir para continuar sus estudios y prepararse para la vida, un futbolista ya lleva 15 pateando una pelota. Porque el fútbol te prepara durante 15 años para jugar profesionalmente por otros 15 ó 20 como mucho. Es el mismo fútbol que va a decretar tu muerte como jugador antes de que cumplas los 40.



Tengo una sola camiseta de Racing que me quedó de mi época de jugador y es esa: la que esa noche usé para cubrirme la cabeza y llorar. La número 23, la Nashua 23.



Volver a empezar

▶ Luego de algunas idas y venidas, me interné una mañana en el Sanatorio Mitre para que repararan lo que había quedado del tobillo. Entré contento a un hospital, algo que podía resultar contradictorio para quienes no conocieran el contexto.

Estuve toda la jornada muy tranquilo: desayuno liviano, almuerzo inexistente y la lógica ansiedad de que se hiciera la hora de ingresar al quirófano. Un par de horas antes llegó el médico acompañado por el anestesista, quien me explicó sobre las bondades de no “dormirme” de manera total: sólo iban a darme una “peridural”, que según me explicó detalladamente era una inyección con anestesia que se aplica en la columna vertebral, entre vértebra y vértebra, para llegar a la médula espinal y dormir de esa manera desde ese lugar y hacia abajo, las dos piernas. O al menos eso fue lo que entendí.

¿Qué me haría una inyección más después de los 6 partidos de Copa Libertadores?

Podría doler un poco más o un poco menos, pero, ¿qué podría tener de distinto?

Conocí las diferencias en la camilla de operaciones dentro del quirófano, cuando me pidieron que me incorporara y que me sentara agarrándome de las rodillas y metiera la cabeza entre ellas.

-¿Estás listo? -me preguntó el anestesista. Tenía una jeringa con una aguja de 15 centímetros en la mano.

-Vamos Flaco, no seas maricón que esto es lo que les dan a las mujeres cuando van a tener familia –agregó alguien, no sé quién.

Primero fue el olor a alcohol, después el pinchazo y el desgarrar en la piel, después la transpiración. Ya conocía de memoria el rito.

-Ya está. Acostate que ya está.

La sensación de hormigueo en la piel comenzó a descender, empecé a sentir que se me dormía primero el culo y después ambas piernas. No es para nada una sensación agradable porque empezás a perder el control de esa parte de tu cuerpo, hay algo ahí abajo que deja de pertenerte. Yo miraba las luces del quirófano cuando empezaron a sacar las radiografías de un sobre para chequear dónde estaba el problema.



Separan mi brazo izquierdo del cuerpo, lo atan y me inyectan algo. No sé si es suero o son antibióticos.

-Te vamos a colocar un Valium para que te relajes y estés tranquilo durante la operación-, me dicen. Es decir: voy a estar despierto durante la operación, pero en teoría sin sentir nada de lo que suceda allá abajo. No sé si es bueno o es malo.

De a poco se me empieza a nublar la vista. Las luces blancas me confunden y me mareo. Se me cierran los ojos y me gana una aparente calma.

De los cinco sentidos el que primero me abandona es el de la vista. No creo necesitar por un buen rato al olfato ni al gusto y todavía continúan conmigo el tacto y el oído. Siento mi mano derecha agarrando parte del enterito blanco que me pusieron como única vestimenta y a mis oídos atentos. Demasiado atentos.

Escucho deliberar a los médicos: no saben si hacer una o dos incisiones en mi pie. Parece ser que lo aconsejable es abordar al tobillo desde dos lados.

-Okey. Comencemos –dice alguien.

Debe ser el capitán que está por salir a hacer su trabajo junto a su equipo. ¿Harán una arenga como los jugadores cuando estamos por salir a la

cancha? Imagino al cirujano: “¡Vamos, la concha de su madre, vamos a entrar y a dejarle el tobillo en excelentes condiciones para que continúe su carrera! ¡Vamos a ponerle huevos por nuestras familias que son los únicos que nos bancan! ¡Vamos a ganar, así se lo dedicamos a los putos de los periodistas que nos estuvieron matando toda la semana!”.

Una voz confirma que la vía está bien colocada.

Otra voz dice:

-Deberíamos cortar aquí y aquí.

Siento un dedo tocando el frente y el costado interno de mi pie derecho. No estoy en condiciones de objetar en este momento dónde van a cortar o no, imagino que eso está bajo control, pero, ¿debería estar sintiendo el dedo del cirujano tocándome el pie, marcando dónde va a realizar la incisión? ¿No debería estar dormido ese piecito? La espera de todo el día y el Valium están haciendo muy bien su trabajo. Estoy totalmente relajado y tranquilo. Así es, relajado y tranquilo, pero despierto y sintiendo que me van a cortar el pie. ¿Alguien puede escucharme? Necesito hacer un reclamo.

Nadie se da cuenta de que la anestesia no hizo efecto en mi pie y que estoy dormido por fuera pero muy despierto por dentro. La escena donde la hermosa Uma Thurman se despierta dentro de un ataúd bajo tierra en esa joya cinematográfica que es Kill Bill vendría a representar de alguna manera, algo exagerado puede ser, este momento.

Siento que van colocando prolijamente trozos de tela sobre mi pie, que dejan al descubierto sólo las áreas que van a cortar. Siento cómo me apoyan cada trozo de tela sobre mi pie. Me empieza a ganar la desesperación y es como si caminara por dentro de mi cuerpo. Voy y vengo corriendo haciendo señas y gritando pero no me escuchan.

Siento que el bisturí me atraviesa la piel. Muevo algo, la cabeza, los hombros, los brazos. No sé.

-¿Te duele? –me pregunta una voz.

No puedo hablar. Otra vez muevo alguna parte del cuerpo. Reparar que algo no está funcionando bien.

Siento alboroto y corridas en el quirófano y algo muy caliente que de golpe me invade las venas de mi brazo izquierdo.

No recuerdo más nada. Gracias a Dios.



La mañana siguiente me desperté con una excelente noticia. “La operación salió muy bien, Flaco. Te hicimos una toilette de la base de la tibia y te limamos toda esa parte que estaba astillada, esas puntas que se veían en la radiografía, ¿te acordás?”. Claro, cómo no me voy a acordar. “Te hicimos dos incisiones: una de frente en la que tenés seis puntos y una al costado con trece puntos. Ahora descansá que en dos días te vas a tu casa y empezamos con la rehabilitación”.

Ya había pasado lo peor. Dos días después volví a mi casa en el Falcon de mi viejo, que una vez más se tuvo que tomar el día de laburo.

Se venían dos semanas con una bota de yeso, reposo, antiinflamatorios y antibióticos. Iba a tener mucho tiempo para analizar las decisiones tomadas, empezar a proyectar el futuro y hacer la rehabilitación, que por cierto iba a ser larga.

En ese marco me llegó una noticia inesperada: el interés de Atlético de Madrid, de España. Desde Racing me consultaron cuánto tiempo iba a llevar mi recuperación, si podía dar una fecha estimativa para volver a entrenarme y jugar. No sabía qué responder: yo era el paciente y había estudiado dos años Profesorado de Geografía, no de Medicina. El desorden institucional de Racing en esos años era total y la calidad que tenía aquel plantel de futbolistas lejos estaba de corresponderse con las cualidades de aquella dirigencia, siempre haciendo la salvedad del gran Juan Carlos Crespo.

Nos habían convencido de que los meses en Racing duraban 120 días, ya que esa era la frecuencia con la que cobrábamos los sueldos algunas veces. Se solía comentar por las adyacencias del Cilindro en aquellos tiempos que los barras no venían a los entrenamientos por miedo a que los jugadores los apretaran y les sacaran plata.

Juan De Stéfano, presidente del club en esos años, era el mandamás en una comisión directiva donde las opiniones de los demás casi no existían. Un club presidencialista en exceso, con una gran cantidad de

aduladores en su mayoría inútiles.

“Hay 5 millones de dólares por tu pase. Necesito saber urgente cuánto tiempo de recuperación vas a tener para responderles a los gallegos”, me preguntó De Stéfano.

Las prioridades, como casi siempre en nuestro fútbol, no coincidían. Él necesitaba saber urgente el tiempo de mi recuperación y yo necesitaba saber urgente cómo me había quedado el tobillo, aunque lógicamente esa cifra empezaba a intranquilizarme a medida que comenzaban a correr los días. Y me intranquilizaba aún más tener que resignar el 15% que le corresponde al jugador, hecho cuasimafioso dirigencial que era moneda corriente en aquellas épocas y que se graficaba en un “tenés que dejar el 15”.

“En agosto estoy en condiciones de volver a jugar”, le dije sin tener idea de lo que nos íbamos a encontrar cuando me sacaran el yeso. Yo rápidamente calculé tres meses: un mes para recuperar la movilidad y la fuerza, un mes para empezar a trotar y entrenar y otro mes para ponerme a punto futbolísticamente. Demasiado optimismo para alguien que se estaba especializando en los accidentes geográficos de las costas del continente africano o cómo confrontar la teoría del Big Bang con las creencias religiosas del catolicismo; lejos estaba de saber que la artrosis es una enfermedad degenerativa de los huesos o que es muy raro que la osteoporosis afecte a personas jóvenes.

Demasiado optimismo...



Llegué al consultorio y fue inevitable recordar las dolorosas “previas” de aquellas noches de Copa. Tenía el pelo muy largo sobre los hombros y estaba vestido con una bermuda de jean, una musculosa blanca con un estampado de la lengua de los Rolling Stones y una especie de neceser donde traía la zapatilla derecha con menos rodaje que la izquierda y ansiosa de volver a ser utilizada.

El rock y el fútbol desde siempre estuvieron conmigo, aunque antes no era común escuchar temas de Exile On Main Street o de Sticky Fin-

gers en un vestuario. En realidad no era común musicalizar el vestuario como sucede hoy. Al llegar por las mañanas sonaban tangos en la radio Noblex 7 Mares de Conejo, el utilero que una vez vendió un par de botines que era mío porque necesitaba plata para comprarle los libros del colegio a su hija. “Los tuve que vender, qué querés. Necesitaba la biyuya porque la piba tiene que estudiar”, me explicó. Nunca supe realmente si su hija estudiaba. Tampoco nunca supe si tenía realmente una hija. Pero nunca me importó.

En aquel consultorio estábamos solo el médico y yo. Ese olor característico reconocido por aquellos que estuvieron enyesados alguna vez y las marcas de las agujas de tejer en mi pantorrilla, recuerdo de varias noches de picazón insoportable, empezaron a aparecer a medida que el yeso empezó a partirse en dos. Finalmente mi tobillo quedó desnudo, con los cortes a la vista. El del lado interno con 13 puntos había quedado impecable. Los hilos de un corte curvo que nacía casi en mi tendón de Aquiles estaban listos para ser retirados. “Impecable”, fue justamente la autofelicitación del médico luego de quitar los 13 puntos sin que ni una gotita de sangre manchara la gasa.

El médico trasladó su atención al otro corte, donde el empeine parece unirse a la base de la tibia, para empezar a verlo con más detenimiento.

Y ese otro corte, el de la parte frontal del pie, no estaba del todo bien. De inmediato lo vi algo inflamado y colorado, y los hilos de los puntos no sujetaban con firmeza ambos bordes de la cicatriz. Había una gran diferencia en el estado de los dos cortes.

De todos modos noté que el médico iba a empezar a sacarlos.

-No los saques, Carlos. No está todavía –fue mi opinión dada con la autoridad de quien opina sobre el estado ideal de los tomates para una buena ensalada en la verdulería.

-No saques los puntos, ¿qué apuro hay? –insistí. Mucho tiempo después caí en la cuenta: el apuro, la urgencia, era de una sola persona, que se relamía con la posible entrada de cinco millones de dólares por la venta de un jugador patrimonio del club. El presidente de la institución.

-Quedate tranquilo que está todo bien. Los vamos a sacar y en unos días empezamos la recuperación de forma más activa –intentó tranquiliz-

zarme el médico.

Que te saquen los puntos de una operación no es algo de lo más agradable: hay que levantarlos para poder cortarlos y eso te estira la piel de la cicatriz, esa piel que en ese lugar del pie estaba tan castigada por los pinchazos de las infiltraciones.

Sacó el primer punto. Sacó el segundo. Algo en su mirada me perturbó, una mezcla de preocupación y temor. “Mejor lo dejamos así unos días más”, terminó diciendo con una rara seguridad. Quedaba claro que el “impecable” con que se había autofelicitado con el corte anterior no se iba a repetir.

Me colocó una gasa con alcohol sobre los cuatro puntos que me quedaban, me vendó el pie y me citó para tres días más tarde. Volví a mi casa en el Falcon con mi viejo, que, otra vez, se había tomado el día para hacerme de chofer.

-Qué suerte que te sacaron el yeso –me recibió mi vieja.

-Sí, está todo bien –traté de tranquilizarla.

Pero algo en la mirada del médico me tenía mal: una extraña sensación de desconfianza que comenzó a cobrar sentido cuando me acosté en mi cama y vi que la venda estaba teñida de color rojo. La puta madre. ¿Y ahora qué?

Estuve un largo rato sin animarme a sacar esa venda. Por suerte llegó Cachito Mallo, el kinesiólogo que pasaba para visitarme y ver cómo me había ido, aunque la sorpresa también ganó su cara. Intentó tranquilizarme, me pidió que me recostara, que él iba a sacar la venda y a ver cómo estaba todo.

-La cicatriz del costado está perfecta pero en la de adelante parece que tenemos un problemita –me dijo Cacho.

-Se te abrieron los dos puntos que te sacaron, Flaco –agregó.

¿A mí? ¿A mí se me abrieron? No Cachito, no; a mí no se me abrieron. A mí me sacaron los puntos cuando yo opinaba que era mejor dejarlos unos días más.

En ese momento pensé que durante el mes de agosto casi con seguridad no iba a poder estar dentro de una cancha, ni en la de Racing ni en la del Atlético de Madrid ni en la del Sudamérica, aquel club de barrio de

Villa Domínico donde me inicié como futbolista. Y también pensé que quizás contaría con más tiempo del pensado para retomar mis estudios en el profesorado de Geografía del Pío XII en Avellaneda.

La desorganización, la falta de profesionalismo y una sucesión de decisiones erradas, sin consensuar y carentes de toda planificación, finalmente caían con todo su peso y empezaban a tener una influencia inevitable en mi carrera. Mis equivocaciones me habían llevado a un quirófano con el estado agravado de mi pie, pero las decisiones erradas de un médico y de una dirigencia ausente, además, ahora me estaban llevando a no saber si iba a poder continuar jugando al fútbol.

Dos puntos. Para algunos podrían significar los que te llevaron a ser campeón y para otros el descenso. Dos puntos que a mí me sumergieron en días de no saber qué hacer, ya que por un lado me decían que la herida iba a cerrar sola y por el otro que tenían que volver a operarme para cerrarla.

Empezó una frenética búsqueda de la solución con distintos médicos y distintas opiniones. Más opiniones recolectaba, menos claridad tenía en la cabeza: de esta decisión, que una vez más iba a ser mía, dependería mi futuro.



-Con una pequeña intervención, salí caminando del consultorio y en una semana volví a la actividad.

-Hay que operar, pero no te podemos dar seguridad de que vas a volver a jugar. Lo que sí vas a poder hacer es, al menos, caminar normalmente.

Así eran las opciones finales que me daban los médicos a los que fui recurriendo.

Todo por esos dos puntos que se abrieron y después cicatrizaron en los bordes. Pero esos bordes nunca se juntaron y me quedó un agujero por donde se escapaba el líquido sinovial, que es nada menos lo que lubrica una articulación.

Un futbolista profesional con un agujero en el pie: eso era.

Ya no confiaba más en nadie. Tenía 23 años y debía tomar la decisión

yo solo. Y fue un cirujano plástico que había atendido a muchos ex combatientes de Malvinas en su regreso al continente quien me terminó de convencer: me aseguró que esa herida iba a cerrar pero que tendría que realizar una intervención en la cual iba a tener que sacar un pedazo de piel de mi muslo para hacer un injerto. Esa lámina de piel iba a estar apoyada sobre la cicatriz abierta y yo debía permanecer un mes en cama con un yeso que inmovilizaría toda mi pierna para que la piel “prendiera”. Y volvería a caminar.

Las voces negativas afirmaban que un mes enyesado iba a calcificar las adherencias que habían quedado, producidas por el sangrado interno en la operación, y volviendo todo al punto de partida. En ese caso, recuperarme y volver a jugar me demandaría no menos de seis a ocho meses. Era, en definitiva, arriesgarse a salir caminando de un consultorio y aún conservar las posibilidades de un futuro en Europa, o pensar en la posibilidad de volver a caminar con normalidad y continuar jugando al fútbol de vez en cuando en aquel potrero de Chascomús y Heredia, en Villa Domínico.

Después de la operación, y tal cual me había avisado el cirujano, estuve un mes con un yeso que tenía una ventanita en el lugar donde estaba la cicatriz, y a través de la que me hacían las curaciones. Fue otra vez un mes con la compañía de los cuatro canales de TV, el cierre de Raúl Portal en NotiDormi por ATC y la furia creciente cada vez que escuchaba un “¡juru-jujaja!” o un “¡mboheio!”.

Los primeros días fueron muy duros, no podía moverme y menos levantarme. Ni para ir al baño. Pero como todo pasa, diría Don Julio, llegó la mañana en la que me sacaron el yeso y volví a pisar un vestuario. ¡Lo que necesitaba entrar de nuevo a ese vestuario y saludar a mis compañeros! Necesitaba volver a entrar con el auto al playón del cilindro, estacionarlo y caminar unos metros hasta el vestuario y sentarme en ese banco de madera de 1.60. Necesitaba ir a darle un abrazo a Tita.

La operación había sido un éxito y así como la cicatriz había cerrado, tenía la imperiosa necesidad yo también de cerrar este capítulo de casi tres meses que parecieron tres años. Era consciente de que la recuperación iba a ser durísima y muy larga, y que no estábamos seguros de que podría volver a jugar. Debía tomármelo con mucha calma porque iban a venir tiempos

de avances y retrocesos, días donde me sentiría muy bien y otros donde no iba a poder levantarme de la cama del dolor. Días enteros en consultorios con el tratamiento kinesiológico cuya primera misión era romper las adherencias que se habían calcificado, tal cual lo esperado. Cuatro horas por día en una camilla pasando por la onda corta, el ultrasonido y los masajes. Un día tras otro hasta que de a poco las durezas empezaran a ceder a costa de romperlas con la punta de los dedos. Muy de a poco, así, empecé a recuperar la movilidad del pie.

-Mañana empezamos a trabajar en la cancha, Flaco. Vamos a empezar a caminar y a trotar muy despacito a ver cómo responde el pie.

Fue la mejor noticia que recibí en mucho tiempo: caminar y trotar despacito. Qué lejos sentía aquellas batallas de Copa Libertadores que en realidad no estaban tan lejos en el tiempo: era difícil asimilar que en pocos meses había pasado de ser quien se encargaba de recuperar la pelota en el medio para dársela a los que más sabían, a caminar feliz y en zapatillas por el borde de una cancha.

En esos tiempos nos entrenábamos en el Club de Regatas de Avellaneda e íbamos en nuestros autos, que estacionábamos alrededor de la cancha a medida que llegábamos. En esos primeros días de caminatas al aire libre yo levantaba la tapa del baúl del Falcon para escuchar a Lalo Mir en el legendario “Radio Bangkok” por la Rock and Pop. Mi recorrido sin dirección ni planificación en la caminata estaba marcado por la distancia hasta la que podía escuchar la radio, mientras veía a mis compañeros hacer tareas físicas o fútbol. Es común que el jugador que está lesionado o en recuperación no se sienta demasiado bien al compartir un mismo espacio con los compañeros en plenitud, pero en mi caso y a pesar de las dificultades de ese volver a empezar, yo disfrutaba cada uno de los cortos pasos que podía dar con mis zapatillas blancas.

Y así pasaron días y semanas. El tiempo que había perdido desde la primera operación hasta este momento iba a ser muy difícil de recuperar. Si bien ayudaban mis ganas y mi edad, lentamente fui notando que recuperaba parte de la movilidad perdida y de a poco aquellas lentas caminatas pasaron a ser trotes, y esos trotes se convertían en trabajos de resistencia y velocidad.



Noche, birra y rocanrol

▶ Todo se venía desarrollando más o menos dentro de lo esperado, ya fuese desde los avances en la movilidad como en los progresos físicos. Quizás tardaríamos algo más de tiempo para poder volver a enamorarnos con la pelota, porque en toda recuperación de aquellos tiempos la inactividad de otros grupos musculares ajenos a la lesión era casi total. No existían trabajos de coordinación ni de estimulación que te mantuvieran alertas los reflejos, que de a poco y como los músculos inactivos también se atrofian.

Pero en esa recuperación comenzaron a aparecer dolores en otras partes del pie y en mi columna vertebral, originados supuestamente por pisar mal durante tanto tiempo. Comencé a sufrir fuertes lumbalgias ocasionadas por el pinzamiento del nervio ciático a la altura de la cuarta vértebra lumbar y más adelante me diagnosticaron una espondilólisis de L4 sobre L5: una de las vértebras (la cuarta lumbar) tenía una fisura, lo que provocaba un casi imperceptible desplazamiento hacia adelante y un contacto con el nervio ciático, lo que a su vez generaba un dolor no sólo en la espalda sino detrás de la rodilla.

En ese momento aprendí que el nervio ciático va desde la espalda hasta la punta del dedo gordo y puede aparecer un dolor reflejo en cualquier lugar de ese recorrido. En mi caso, apareció en la rodilla y me adormecía de allí hacia abajo.

De a poco los dolores en el pie comenzaban a ser menos soportables

que los otros y una mañana me desperté con una sensación horrible, similar a la de un calambre en la planta del pie: el esfuerzo al que fue sometido el tobillo y al correr mal, ya que muchas veces tenía que pisar de costado, había provocado en el músculo flexor corto del dedo gordo una tensión tal, que podría cortarse en cualquier momento.

Había algo de lo que yo me empezaba a convencer: no iba a ser fácil ni tampoco habría, de allí en adelante, un día de mi vida donde no sintiera algún tipo de dolor. Y así fue. Conservo de aquellos momentos como ya les conté sólo una camiseta de Racing, pero también casi todos esos dolores que me recuerdan que muchas veces terminamos siendo el resultado de nuestras propias decisiones. Yo me equivoqué y pagué, dijo un número 10 llamado Diego Armando Maradona, con el que nada nos une desde nuestras condiciones y carreras futbolísticas, cuando se refería a otros asuntos de su vida. Pero está más que claro que cuando lo dijo, estaba hablando de algunas de sus propias malas decisiones tomadas.

Pero, extrañamente, a pesar de los dolores pude ir haciendo progresos físicos semana tras semana de trabajo. Ya estaba a la par de mis compañeros desde el estado físico, pero todavía a años luz de lograr una óptima condición futbolística.



La única forma de saber en dónde estaba parado desde el punto de vista futbolístico era, claro, jugar un partido.

Y volví.

Y después de ese jugué el siguiente, y después el otro, y así seguí. Así había vuelto. Con continuidad seguramente recuperaría el ritmo futbolístico.

Pero si bien mi fuerte nunca fue la técnica en el manejo del balón, yo notaba que amigarme con él no iba a ser tarea sencilla. Pegarle a una pelota en un partido oficial y frente a rivales que no tienen por qué sentir piedad de un pie con 19 puntos de sutura y un injerto de piel, cada vez me resultaba más complicado. Dar un pase con el pie izquierdo apoyando todo el peso del cuerpo sobre la castigada pierna derecha era un desafío

cuando no existía la compasión de un compañero, como sucedía en un partido de entrenamiento.

Y a medida que fueron transcurriendo unos pocos partidos noté que no había progresos en mi juego y noté, además, que tampoco había paciencia por parte de algunos hinchas para conmigo.

Para el equipo había dejado de ser solución a algunos problemas para pasar a ser un problema a solucionar. Me daba cuenta de que los reiterados errores con el balón eran aprovechados por el rival, y en mi desconfianza empecé a tratar de dedicarme a la recuperación y a tener contacto con el balón la menor cantidad de tiempo posible.

De repente me había convertido, como suele decirse, en el jugador que se escondía detrás de un rival para que no le pasaran la pelota.

Llegó ese momento en que me ganó la inseguridad, la desconfianza y el temor: la inseguridad desde el cuerpo, y la desconfianza y el temor desde la cabeza. Y, a los 23 años, se me hizo cada vez más fuerte la amenaza de tener que dejar el fútbol.

El fútbol se ejecuta con el trabajo obrero de las piernas, pero las decisiones que llevan a aquella ejecución, se toman desde la oficina que está en la cabeza; y si la cabeza está invadida por el temor, todo se empieza a derrumbar por dentro.

Empecé a sufrir cada día, a contar las pelotas que perdía en los entrenamientos, a darme cuenta de que desde los pies de mis compañeros la pelota me esquivaba, como si tuviera la orden de pasar por mí la menor cantidad de veces posibles. La ronda de mates en el vestuario donde se compartían bromas entre todos, charlas y anécdotas ya no me incluían. Me empezó a invadir una culpa pelotuda por no poder, por no estar a la altura. Empecé a aislarme, a autobicotearme, a no pedir ayuda.

Me terminaba de cambiar en el banco de madera y directamente huía.

Era una pelea titánica sentir por dentro esa mezcla de frustración y tristeza, y tener que salir con la mejor cara posible a sacarme una foto con los hinchas que estaban esperando desde hacía más de dos horas. Ellos no tenían la culpa de todo mi dolor y tampoco tenían la obligación de saberlo. Muchas fotos de esos días hoy me llegan a través de las redes

sociales donde veo a esos pibitos que ya son padres de familia mostrando orgullosos en Facebook a sus hijos con la camiseta de Racing.

Se mantenía una muy linda relación con esos hinchas que concurrían a ver los entrenamientos de los sábados, donde se les permitía entrar a las tribunas para ver aquellos rabiosos desafíos de tenis fútbol de 4 contra 4 a un costado de la cancha. Ellos tomaban parte por uno u otro equipo y yo trataba siempre de jugar con Néstor Fabbri, porque se tomaba esa entrada en calor como una semifinal de Supercopa en cancha de River. Era un tipo ganador pero cascarrabias, no le gustaba perder a nada y podría haber sido un excelente abogado ya que te ganaba tanto los puntos que iban adentro como los que se habían ido exageradamente afuera.

Pero de a poco también me dejó de interesar el tenis fútbol y me quedaba a un costado realizando falsos ejercicios de elongación o abdominales. Sentía que el tiempo tenía que pasarlo y no disfrutarlo. Las caras felices de esos hinchas a pocos metros de sus ídolos, con quienes compartían esas mañanas de sábado, me empezaron a resultar ajenas. Agarraba una pelota y caminaba al costado de las líneas blancas de cal mirando hacia abajo y tomando la precaución de no pisarlas porque estaban frescas todavía.

-Hola Tita, buen día, ¿cómo estás?

-Bien Huguito, ¿cómo anda esa patita?

-Bien Tita, mejorando.

Les mentía a mis viejos, a los hinchas, a Tita. Pero no a mí. Sabía muy bien que nada estaba mejorando sino que cada día mi voluntad se estaba quedando con un poco menos de fuerza y ya empezaba a costarme levantarme de la cama por las mañanas.



Tita(1) caminaba haciendo equilibrio por encima de un tablón que ponían para cruzar el foso, a la altura de uno de los corners que dan a la tribuna local, y así entraba a la cancha. Víctima siempre de las cargadas del Pato Fillol y de Rubén Paz, Tita las remataba a cada una con un “los vivos allá adentro, en el verde césped”, mientras señalaba con su manito el centro de la cancha.

Tita fue muy importante durante todos esos años, era un poco la mamá postiza de todos aquellos chicos que venían del interior de país y se quedaban viviendo en una pensión plagada de carencias y que les brindaba muy pocas comodidades como para llevar una vida de formación deportiva. De solucionar muchos de esos faltantes se encargaba Tita, utilizando a veces sólo el cariño y la dedicación.

Pero también, cómplice, formaba parte de una muy poco conocida ceremonia de aquellos sábados. Al terminar de entrenarnos y en épocas donde el fútbol de Primera se jugaba solamente los domingos, el micro que llevaba al plantel a su lugar de concentración se quedaba en la puerta del vestuario.

Muchos de nosotros nos bañábamos muy raudamente y algunos inclusive esquivaban esa ducha para salir pronto, cumplir con el ritual de las fotos y los autógrafos, y dirigirnos a la casa de Tita. Una puerta de color celeste y dos ventanas en las que siempre había algún gato bastante vago dormitando nos recibían amablemente. Se golpeaba la puerta y se esperaba respetuosamente que la anfitriona abriera para darnos la bienvenida con un beso. En un lugar pequeño al que casi no le llegaba la luz del sol y al que con mucha buena voluntad le habían dado la calificación de living, un mueble marrón vidriado muy pero muy antiguo guardaba fotos dedicadas con mucho cariño de muchos jugadores que habían pasado por el club. La cocina, también pequeña, tenía una mesa con un mantel de plástico, y distintas clases y modelos de sillas que iban siendo ocupadas de a una a medida que iban llegando los parroquianos.

Sobre esa mesa y muy prolijamente presentada nos estaba esperando una gran picada de salame, mortadela, quesos, aceitunas ya pinchadas por los escarbadientes, palitos salados y maníes más las dos infaltables botellas de Cinzano. Un par de sifones de soda de vidrio y los vasos “un gaucho de cada pueblo”, como ella les decía.

Posiblemente sea una muestra de cómo en aquellas épocas el profesionalismo podía quedar un poco al margen, pero esa media hora o cuarenta minutos como máximo que duraba ese encuentro en la casa de Tita me permitieron confirmar que los grandes recuerdos de la carrera del futbolista muchas veces se cimentan con este tipo de vivencias. Un

gol, un campeonato, una copa internacional son distintos logros que si tuviste la suerte de obtenerlos, te harán sentir orgullosos. Pero esos logros quedarían algo huérfanos si no tuviste la chance de construir aquellos momentos que terminarán siendo una caricia al alma tantos años después y que no tuvieron a la hinchada como coprotagonistas festejando en las tribunas.

Además de esos encuentros en la casa de Tita, los momentos que yo empezaba a disfrutar ya no tenían como escenario un entrenamiento o un partido oficial. Empezaba a sentirme mucho más a gusto en lugares y con personas con las que podía compartir el rock and roll, una cerveza y algo más hasta altas horas de la noche.

Primero, en la esquina de Matanza y Heredia, en el cordón del kiosco de la Tana que estaba abierto toda la noche en tiempos donde no existía la reglamentación de no vender alcohol después de las 21. En un reproductor de cassettes, o “grabador” como le llamábamos, marca Pionner, se gastaban las cintas de Pappo’s Blues III o La Biblia de Vox Dei. No había manera de no aprenderse de memoria la letra de “De nada sirve”, de Moris, mientras la acompañábamos con una guitarra criolla al ritmo de “la, sol, fa, mi”; y cada tanto nos dábamos cuenta de que la frenada del 24 al llegar a la esquina tenía más volumen que el grabador. Había que dosificar el uso de las pilas al estar largas horas en la calle, por lo que se alternaba el uso del grabador con algún programa de radio en FM, mientras se rebobinaban las cintas con una lapicera Bic azul.

No se hablaba de fútbol y eso me hacía bien. No me preguntaban por el tobillo ni a qué hora me tenía que levantar. Tenía 23 años y desde los 7 que entrenaba. De golpe esas horas me empezaban a hacer sentir mejor y el escaparme de las inseguridades y de los miedos por las noches, hacían que regresara cada vez más tarde a mi casa.

El Falcon tenía escape libre y hacía demasiado ruido como para que en casa no se dieran cuenta del momento en que llegaba, lo que era un problema para mí porque se daban cuenta del estado en que llegaba. Y a la mañana siguiente estaba otra vez adentro de una cancha, enojado, cansado y con dolor.

La opinión de aquellos que me habían visto desde chico recorrer todas

las divisiones inferiores (menos la Quinta, porque ese año una locura pasajera me llevó a incursionar en el rugby y me convertí en jugador del Club Argentino de Rugby por unos meses), me seguían alentando para que le diera una última oportunidad al pie en el quirófano. Ya no podía correr, no tenía ganas y el fútbol había dejado de ser el motivo por el cual había invertido tantos años de mi vida.

-Esta operación es más simple. Son dos incisiones en “z” para poder relajarse al músculo y así evitar que se corte –me había explicado un doctor.

No me quedaba otra opción ya que se podía cortar no sólo jugando al fútbol sino caminando por la calle o subiendo una escalera, así que una vez más dije que sí dejando en claro, una vez más, que esta iba a ser la última. Ya no me interesaba demasiado el fútbol como para volver a sufrir interminables jornadas de recuperación y de dolor intentando volver a ser aquel jugador que hace sólo unos meses había llamado la atención al fútbol español, porque ya no iba a ser posible. Debería simplemente encontrar alguna motivación para volver a una cancha de una forma más o menos digna como para no exasperar la paciencia de los hinchas.



Tanto la operación como el post operatorio y la recuperación las pude llevar con más tranquilidad que las veces anteriores, supongo porque contaba con la experiencia de saber que un día iba a doler más que el otro, que una mañana me iba a despertar sin ningún dolor y esa misma noche tendría que tomarme una pastilla para poder dormir.

El 8 de marzo, mi amigo Walter Fernández, aquel puntero izquierdo de una potencia tal que era capaz de llevarse arriados a sus marcadores, me llamó para saludarme por mi cumpleaños desde México, a donde lo habían vendido. Al otro día saqué un pasaje para ir a visitarlo a fin de año.

El plantel de la temporada anterior ya estaba perdiendo a sus principales figuras: también se había ido Fillol. Juan De Stéfano, incomprensiblemente, comenzó a desarmar ese equipo que en los últimos tres años había sido protagonista en el torneo local, había ganado la primera edi-

ción de la Supercopa frente al Cruzeiro en Brasil, también la Supercopa Interamericana en Los Ángeles frente al Herediano de Costa Rica y había sido subcampeón de la Recopa Sudamericana enfrentando a Nacional de Montevideo. Después de más de dos décadas habíamos puesto a Racing nuevamente en la vidriera continental y ese grupo comenzaba un irremediable proceso de desaparición.

Ese plantel tuvo en sus filas a dos campeones del mundo como Fillol y el Vasco Olarticoechea. Se nutrió además de muchos jugadores de las divisiones inferiores que habíamos madurado en ese vestuario. Tuvo a 4 números 10 en un mismo momento: Rubén Paz, Miguel Ángel Colombatti, Rubén Ortega Sánchez y uno de los jugadores con más técnica que yo vi en mi vida, Mario "Panza" Videla. Tenía en el banco al Coco Basile como director técnico, un pedazo inmenso de la historia del club.

Las malas decisiones dirigenciales se tomaron con un plantel que tenía fuerza propia y a la gente de su lado, porque esa fuerza que cada uno de nosotros había adquirido por ser parte de ese grupo, te hacía importante a la hora de ir a exigir que te pagaran en fecha o te renovaran el contrato. El presidente nunca soportó eso. Juan De Stéfano nunca soportó estar un escalón por debajo en la consideración del hincha en este proceso, no ser actor principal sino partenaire de uno de los mejores equipos de Racing de los últimos 50 años y que además estaba siendo más importante que él.

Soplaban vientos de autodestrucción. Y en mi cabeza rebotaban los comentarios que se replicaban: el Flaco está roto, no puede volver a jugar nunca más en buen nivel.

(1) Elena Margarita Mattiussi es un personaje mítico de Racing. Tita, como la conocían todos, nació el 19 de noviembre de 1919 en una humilde casilla debajo de la tribuna del viejo estadio de madera, donde vivían sus padres, el histórico canchero César Mattiussi y la lavandera Ida Dorigo. Tita vivió y trabajó toda su vida en la cancha de Racing. Heredó el oficio de su madre y fue la histórica encargada de la pensión. Era conocida por su enorme bondad y su profundo amor por la celeste y blanca. Su casa fue el lugar de encuentro de todos los planteles del club hasta su muerte, el 3 de agosto de 1999. Su historia fue retratada en el libro "Tita, la madre de la Academia", de Marcelo Izquierdo, publicado en 2019 por Ediciones Al Arco.



El fútbol es una mierda

▶ Para la segunda mitad de 1990 estaba increíblemente recuperado de la última operación: me había liberado de las tensiones, de la presión de volver a ser, de esa frustración que podía significar tener que dejar la carrera antes de cumplir los 25 años.

Ese año terminé jugando y yéndome de vacaciones a Acapulco con mi amigo Walter Fernández. Tuve muy buenos partidos frente a Olimpia de Paraguay por la Supercopa, uno en Asunción y la revancha en cancha de Vélez Sarsfield, lo que me devolvió la consideración de muchos que me daban como un caso perdido. El “no puede volver a jugar” de golpe me había desafiado y ahí estaba, aceptando y enfrentando el desafío.

Regresé un día después de lo que correspondía de mis vacaciones de México por un problema con los vuelos y me recibió la noticia de que Roberto Perfumo era nuestro nuevo DT. Al día siguiente viajamos a realizar la pretemporada en la ciudad de Mar del Plata, no sin antes una reprimenda del Mariscal por mi falta de profesionalismo.

En una de las primeras charlas, Roberto me confesó que tenía pensado ponerme en el equipo como último hombre. Esperé un rato que la charla continuara porque quería confirmar que eso de “último hombre” se refería a un lugar posicionalmente hablando en la defensa y no en su consideración. Me dijo que el Pato Fillol le había comentado que yo podía cumplir esa función por mi juego aéreo, por mi casi siempre co-

recta ubicación en la cancha y que, por ser un jugador no muy rápido, era un buen tiempista.

En las canchas de Peñarol de Mar del Plata, donde estábamos entrenando, aproveché ese momento privado para comentarle todo lo que había pasado en estos casi últimos 18 meses, mis operaciones, mis recuperaciones que en dos oportunidades me habían devuelto a un quirófano y, por sobre todas las cosas, algo que me preocupaba mucho: llevaba un año y medio con el contrato vencido. Había jugado la Copa Libertadores por el dinero que decía mi segundo contrato en el club (“jugando por lo que decía mi contrato” no es igual a “cobrando lo que decía mi contrato”); en Racing eran dos cosas que no iban por el mismo carril muchas veces).

En seis meses iba a quedar libre y durante el último año no había tenido contacto con la dirigencia porque ellos especulaban con mi recuperación. Y como esa recuperación finalmente había quedado de manifiesto en los partidos con Olimpia, sabía que al volver a Buenos Aires, después de la pretemporada, iba a recibir una llamada para comenzar a hablar sobre mi contrato. Y se lo anticipé a Roberto: podía haber quilombo porque yo iba a poner sobre la mesa todo lo que había hecho por jugar aquella Copa Libertadores, por el destrato, las negligencias de la dirigencia y las responsabilidades nunca asumidas por ellos.

Entonces le volví a preguntar:

-¿Vos me necesitás, Roberto?

-Si, arreglá el contrato que te quiero en el equipo.

Era lo que necesitaba. Ese empujón para ir a pelear por lo que yo entendía que me correspondía, y de golpe y casi sin darme cuenta, estaba en la consideración no solo de algunos, sino de casi todos.

Ya en Buenos Aires volvimos a los entrenamientos en el Cilindro. Una de las tardes, mientras me subía al auto para volver a mi casa, de un BMW gris bajó De Stéfano. Y me habló después de mucho tiempo:

-Me dicen que estás mejor.

-No tanto, dicen tantas pelotudeces a veces por acá.

-Tenemos que arreglar tu contrato.

-Cuando quieras.

-Vení mañana después del entrenamiento a la sede.

Fue todo lo que hablamos en ese momento, de manera muy fría, sabiendo los dos que esa historia no iba a terminar bien. La ventaja que él tenía era que la historia que no iba a terminar bien, era la mía. Tiempo más adelante me daría cuenta de que estaba a punto de cometer uno de los más grandes errores de mi carrera: no haber tenido un representante que fuera a negociar en mi nombre porque yo estaba muy enojado.

Y con razón.



La sede de la Avenida Mitre al 800 es una mole de cemento de cuatro pisos casi frente a una estación de servicio YPF que aún conserva el viejo cartel del Automóvil Club Argentino con el mapa que señala sólo algunas calles principales. Unos metros más en dirección al Puente Pueyrredon está la plaza Alsina, otrora lugar de encuentro para dirimir diferencias o el amor de una señorita; y una cuadra más adelante, con otros negocios, sigue la histórica Galería Vía Roma, donde, a pesar de los cambios que sufrió, existe un local en el que el tiempo parece detenido desde hace 40 años: se llama Armony y está del lado izquierdo de la galería. Es un sitio pequeño, dominado por una gigantografía del local contiguo con una señorita en ropa interior, una especie de cambalache musical donde en aquellas épocas se podían encontrar discos de vinilo, instrumentos de música, calcomanías de grupos de rock y, si el flaco que atendía se había despertado de buen humor, la Revista Libre con Yuyito González o Camila Perissé en la tapa. La revista venía dentro de una especie de bolsa de plástico en dos tonalidades y claro, la parte más oscura abría dos opciones: comprarla, o retirarse derrotado después de intentar de mil maneras que ese plástico cediera, pero que no se rompiera, para poder llegar a espiar qué continuaba después del cuello y hasta antes de las piernas, porque eran épocas complicadas sentimentalmente hablando.

En la puerta de la sede están los bustos de Evita y Perón. El lentísimo ascensor con capacidad máxima para cuatro personas hoy conserva la

misma pesada puerta despintada y el andar cansino. Más allá del hall estaba la cancha de pelota a paleta, luego la pileta que no recuerdo haberla visto nunca con agua cristalina y, más al fondo, la cancha de baby fútbol que daba a la calle Ameghino.

En esa cancha de baldosas oscuras, cuando no había cumplido aún los 7 años, jugaba de delantero un flaco muy alto para su edad y de gran técnica que hizo muchos goles.

La presidencia estaba en el segundo piso en esos años. A pocos metros de su entrada había una vitrina opaca y descuidada que durante muchos años estuvo desordenada y con tierra acumulada por semanas, con copas y trofeos obtenidos en distintas épocas, algunos banderines intercambiados y varias plaquetas. Durante años la memoria por las grandes hazañas deportivas no fueron cuidadas ni preservadas.

Llegué a la sede y subí por las escaleras. Me anuncié y esperé frente a las vitrinas recorriendo una y otra vez cada copa o trofeo tratando de leer a qué torneo pertenecía o en qué año había sido ganada. Era casi imposible porque entre el vidrio -por el que casi ya no pasaba la luz- y el correr del tiempo se hacía muy difícil distinguir un nombre o un año.

Me hicieron pasar. No me invitaron ni siquiera un vaso de agua. Del otro lado de un imponente escritorio de madera marrón oscuro, con fotos y papeles y un vidrio encima, me esperaba De Stéfano. Me di cuenta rápidamente de que la negociación no duraría demasiado. Y que el final podía ser violento.

-¿Vas a firmar el contrato o no?

-Sí, claro. Para eso vine.

-¿Cuánto querés?

Yo estaba intrigado por saber qué pensaba hacer el presidente con un jugador que, al margen de haber jugado tantos partidos de Copa Libertadores roto y que había puesto en riesgo su carrera (por propia decisión, es justo decirlo), era además patrimonio del club. Era un jugador de 24 años en el que habían gastado muy pocos pesos en su formación, por el que unos meses antes había existido una oferta de cinco millones de dólares del Atlético de Madrid y al que podía llegar a negociar en un futuro.

-Yo llevo un año y medio sin contrato. Quiero que el club me haga un contrato por ese año y medio que pasó, más otro año y medio porque sino en seis meses vuelvo a estar sin contrato actualizado. O sea, quiero un contrato por tres años. ¿Cuánto vale para vos todo lo que yo hice por el club? ¿Cuánto vale que se hayan apurado para sacarme los puntos cuando estaba en danza aún ese interés del Atlético de Madrid y una oferta de cinco millones de dólares? ¿Cuánto vale el haber estado meses sin recibir un llamado desde el club para saber cómo estaba del pie?

Me miró por unos segundos algo desconcertado; supongo que él esperaba un número al cual poder darle pelea.

-50.000 dólares por los tres años -dijo con voz enérgica.

-Cuando quieras hablar en serio me volvés a llamar.

Me levanté de la silla y me fui sin saludar. Bajé en el lento ascensor, salí caminando de la sede hacia la derecha por Avenida Mitre hasta la esquina y allí doblé hacia la derecha sobre la calle Sarmiento. A 20 metros estaba El Café de la Plaza, sitio obligado de las previas antes de ir a bailar a Hollywood o Underground y que por las tardes se transformaba en punto de encuentro con mis compañeros del colegio secundario y del resto de los pibes que cursaban en los colegios de Avellaneda.

Me senté en una mesa que estaba junto a la ventana y me pedí una Legui en vaso de trago largo, con hielo. Eran las 7 de la tarde y me pregunté si eso que estaba haciendo era lo correcto para un jugador de fútbol. Claro que no. Me pedí entonces un tostado de jamón y queso en pan árabe para disimular.

Estaba con mucha bronca contenida. Me di cuenta, con el tiempo, de que lo que yo necesitaba era reconocimiento por lo que había hecho, buscaba la aprobación, no quería empezar a sentirme un pelotudo por las decisiones que había tomado. No tenía con quien hablar de esto. Ya habían pasado varios meses y estaba jugando más o menos de manera respetable, pero empezaba a sentir que podía ser uno más de los futbolistas de la sangría que sufría el club.

Me sentía solo. No tenía a nadie que me pudiera aconsejar, nadie a quien consultarle qué hacer o qué decir. Y aprendí con el tiempo, una

vez más, que no hay que tomar decisiones importantes cuando uno está muy enojado o muy feliz. Las grandes decisiones en la vida se deben tomar con la razón y no con la pasión.

También me di cuenta con el tiempo de que, más allá de la discusión sobre el rol de los representantes, su relación con los jugadores, sus arreglos y sus comisiones, una inmensa mayoría de los futbolistas no están preparados para ir a negociar su plata: no porque no sean capaces de una feroz defensa desde el punto de vista contable, sino porque en una negociación hay rispideces, enojos, insultos, peleas y uno se preparó para jugar, no para negociar.

Con una mezcla de sensaciones intuía que mis días en Racing se iban acabando y que ya no sería como aquella vez que, estando en Sexta división, me había ido del club para cambiar el fútbol por el rugby.



Mientras cursaba cuarto año del ENCA se jugó un Torneo Seven de Rugby Intercolegial en Avellaneda. En aquel 4° 2da algunos de mis compañeros ya jugaban hacía varios años en el Club Argentino de Rugby, por lo que tener casi la mitad de un equipo con experiencia era una ventaja más que respetable respecto del resto de los colegios.

Yo tenía un excelente estado físico y las instrucciones mínimas para jugar a un deporte del que desconocía por completo su reglamento:

“Vos cuando agarrás la pelota corré para el campo del rival”.

“No se dan los pases hacia adelante”.

“No podés pegar patadas porque te echan”. Eso era lo más importante.

No sonaban demasiado exigentes las condiciones como para formar parte del equipo, aunque había un ítem que iba a ser difícil de incorporar: en el entrenamiento de mis reflejos de más de diez años de fútbol había automatizado el juego con las piernas para detener una gambeta o un amago, por ejemplo.

En una cancha donde juegan 15 contra 15, jugar 7 contra 7 y ganar ese torneo relámpago fue muy fácil, porque nosotros teníamos más de

la mitad del equipo en condiciones físicas ideales para aprovechar tanto campo por delante para correr. Y así fue. Mi primer título después de 10 años de fútbol, fue con el rugby.

Y durante un tiempo siguió mi vida normal de futbolista en las divisiones inferiores, pero compartiendo ahora los martes y jueves por la noche entrenamientos de rugby en el Parque Domínico, donde me empezaban a enseñar el arte de pasar una pelota ovalada hacia atrás mientras corrés hacia adelante, que es un line out (un lateral para los futboleros) o que es un knock on, infracción que no tiene un paralelo con el fútbol ya que en el rugby el juego se detiene si la pelota se te cae hacia adelante.

El rugby me gustó. La ventaja física compensaba mis carencias en el cabal conocimiento del reglamento. Supongo que tantos años de fútbol en algún punto me habían aburrido y levantarme los domingos temprano para ir a hacer otro deporte me hacía sentir bien.

Al que no lo hizo sentir del todo bien cuando se enteró fue a mi viejo. Una tarde lo encaré y le dije que no iba a jugar nunca más al fútbol. Me miró, le dio una segunda pitada a su Particulares 33 recién encendido y lo apagó en un cenicero de chapa gris.

-¿Y qué vas a hacer?

-Voy a jugar al rugby.

-¿Al qué?

Fueron meses muy difíciles en casa porque la ilusión de mi viejo era la de tener un hijo que llegara a ser futbolista profesional, como la mayoría de los padres que proyectamos en nuestros hijos deseos y frustraciones personales.

No regresé a Racing por varias semanas hasta que una tarde fui al Cilindro a ver un partido de la Primera. Y no sé si fue el destino, o si ya está escrito el final de cada historia, pero me encontré con Jorge Fontán, uno de aquellos viejitos de la Subcomisión de Fútbol Amateur que estaban todo el día en el club y a los que veíamos en cada entrenamiento. Eran delegados en los partidos, preparaban el mate cocido, hacían mandados si era necesario.

Era un hombre de unos 70 años, el pelo canoso peinado hacia el cos-

tado, de ojos claros. Estaba vestido elegantemente con el saco de siempre, sin importar si era verano o era invierno. Sus manos arrugadas me tomaron de los hombros y con una mirada a la que, entendí, no iba a poder decirle ni una sola mentira. Me preguntó qué me había sucedido, por qué no había ido a entrenar más, ya tan cerca de la Primera.

No me animaba a decirle que había cambiado al fútbol por el rugby. No sé si era vergüenza o qué, pero no me iba a animar nunca a decírselo. Y mientras buscaba en el aire alguna mentira piadosa como para poder escaparme del compromiso que significaba esa mirada, improvisé y le dije que me había peleado con el Chango Cárdenas. Porque para mentir hay que hacerlo a lo grande.

El querido Chango era el técnico de la Sexta división y yo le inventé en ese momento un conflicto que, para mi cabeza de 16 años, carecía de solución. Le dije que estaba cansado de jugar de número 5, en el mediocampo, y que quería jugar de 2, que el Chango no estaba de acuerdo y por eso habíamos discutido. Y que yo nunca más iba a volver porque no quería que el Chango me volviera a dirigir.

Don Fontán me miró y me dijo: “Está bien Lamadrí, venga el martes que lo hacemos entrenar con la Quinta. Pero no deje de venir. Y usted tiene que jugar de 5, déjese de embromar...”.

Me cagó. Yo tenía una sola mentira y una tremenda vergüenza de haberla utilizado de manera tan imbécil. Y así volví el martes siguiente. El DT de la quinta era José Santiago y me dijo que me iba a dejar entrenar pero que no iba a jugar hasta el año siguiente.

A las dos semanas se hizo presente Ernesto Duchini en uno de esos entrenamientos. El maestro Duchini era el encargado de ir viendo a los pibes que conformarían la próxima Selección Juvenil Argentina que disputaría el Torneo Sudamericano de Paraguay en 1985 clasificatorio al Mundial de Rusia de la categoría y yo fui uno de los elegidos junto a Marcelo Astegiano, para jugar de volante central, de número 5.

Don Fontán tenía razón una vez más.

El fútbol volvía a desplazar la locura del rugby definitivamente gracias a Don Fontán y a poner las cosas en su lugar, sobre todo para la tranquilidad de mi viejo y para que se reflotaran las chances de que me

volviera a dirigir la palabra.

Y así en pocos meses me puse la celeste y blanca Le Coq Sportif que utilizaría Diego Maradona en el Mundial de México 86. Si, la misma. La número 10, porque a Lamadrí por orden alfabético le tocó la 10.

Diego Armando Maradona usó la camiseta número 10 Le Coq Sportif y tomó algunas malas decisiones en su vida. Yo también. Me equivoqué y pagué.

Diego paseó triunfante ese número 10 Campeón del Mundo por el Estadio Azteca y con la Copa en sus manos. Yo la vendí para poder cambiar los muebles de la cocina de la casa de mis suegros por unos más modernos en 2003, cuando vivía con ellos.



De Stéfano me convoca a una segunda reunión en la sede.

Estoy, otra vez, esperando frente a la vitrina de vidrio opaco y sucio.

Se abre la puerta. De Stéfano está con dos guardaespaldas. Sus culatas.

El clima es tenso. Estamos cerca, los cuatro.

-Bueno, pendejo, ¿vas a firmar o no? –me apura el presidente.

-Te dije que sí. También te dije que me digas vos cuánto creés que vale lo que yo hice para poder jugar la Copa Libertadores –le respondo.

-50.000 dólares -insiste.

Mis sospechas se confirman. No le interesa en lo más mínimo mi continuidad en el club. No por casualidad ese gran equipo del 88/89 se desmembró en pocos meses.

Lo miro por un largo momento. Veo en su mirada un goce particular, una mueca que no expresa preocupación sino todo lo contrario. Los lentes le caen sobre su nariz: nos miramos a los ojos. Me desafía con su mirada. Me gusta el desafío.

Hago silencio. Empiezo a perder la batalla contra la cordura, la moderación y los buenos modales que siempre me inculcaron en mi casa.

Pero de repente reacciona, como si mi silencio lo incomodara. De Stéfano acaricia con su mano derecha a su puño izquierdo, muy lentamente. ¿Me está invitando a pelear?

-Si no firmás, no jugás más.

Agacho la cabeza. Trato de ordenar los pensamientos. Me tiemblan las manos.

Levanto la vista y miro a cada uno de los presentes, lentamente empiezo a correr mi silla hacia atrás indicando que me voy a retirar.

Me pongo de pie, arrimo la silla prolijamente hacia el escritorio, doy dos pasos atrás.

-Te podés ir a la concha de tu madre. Vos, vos y vos –señalo, primero al presidente, después a sus dos culatas.

Doy media vuelta y me voy.

Antes de cerrar la puerta escucho:

-Andá a entrenar mañana –dice De Stéfano. Y se ríe.



Al otro día llegué al playón del Cilindro con el Falcon gris, al que le había hecho recortar una vuelta de resortes traseros para bajarlo y pegarlo al piso. Por los parlantes Pioneer de cuatro vías que había comprado en una gira por Colombia sonaba a todo volumen el riff inconfundible de Eric Clapton en “Cocaine.”

Entré al vestuario saludando a algunos jóvenes cronistas que esperaban novedades del primer equipo. Llegué al banco de madera, colgué mi bolso en el gancho de la pared (al que le estaba faltando un tornillo y por eso caía hacia un costado, pero con la suficiente firmeza como para sostenerlo), me senté y me desaté los cordones como siempre. Una especie de ritual que consistía en aflojar los cordones que debería haber sido un acto reflejo, casi inconsciente, porque hasta no hacía mucho tiempo aquellas inflamaciones en el tobillo me obligaban a hacerlo para poder caminar.

Me dirigí hacia la puerta de la utilería donde siempre había un mate con facturas o bizcochitos de grasa esperando, y de golpe la melodía

pasó de Eric Clapton a Julio Sosa cantando “Nada” en la Noblex Siete Mares.

-No tenés ropa, Flaco. Me dijeron que no te dé la ropa –me recibió Conejo.

-¿Quién?

Conejo señaló hacia arriba con su dedo índice, como los goleadores que dedican un gol al cielo. El jefe ayer a última hora de la tarde había bajado la orden.

Yo ya no formaba parte del plantel.

“Nada, nada queda en tu casa natal”, sonó de repente la voz de Julio Sosa, como tantas veces había sonado en el combinado Winco de la casa de mis viejos.

Crucé el vestuario para agarrar mi bolsito y, al menos como jugador de Racing, recorrí por última vez el largo túnel hacia la cancha.

Ese túnel que supo hacerse tan corto en los triunfos se me hizo interminable. En algunas partes estaba inundado y había que caminarlo por encima de tablones aún en días de partidos oficiales. Las paredes blancas conservaban la humedad vaya a saber desde qué épocas gloriosas y por primera vez tomé conciencia de que a ese mismo túnel lo habían caminado los que terminaron de forjar, en 1951, el tricampeonato. También los Campeones del Mundo de 1967, y yo casi irrespetuosamente pisaba ese mismo lugar donde aquellos pies de leyendas lo habían hecho muchos años atrás. Desde la más rica historia retumbaba el sonido de viejos botines de cuero de aquellos jugadores de bigotitos finitos y prolijos peinados a la gomina. Y yo en zapatillas, qué desconsiderado.

Salí por la boca del túnel. En la línea del lateral las palomas se estaban comiendo las semillas del césped recién sembrado y, al espantarse, salieron volando hacia el mástil.

Me paré en el punto del círculo de mitad de cancha, la casa del volante central. Giré hacia mi derecha 360 grados para despedirme de aquellos escalones de cemento y de los fierros de los paravalanchas. Chau Cilindro, dije en voz baja. Me fui buscando nuevamente la boca del túnel para irme y el mástil me acompañó con su mirada desde las alturas. No había ninguna bandera allá arriba para despedirme.

Volví a pasar por el vestuario a buscar mis cosas: dos pares de botines, uno de taponos bajos de goma de la marca de las tres tiras y los de taponos altos de aluminio, los “picacarne”, que tenían un felino pegando un atlético salto al costado. Había un tercer par de botines para los entrenamientos que los dejé en la utilería, suponiendo que en el mejor de los casos otro pibe de las inferiores los podría usar. Si no, terminarían posiblemente vendidos para comprar algún libro que necesitara la hija del utilero.

Había que cerrar una etapa para abrir otra, pegar un salto como ese felino del botín, y una vez más me di cuenta de que estaba solo. La noticia de mi ida del club tardó en viralizarse, término que en aquella época sólo servía para posiblemente describir la propagación de alguna enfermedad peligrosa.

El Gráfico salía los martes y si no estaba la noticia en esta próxima edición, había que esperar siete días más. Y otros siete. Y otros siete más, porque nunca salió en El Gráfico la noticia de que Lamadrid se estaba yendo del club. Aunque estaban faltando algunos “trámites administrativos”, como la deuda que Racing tenía conmigo y la firma del “pase libre” en una escribanía de Avellaneda, mi salida del club ya era un hecho.

Viajé a Mar del Plata ya que Racing comenzaba su participación en el clásico Torneo de Verano y al llegar al Estadio Mundialista algunos periodistas me consultaron por qué no había viajado con el equipo. Aproveché la transmisión en directo por televisión para que el cronista desde los vestuarios diera a conocer la información de mi salida del club, después de dar la formación del primer equipo, de los suplentes, de las incorporaciones que podían llegar a pedido del técnico y del pronóstico del clima para los próximos siete días en La Feliz.

...y también podría llegar Guillermo Guendulain, el volante de Gimnasia y Esgrima La Plata, en el transcurso de los próximos días.

-Gracias. ¿Tenemos alguna información más? Porque tenemos que cumplir urgentemente con los compromisos comerciales.

-Sí, estuvimos charlando con Hugo Lamadrí, quien nos comentó que deja el club por diferencias con...

-Una pena. Gracias. Vamos a la tanda y ya volvemos con el comienzo del partido.

Volví a Buenos Aires esa misma noche aturdido por 400 kilómetros de música a todo volumen, intentando una y otra vez llegar a imitar el falsete de Axel Rose en “Think about you” y dándole una de las últimas chances de gustarme a Steel Wheels, el último disco de los Rolling Stones en ese momento, pasando por Iron Maiden en vivo y Nino Bravo. Porque no me cabe ninguna duda de que Nino Bravo se canta a los gritos, más cuando uno está solo y no hay riesgos de papelones.



Por las mañanas empecé a ir al gimnasio. Durante algunas tardes salía a correr por el Parque Domínico y por las plazuelas de la Avenida Mitre desde el 5000 hasta Sarandí. Por mi tobillo debía buscar lugares más o menos blandos, no podía castigarlo corriendo en lugares duros.

Días después recibí un llamado para presentarme en una escribanía de Avellaneda para firmar los papeles de mi desvinculación y un plan de pagos de los 6.000 dólares que Racing me adeudaba de dos documentos vencidos, más los sueldos, primas y premios. Los sueldos nunca estaban blanqueados en su totalidad, existía un contrato en blanco por el mínimo legal que se presentaba en la AFA y en Futbolistas Argentinos Agremiados, y otro contrato en negro, privado entre el club y el jugador. De la misma manera las primas y premios jamás tenían un sustento legal para reclamarlos.

Las semanas comenzaban a pasar cada vez más rápido y, como todo jugador libre sin ofertas, empecé a tachar los días como los presos. Mi ansiedad iba en aumento y lo mismo la intranquilidad: por lo deportivo y lo económico.

Recibí llamados de gente que no conocía con ofertas para ir a destinos futbolísticos por entonces exóticos como China, Turquía o Israel. Llegué a enviar un VHS con mis mejores jugadas y goles por DHL a Grecia. Me pidieron que editara los partidos para mostrar mis mejores momentos, el puesto que ocupaba y los goles, porque nadie mira un

partido de 90 minutos. Seguí al pie de la letra los requerimientos y aquel VHS que envié duraba apenas ocho minutos.

Otro llamado me sorprendió una mañana: “Hola Lamadrí, soy Antonio Alegre, como le va”. Antonio Alegre era el presidente de Boca Juniors en aquellos años. Le devolví el saludo con afecto porque nos habíamos conocido hacía unos meses. En uno de aquellos partidos por Copa Libertadores, se había acercado hasta nuestro vestuario a saludar, se sentó al lado mío en el banco de madera y me dijo en voz muy baja que a él le gustaría llevarme a Boca. Le agradecí ese gesto. Es difícil imaginar hoy al presidente de un club sentarse en un vestuario que no es el suyo, al lado de un jugador que tampoco es de su equipo y tentándolo para que cambie de colores.

-Lamadrí, me dicen que Racing lo deja libre. ¿Es verdad? –preguntó don Antonio.

-Así parece –respondí sin demasiadas ilusiones.

-Solucione el tema de los papeles que se me viene para Boca –me dijo con un tono paternal antes de dar por finalizada la conversación.

El día pactado para finiquitar los trámites administrativos y dejar plasmada en un papel mi salida de Racing, me presenté en la escribanía en el horario convenido, pero luego de casi una hora de espera entendí que nadie llegaría en representación del club. Hasta ese momento no tenía motivos para pensar que algo extraño podría estar empezando a gestarse. El tiempo corría cada vez más rápido, seguramente porque detrás tenía el implacable acoso de la fecha de cierre del libro de pases.

No tenía novedades desde el club y un viernes recibí la llamada de una persona relacionada a Gimnasia y Esgrima de la Plata.

-¿Es verdad que queda libre de Racing? –me preguntó incrédulo.

-Sí -le respondí.

-Si le interesa, ¿puede venir el lunes?

Por el entusiasmo, y en tiempos en los que todavía no existía la Autopista Buenos Aires La Plata, en mi cabeza me imaginé el traslado diario a La Plata: saldría derecho por la calle Chascomús, donde vivía, hasta la Avenida Mitre y allí doblaría hacia la derecha en dirección a Quilmes. Luego de 45 minutos llegaría al cruce Varela después de que la Avenida

Mitre se hubiera convertido en Avenida Calchaquí al cruzar el Triángulo de Bernal. Desde el cruce Varela debería continuar derecho otros 20 minutos hasta la rotonda de Alpargatas a la que debería rodearla y tomar el camino Centenario hacia la izquierda, el que me depositaría en La Plata después de otros 20 minutos.

A las 24 horas, sin embargo, recibí un nuevo llamado de esta persona preguntándome por el estado de mi tobillo: “El gerente de Racing nos dijo que está roto y que no puede volver a jugar al fútbol. Y que por eso lo dejan libre”.

Aquella pequeña sospecha en la escribanía se empezaba a transformar en un hecho.

Algo similar me ocurrió días después con Rosario Central.

Desde Racing habían instalado en las dirigencias de los distintos clubes un rumor con fuerza de verdad. “Lamadrí está roto y no puede jugar más al fútbol, por eso lo dejamos libre”. Mi única respuesta a cada una de esas afirmaciones era la misma: hagamos una junta médica con médicos de AFA cuando ustedes quieran, con un malhumor evidente en cada contestación.

Juan De Stéfano era vicepresidente de AFA en ese momento y la respuesta de un club que terminó de abatirme fue una que decía mas ó menos así: “Nos gustaría que vinieras, pero no queremos tener quilombos con Juan”.

Una vez más se me cruzó por la cabeza la idea de dejar de jugar. Lo turbio que rodea a veces al fútbol y que los jugadores comentan muchas veces en off, lo estaba empezando a vivir en primera persona. El fútbol es una mierda.

El libro de pases cerró y a la semana me llamaron para firmar mi liberación. Los sentimientos que me invadían ese día preferiría no relatarlos porque estaría haciendo apología de la violencia. Pero quería saber por qué lo habían hecho.

-¿Vos te pensás que yo iba a dejar que te fueras a Boca y después a mí me mataban por haberte dado el pase libre?

Ahí estaba la explicación no sólo de por qué habían demorado en dejarme libre, sino que también, y esto es una especulación personal,

les molestaba que hubiera muchos clubes interesados en mí. Les resultó muy fácil desde el círculo rojo del poder del fútbol instalar una fake news, para utilizar una expresión de gran actualidad, que me cerró la puerta al fútbol argentino de Primera división por varios años.

-Y los 6.000 dólares de los documentos no te los voy a pagar. Hacerme juicio.

Algunos años después, muchos de esos “hacerme juicio” juntos llevarían a Racing a una debacle institucional llamada quiebra y gerenciamiento del fútbol profesional.

Y así terminó mi capítulo en Racing como jugador de fútbol. Se vendrán tiempos en la Universidad de Chile, donde un empresario me llevó como un número 10 goleador; en torneos locales jugando para Sportivo Barracas de Colón o Aldosivi de Mar del Plata; en los viejos torneos del interior jugando para Juventud Antoniana de Salta.

Luego vendrá el regreso a Primera división en Mandiyú de Corrientes, tras firmar una cláusula por la cual tenía que jugar un mínimo de 75% de los partidos para poder cobrar la prima; vendrán seis meses de 1994 jugando en un club al que quiero mucho por clase, cantidad y calidad de las puteadas de sus hinchas, el Quilmes Atlético Club, la institución donde más me insultaron en mi vida pero con razón; vendrán varios años fuera de Buenos Aires en Douglas Haig de Pergamino y San Martín de San Juan.

Un periplo en el que acumulé kilómetros y deudas.

Unos cuantos años después y ya de vuelta en Buenos Aires, la vida me volvió a acercar a Racing desde otro lado: había que salir a la calle para recuperar a club de un gerenciamiento salvaje y vaciador al que lo estaban sometiendo Fernando Marín primero y Fernando De Tomaso luego. Allí, junto a otros miles de hinchas y socios, pudimos lograr el objetivo y la relación con al Academia empezó a tener una nueva arista: la participación política en el club integrando la Agrupación 25 de Marzo, que me llevaría orgullosamente a ser candidato a vicepresidente segundo en las elecciones de diciembre de 2017, integrando el trinomio junto a Matías Gainza Eurnekian y Mariano Cejas.



Hueso contra hueso

▶ Una mañana de otoño, muchos años después de dejar de jugar, me encontré con mi amigo Pato en un café de Bernal. Yo llevaba un cuaderno espiralado con anotaciones de diversos tenores: el 0800 de un banco que jamás atiende, la lista de canciones para mi primer programa de radio que ya llevaba seis meses en el aire, tareas para realizar que nunca llevé a cabo. Cuando anotás muchas cosas, finalmente no las vas a hacer.

Descubrí que, para mí, muchas veces anotar es postergar.

Tenía también un libro de Hernán Casciari y los lentes para leer en un estuche que me dio vergüenza poner arriba de la mesa. Un estuche azul, sin el nombre de la óptica: el detalle delataba que los podía haber comprado en una farmacia o en una estación de trenes alguna mañana que salí apurado de casa.

Era un día fresco y agradable, pero aún así era un día de mierda. A dos cuadras de ese café estaba el geriátrico donde mi vieja vivía hacía ya más de cuatro años y al que, ese día, tampoco iba a ir. “Vivía” es una manera bastante gentil y poco cercana a la realidad de describir el escenario. Iba a ese café una vez por semana, pero empezaba a entender el mecanismo por el cual la mayoría de esas veces no iba al geriátrico.

Mi vieja había sufrido seis ACV en esos últimos cuatro años. Le habían amputado la pierna izquierda a la altura de la rodilla por una obstrucción en las arterias y a las pocas semanas le amputaron un dedo

del pie derecho. Estaba consciente pero postrada hacía mucho tiempo, y cuando me ponía a hablar del tema con “los neurólogos de café” entendí que su lucidez era una cagada: se daba cuenta de todo.

-Es preferible que ni te conozca, pero que no se dé cuenta de lo que le pasa –opinaba yo con aire de profesional.

-Al abuelo de Carlos le pasa lo mismo, no sabés cómo se acuerda de todo –me respondió ese día Pato. No sé si era verdad, quién era Carlos, quién era su abuelo.

-Mi viejo se murió de un infarto mientras dormía. Esa es la mejor forma de morir –fue el cierre catedrático que le di a mi exposición.

Pero la improvisada terapia de grupo no reparaba en un detalle: el dolor. El dolor físico. Ese dolor de “hueso” que tantas veces en charlas con amigos yo me jactaba de haber superado. El dolor de las operaciones cuando te raspan un hueso. O cuando te lo cortan, como a mi vieja. Ese dolor de hueso que yo había sufrido a los 23 años debido a las lesiones en el fútbol ahora no era mío, pero lo seguía llevando adentro y lo revivía en cada quejido y llanto de mi vieja, postrada en una triste cama de un geriátrico, mientras la muerte se le acercaba, cada vez más y sigilosamente, después de cada amputación.

Era por eso que cada vez tenía menos fuerzas para ir a visitarla.

A los 20 años tenés la fuerza y la motivación de lo que resta de tu vida. Para mi vieja ya no había motivaciones, ni tiempo para plantearse objetivos, ni desafíos a los cuales pelearle. Era sólo esperar que llegara la muerte para dejar de sufrir, aquella que gracias a Dios, finalmente una noche de octubre de 2018, se apiadó de ella y por fin se la llevó.



Las dulces noches de Tucumán

▶ A lo largo de mi carrera se sucedieron los golpes. Afuera y adentro. En ese sentido son muchos los recuerdos que se hilvanan al repasar mi trayectoria: los de afuera ya fueron expuestos. Para los de adentro, como resumen, quiero detenerme puntualmente en dos que sucedieron en Tucumán, uno jugando para Racing y otro para Juventud Antoniana de Salta.

Tucumán fue siempre un desafío. Las tardes en la Cuna de la Independencia eran distintas. La primera de estas dos veces visitábamos con Racing a San Martín, recién ascendido y que jugaba siempre a cancha llena.

En esos tiempos era bastante común quedarse en el lobby del hotel con algunos allegados o periodistas después de cenar: eran épocas más distendidas en las que inclusive un hincha común podía burlar la seguridad, que era flexible, y terminar sentado en una mesa con los jugadores tomando un café.

En la noche anterior al partido se hicieron presentes dos periodistas (así se autodefinieron) tucumanos. Después de la nota, en la que hablamos de cómo llegaba cada equipo y de otras cuestiones triviales, me contaron que el DT de San Martín le daba una importancia superlativa a las jugadas elaboradas.

La charla se fue desarrollando con naturalidad, y en un momento me hicieron una confesión: “El 5 y el 8 van a salir a provocarte y a pegarte”. Me sorprendió que me dieran semejante información sin pedir nada a cambio, podría ser algún tipo de trampa y sospeché, pero de todos modos les pregunté los nombres.

-Juan y Alberto, pero en confianza nos dicen el Negro y el Rata.

-No, no, los nombres de ustedes no, los del 5 y el 8.

-¡Ah, no! Ya te vas a enterar –dijeron.

Ya no solo desconfiaba del relato sino que desconfiaba de ellos mismos, sobre todo porque uno me miraba con insistencia el reloj y las zapatillas. Pero se fueron.



Al día siguiente el ómnibus que nos trasladaba hacia la Ciudadela era custodiado por la policía tucumana, de la cual no voy a emitir opinión porque espero pronto volver a visitar esa hermosa provincia y quiero regresar a Buenos Aires sin hematomas. La llegada al estadio lejos estaba de tener el glamour de estos tiempos. No existían ómnibus de dos pisos ploteados, hermosos jugadores metrosexuales con sus cuerpos tatuados que se dirigen al vestuario enfundados en auriculares con bluetooth o con costosos celulares haciendo la parodia de que hablan por teléfono para no hacer declaraciones a la prensa.

No existían canales de cable ni programas de televisión transmitiendo no solo el partido sino la llegada en directo del arribo de los players.

Tampoco los que desafían a las cámaras de televisión para tener sus seis segundos de fama; esos seis segundos en los que ese ser humano sufre una extraña deformación morfológica acompañada por movimientos desacompañados de sus ojos, para permanecer en el plano. Ni la peor mezcla de paco con LSD y vino Toro en cajita puede lograr esos efectos tan poco estudiados por la ciencia moderna. El teléfono celular en su mano izquierda apoyado en su oído derecho y la mano derecha saludando como la Reina de la Fiesta del Arándano con un ataque de epilepsia. Y jamás sabremos con quién habla; de lo que sí estamos seguros es que

habla con otro ser humano semejante a él que le va indicando cuántos grados a babor o estribor tiene que moverse para no quedar afuera de su debut televisivo.

Una vez en el vestuario, y como hace cada uno de los jugadores, yo me di el momento de relax: en mi caso siempre pasó por la música y en mi walkman sonaba algún tema tranquilo como para ir introduciéndome en el clima del partido. Podía ser “Ace of Spades” de Motörhead o “Space Trucking” de Deep Purple

La entrada en calor la hicimos dentro del vestuario y después salimos a la cancha. Afuera hacía calor y la humedad era insoportable. Racing llegaba puntero, con un equipo de grandes jugadores. Nos pusimos en ventaja con un gol del Panza Videla y el partido estaba controlado. Parecía una tarde tranquila.

Parecía... Porque en uno de los pocos corners a favor que tuvo el Santo tucumano, y mientras yo me preparaba para marcar de cerca al número 5 rival, el número 8 me chocó muy fuerte con su hombro a la altura del pecho. Me molestó bastante pero como estábamos ganando el partido, el margen de la duda lo favorecía. No tenía demasiados elementos como para acusarlo de una acción deliberada que buscara una reacción irresponsable de mi parte. Pero me acordé de la charla de la noche anterior.

En cada corner o pelota detenida en la que el equipo local podía acercarse a nuestra área dividiendo la pelota en el aire, se empezó a repetir la escena. Yo buscando al rival que me correspondía marcar y el 8 que volvía a chocarme.

¿Sería el enviado? ¿Sería verdad lo que aquellos dos personajes en el bar del hotel me habían adelantado? ¿Sería el que tenía la orden, la misión?

Traté de concentrarme en lo mío: marcar, hacer los relevos, ordenar el medio y muy de vez en cuando salir en una foto gritando un gol.

Hasta que lo que me habían anticipado sucedió.



Mitad del primer tiempo. Estoy parado sobre la línea de mitad de cancha y no lo veo venir: de costado recibo una trompada en el estó-

mago que me dobla al medio y me hace caer. No la esperaba. Mientras mis piernas flamean caigo en cámara lenta. Cobardemente soy golpeado desde un costado, yo nunca haría eso. O creo que nunca.

Con la cabeza clavada en el piso, el verde césped se me mete en los ojos cuando los abro para saber dónde estoy, qué hago acá, qué pasó. Apoyado en mis rodillas, antebrazos y cabeza, como en posición fetal, trato de poder volver a respirar porque la piña fue tan precisa en la boca del estómago que me quitó el aire.

Muy lentamente me voy incorporando. Me siento y levanto la vista hacia el banco de suplentes, a unos 20 metros de mi posición. Entran los auxiliares.

-¿Qué te pasó, Flaco?

-Yo les iba a preguntar a ustedes.

Desde el banco de suplentes me empiezan a llegar las primeras informaciones como para poder empezar a reconstruir lo sucedido en los últimos dos minutos. Cada uno de los integrantes del banco de suplentes me muestran una mano abierta, con sus cinco dedos desplegados, y la otra mano con tres.

No es difícil la suma: cinco más tres, ocho. El 8.



Me olvidé completamente de que había un partido. Salí a buscar al 8 por todo el campo de juego con el solo objetivo de romperle la mandíbula y dejarlo varios meses comiendo asado con pajita. Pero no lo lograba. El enviado sabía que era mi objetivo ahora, porque se habían invertido los roles, y no sabía si iba a tener la posibilidad de encontrarlo indefenso en algún momento del partido como para llevar a cabo un ataque traicionero como el que me había propinado.

De a poco pasaban los minutos y lo mejor era calmarme, dejar la venganza que tan mal nos hace y no nos conduce a nada. Después de todo era un colega y era sólo un partido de fútbol, así que lo mejor era terminarlo de manera civilizada.

El Santo llegó al empate. Conservábamos la punta del torneo pero

habíamos ido a ganar. No nos íbamos a refugiar en el fondo.

Hasta que avanzado el segundo tiempo, el árbitro del partido, Jorge Romero, cobró una infracción intrascendente en mitad de cancha. El local puso a todos sus hombres en ataque esperando el envío largo que iba a intentar aterrizar en nuestra área.

Se demoraba la ejecución, posiblemente en ese momento se haya realizado algún cambio. Esos segundos me hicieron cambiar de opinión sobre la reflexión que había realizado acerca del mundo civilizado y de que somos seres racionales porque eso nos diferencia del mundo animal. Busqué con mis ojos la posición del 8 dentro del área y lo encontré. Estaba unos cuatro metros adelante de mi posición con su correspondiente marca personal y giraba repetidamente su cabeza intentando asegurarse de que yo ya hubiese superado el mal momento del primer tiempo.



Finjo que lo ignoro. El 8 se relaja. Pone los brazos en jarra a ambos lados de su cadera, como el boxeador que se sabe amplio ganador por puntos y comete el error de dejar de pelear para caminar el ring y esperar que los minutos corran. Y baja la guardia.

En el arco está el Pato. Yo estoy parado junto al 5 rival en el punto del penal. A mis espaldas el juez de línea hace visera con su mano para tapar el sol. Se demora el reinicio del juego y el tiempo se detiene. El mundo empieza a dejar de girar para mí y nadie se mueve en el área. Los hinchas detrás del alambrado son una serie de puntos fijos desprolijamente apretados en una pared de cemento caliente. No se escuchan sonidos y en cámara lenta comienzo a dar pasos en el aire.

Los tapones de aluminio de los botines se convierten en copos de algodón, no recuerdo pisar el suelo. La camiseta número 8 se agranda en mis ojos. Miro hacia la mitad de cancha: el árbitro empieza a tomar su silbato para llevárselo a la boca muy lentamente. El Pato Fillol me mira desesperado, pero yo ya no tengo freno. En mi vuelo le sonrío, lo miro y le digo que se quede tranquilo con un guiño de mi ojo derecho. El

párpado va bajando de forma lenta y previsible, como es característico de los movimientos de casi todos los músculos de mi cuerpo.

Ahora sí, me afirmo bien fuerte en el piso. El pasto se parte y se hunde la tierra. Los labios del árbitro comienzan a abrirse para que el sonido del silbato ordene reanudar el juego. Los taponos de aluminio intercambiables se agarran al césped. Alcanzo la línea de posición del jugador número 8 que está como detenido en el tiempo, congelado, a mi merced. Mi hombro izquierdo se posiciona a la altura de su cara, en la que sus dos ojos comienzan a abrirse más de los que sus párpados pueden soportar: parece Malcolm Mc Dowell interpretando a Alex De-Large en la Naranja Mecánica.

Nuestras miradas se cruzan, reconociéndonos. En su rostro la tensión de los músculos desnuda el terror. En mi cara se dibuja una leve y sarcástica sonrisa, que predomina del lado izquierdo de mi boca por una parálisis facial que sufrí a los 17 años por un golpe de aire cuando bajaba del colectivo.

Con el silbato entre sus labios, el árbitro levanta su mano indicando que el tiro libre es indirecto. En ese momento mi mano comienza su viaje desde la altura de mi cintura recorriendo, en un movimiento ascendente de una curvatura casi perfecta, la distancia que lo separa de la cara del rival. En el trayecto los dedos se agrupan en un puño que es propulsado por la fuerza del brazo, del hombro y de las piernas clavadas casi 10 centímetros en el pasto. El impacto es perfecto. La piña es un polvo.



Tuve la precaución de que el juez de línea no pudiera verme, pero cedió a la presión de los hinchas tucumanos, que se habían subido en gran número al alambrado, y terminó levantando la bandera para llamar a Romero.

El Pato salió raudamente al cruce del árbitro y, ante mi asombro, le gritaba:

-¡Penal sí, expulsión no! ¡Penal sí, expulsión no, Jorge!

Sobre la línea del área chica, al 8 le estaban contando hasta diez. Después empezaron a contarle “La Guerra y la Paz”, novela de León Tolstoi de lectura obligatoria en los colegios de Rusia y que viene en 4 tomos.

La justa expulsión llegó en cuestión de minutos, aún cuando no hubiera pruebas en mi contra salvo la mandíbula del 8, que parecía otra oreja. Ni el árbitro ni el juez de línea habían visto absolutamente nada. La parcialidad local detrás de nuestro arco empezaba a doblar los alambrados.

Es sabido que el hincha tucumano es pasional. Lo que descubrí esa tarde, además, fue que son especialistas en la escupida a media y larga distancia. El porcentaje de aciertos fue asombroso y debido a la consistencia, me quedó la duda si la escupida estaba compuesta por una base sustentable de Crush de pomelo o Pritty de ananá. Esa mezcla semiacuosa de gaseosa, vino, choripán y ADN generaron en mi rostro los puentes de hidrógeno más poderosos jamás conocidos por la ciencia hasta el momento.

Mientras me iba de la cancha sintiéndome en el pedestal de la petoludez futbolística por una expulsión tan infantil (como la roja por insultar), vi que un hincha en particular seguía mi trayecto desde detrás del alambrado y me cargaba.

-¡Te lo dije, culiao!

Era el Rata.

Y el Rata volvió a aparecer a través de una ventanita de 25 x 35 del vestuario, mientras yo me sacaba los botines, la ropa y las escupidas. “Te lo dije”, insistió en la cargada, así que no dudé: la piña atravesó el vidrio. Creo que no le llegué a pegar, pero al rato tenía decenas de hinchas mirando a través del hueco, divirtiéndose con insultos.

Perdimos el partido, el invicto y la punta del campeonato y el Coco me sacó del equipo.

Antes de salir del estadio me tuve que esconder en posición fetal dentro de una de las bolsas en que los utileros guardaban las pelotas, porque la policía tucumana entró buscando “a un tal Lamadrí” para labrarle un acta contravencional por la agresión a un hincha.

Desde la utilería gritaban “ya se fue Lamadrí, ya se fue...”.

Ya en el aeropuerto de San Miguel de Tucumán y mientras aguardábamos para embarcar hacia la Capital Federal, el Gordo Muñoz me repetía una y otra vez: “No, nene, eso no se hace. Sos joven y tenés que aprender para no entrar en esa”. A mi lado, en cambio, el querido Horacio García Blanco en voz baja me decía:

-Qué buen cross de derecha, Flaco, te felicito.



Juventud Antoniana de Salta debía viajar a la ciudad de Bella Vista, en la provincia de Tucumán, para jugar por una nueva fecha del torneo del Interior 1992/1993 y nada hacía presagiar lo que iba a suceder durante aquella tarde-noche.

El viaje de 300 kilómetros desde la capital salteña hasta San Miguel de Tucumán, donde pasaríamos la noche, fue tranquilo. Las cenas en los hoteles en aquellos tiempos estaban lejos de tener una elegante estética visual que hoy se impone en cada lugar donde la gastronomía es parte fundamental de cualquier emprendimiento.

Los fideos blancos con agua eran la dieta fundamental del jugador de fútbol porque “los hidratos de carbono son de rápida digestión”. Nunca lo estudié en profundidad como para afirmarlo pero debe ser así: después de cada almuerzo o cena, la rápida digestión imponía un operativo comando al kiosco más cercano para que alfajores de chocolate, palitos salados o distintas variedades de galletitas nos acompañaran en la ansiedad hasta la próxima ingesta de alimentos.

Nos esperó, al otro día, una agradable tarde de calor en el estadio de la ciudad de Bella Vista. Llegamos con el micro hasta la cancha, bajó la utilería y nos metimos en el vestuario lo más rápido posible. El chofer y su acompañante se llevaron el vehículo hasta la puerta de la comisaría, que estaba a unas cinco cuadras, y la idea era que nos pasaran a buscar al final del encuentro para regresar a Salta.

Faltaba más de una hora para el comienzo del partido y salimos a recorrer el campo de juego para “pisar” los sectores que, por la posi-

ción que ocupabas en el equipo, ibas a visitar de manera más frecuente. Desde las tribunas algunos hinchas que empezaban a desafiar el combo calor-vino tinto tibio insultaban a un solo apellido: el mío. Nada que no hubiera sucedido en otra cancha, de noche o de día, con frío o calor.

Ese 7 de marzo de 1993 estaba a pocas horas de dejar los 27 años y, casi, la vida.



Es el partido típico de ese torneo. Poco juego, mucha pierna fuerte. La pelota parece que acumula millas porque anda más por el aire que por el piso. Y digo piso porque en algunos sectores el campo de juego debería haber baldosas por lo duro que está.

A pocos minutos de empezar el partido el sol empieza a bajar.

La calidad técnica del partido también.

Hay un solo gol y es de ellos. Perdemos 1 a 0 y el árbitro pita el final del partido. Los hinchas en las tribunas festejan el triunfo mientras nos saludamos amistosamente con nuestros pares tucumanos. Después de todo el resultado es justo.

Uno de los jugadores del equipo tucumano, hincha de Racing, se acerca y me pide una foto. Se suma un masajista. “Soy hincha de Boca”, aclara: en definitiva, en su cancha estaba un jugador al que veían por televisión hasta no hace mucho tiempo. Eso puede generar admiración de poder compartir unos segundos con alguien al que se admira, o curiosidad de saber cómo hizo para llegar a Primera.

Luego de la foto, los saludos y hasta alguna anécdota en mitad de cancha, emprendo el regreso hacia el vestuario. Ya me aflojé los cordones de mis botines, me bajé las medias y me quité las canilleras. De la tribuna lateral baja un aplauso tímido.

No son 20.000, 30.000 ó 40.000 personas las que me aplauden, como me sucedía hace un par de años; son uno o dos, pero el afecto y el cariño se sienten de la misma forma.

Con mi mano derecha extendida devuelvo el afecto con un leve gesto levantando mi brazo a la altura del hombro: nunca me llevé demasiado

bien con los aplausos. Me retiré del fútbol sin saber si eso era timidez o falta de costumbre.

Hasta que vuelvo mi vista hacia uno de los arcos: veo a nuestro arquero Daniel Cersósimo (ex Vélez Sarsfield, entre otros equipos) pegándole trompadas a uno de los jóvenes alcanza pelotas, que poco tenía de alcanza pelota y menos de joven.

Vamos todos raudamente para separar a nuestro compañero, al que se lo notaba cansado, para seguir pegándole nosotros. Es el principio del caos.



En el campo de juego resultó una trifulca de pocos minutos y casi sin importancia, donde eran más los que separaban que los que queríamos hacer justicia por mano propia en momentos donde desconocíamos cuál había sido el agravio o los hechos que habían desencadenado esa situación. No pasó de un “salteño de mierda”, un “porteño culeao”, insultos por el estilo.

Pero después la cosa se puso espesa.

Un pasillo largo comunicaba la cancha con ambos vestuarios. En ese pasillo se confundían ambas camisetas en un lugar donde no había espacio para dos filas y así diferenciar, como en un supermercado, la caja común de la caja de hasta 15 productos.

Al avanzar hacia los vestuarios el aire se había empezado a tensar. El pasillo era angosto y nos íbamos chocando con los rivales al caminar. Hasta que en un instante, sin previo aviso, recibí un golpe desde atrás y a la altura del cuello con un objeto contundente y duro. Giré con dificultad casi 180 grados sobre mi eje para conocer si había algún motivo que justificara la agresión y, también, para conocer al causante de la misma. Ahí lo vi: un agente de la ley, de aproximadamente 1,56 metro de altura en punta de pie y con borcegos, exhibía con sus dos manos una Itaka al grito de “caminá porteño culeao”.

Le apunté la trompada al sector que conforma el final de la nariz con el comienzo de la boca. Después de esa primera mano siguieron otras

dos más. Y después siguió una verdadera batalla campal: dos planteles completos con sus cuerpos técnicos a las trompadas. Creo haber visto a un compañero que, aprovechando la confusión, le pegó dos piñas a nuestro entrenador porque casi nunca lo ponía.

Llegar al vestuario fue más difícil que completar una etapa del Dakar. Llenos de tierra y de piñas, con las camisetas rotas, rasguños y sangre chorreando desde la nariz. Pero llegamos. Nos sentamos, tratamos de recobrar las fuerzas y sobre todo, empezamos a elucubrar una jugada preparada para poder salir de ese lugar. En lo posible con vida.

De repente escuchamos detonaciones de armas de fuego y, al asomarnos por los pequeños ventanales rectangulares del vestuario, vimos con asombro cómo algunos hinchas locales un poco enardecidos apuntaban con sus armas de fuego a nuestros hinchas, parados contra una alta pared como si fuese un paredón de fusilamiento.

En ese preciso momento alguien golpeó la puerta de chapa del vestuario. Los golpes fueron fuertes, pero no continuos ni veloces, y al grito de “abran por favor que nos van a matar”. Atiné a manotear el gancho de la puerta para abrirla y dejarlos pasar.

-¡No, Flaco, no abras! –me gritó el Capitán Costas, preparador físico, ex integrante del cuerpo de paracaidistas de la Provincia de Córdoba.

-¡El vestuario es sólo para los jugadores! –agregó.

De todas formas abrí la puerta. Lo primero que vi fue un hincha chorreando sangre y con la cabeza partida.

Ante la negativa de los mandos superiores, tuve que decidir en un instante si moriría esa tarde en las lejanas tierras tucumanas de forma heroica o al día siguiente en Salta por no haber dejado entrar al hincha mal herido.

Toda una vida tomando decisiones, de eso también se trata todo esto.

Me puse de pie y les di a mis compañeros prácticamente una Charla TED:

-Muchachos, es preferible morir hoy acá como mártires y no como cobardes cuando llegemos mañana a Salta. La historia nos va a recordar como un equipo mediocre y carente de talento, con poca capacidad

goleadora, pero muy valiente.

Así que decidimos salir nuevamente a la cancha para reunirnos con algunos de nuestros hinchas que estaban siendo amablemente atendidos en el campo de juego. Logramos reunirnos en el círculo central y comenzamos a ser rodeados por toda la gente que había ingresado desde las tribunas al verde césped. Al poco verde césped.



Somos 16 jugadores, cuerpo técnico, auxiliares y 40 hinchas rodeados por la línea blanca del círculo central y unos 500 tucumanos al grito de consignas incomprensibles.

-Ya llega la policía, mantené tranquila a tu gente -me dice el árbitro sanjuanino, que se acerca para ver qué pasa.

Ya llega la policía, pienso. Policía tucumana, pienso también.

Una persona de mediana estatura, con una camisa blanca, de repente se me para al lado. No me habla. No me mira. Solo me acompaña en cada movimiento.

Un grupo de 10 hinchas del equipo local me señalan: “Lamadrí, vení Lamadrí”.

El promedio de piñas en el vestuario había sido meter una por cada cinco que recibimos. Ahora va a ser peor.

Se suceden distintos conflictos. Hasta que alguien, enojado en el intercambio de insultos, grita: “¡Tucumano ladrón!”.

¿Para qué?, me pregunto. ¿Era necesario?

Dos hinchas locales logran romper el primer cordón de la resistencia y me encaran con sed de muerte, nada de sed de venganza ni de pegar. Lo veo en sus ojos. Vienen a matar. El personaje misterioso que me acompaña me agarra de un brazo: me doy cuenta de que era un infiltrado del enemigo.

Lo empujo a un costado. Le asesto un golpe de puño en su rostro seguido de un codazo en el tabique, nuevamente con extraña precisión y puntería. Lo que sigue me parece haberlo vivido en el mar: esa gran ola que te agarra distraído y te lleva arrastrando unos 35 metros para

arrojarte vergonzosamente a la costa sobre un castillito de arena.

Voy a morir, pienso que voy a morir. No puedo contar las piñas que recibo. Al menos caemos en combate, me consuelo. Hasta que llega la policía.

Tres policías.

A caballo.

Uno pregunta:

-¿Qué anda pasando?



De a poco nos fueron poniendo en fila india. Después nos acompañaron, caminando lentamente, los tres policías de la montada distribuidos estratégicamente a lo largo de la fila, los 400 o 500 metros que separaban la cancha de la comisaría, donde estaba nuestro micro.

En nuestro derrotero, los vecinos del lugar nos arrojaban piedras y maderas desde las puertas y techos de sus casas.

-No respondan a la agresión -dijo inteligentemente uno de nuestros custodios.

Nos empezaron a recibir de a uno en la comisaría de Bella Vista y, de a uno también, los jugadores empezaron a subir al micro. Al fin se estaba terminando esta odisea. Estuvimos con temor muchas horas. El cuerpo nos pasaba la factura del partido y del combate. El mas requerido en el viaje de regreso sería sin dudas el médico.

Cuando estaba a punto de poner mi pie derecho sobre el primer escalón del ómnibus, una voz viril llegó desde la comisaría:

-¿Quién es Lamadrí?

Volví sobre mis pasos: tal vez alguno de los policías fuera hincha de Racing o tuviera un amigo o algún familiar de la Academia. Debía querer un autógrafo o una foto. Y para esto siempre tiene que estar dispuesto el jugador de fútbol. Aún en estos momentos.

-Soy yo -respondí.

-Ah, es usted. Tiene una denuncia por amenazas de muerte -dijo el uniformado.

Pensé unos segundos. Hasta que dije:

-Quiero un abogado.

-Acá no se estudia abogacía, entre al calabozo.

Y allí estuve por varias horas, sentado en un calabozo sólo con los botines y el pantalón corto. Sin camiseta, perdida honrosamente en la batalla.

La denuncia por amenazas de muerte la había radicado esa persona que había estado casi toda la tarde al lado mío y que resultó ser un dirigente o un allegado al club y su función encomendada era la de impedir que me agredieran. El tipo estaba para cuidarme, para que Bella Vista no fuese noticia a nivel nacional por la agresión sufrida dentro de una cancha. Pero la piña y el codazo fueron más fuertes que sus convicciones y me denunció.

Cerca de la medianoche, luego de triangular llamadas entre Tucumán, Salta y Buenos Aires, me dejaron salir para poder regresar con mis compañeros.

En el viaje de vuelta fue imposible conciliar el sueño, un poco por las emociones y otro poco por el dolor de los golpes, así que se priorizó la charla entre los que todavía podíamos conservar algunas piezas dentales, mientras nos acompañaba una fresca brisa tucumana que invadía el micro de punta a punta, porque nos habían reventado todos los vidrios a pedrazos.

¡Que viva el fútbol!



114 minutos



Se termina marzo de 1991. Estoy en la casa de mi amigo Cacho, a punto de compartir una cena en su departamento de Maza y Humberto Primo, barrio de Boedo, cuando suena el teléfono.

Cacho atiende.

-¡Hola Pocho! –lo saluda.

El que llama es Pocho Nupieri, uno de los tantos intermediarios que pululan en el fútbol argentino. Tiene buenos contactos en el fútbol chileno, más precisamente en la Universidad de Chile.

-Esperame un momento, Flaco, tengo que terminar de cerrar algunos temas –me dice Cacho, mientras me acerca una botella de buen vino para que me sirva otra copa y haga más placentera la espera.

En este momento estoy sin club, con pocas expectativas y peleándole a una aceituna con un escarbadientes de plástico con forma de espadita, sin prestar demasiada atención a la conversación telefónica que se está desarrollando al lado mío. Por el ventanal del séptimo piso veo el parpadeo de las luces de la ciudad. El vidrio está limpio: debo ser yo, pienso, me brillan los ojos. Me sirvo la cuarta copa de vino.

Cacho me mira de manera extraña. Hace un raro recorrido con su dedo índice hacia su oído y leo en sus labios “escuchá, escuchá boludo”, mientras pulsa el botón naranja del altavoz.

-Lo tengo a Lamadrí, viene de jugar Copa Libertadores y Supercopa con Racing, 24 años, con el pase en su poder –grita Cacho. Parece Tom Cruise en Jerry Maguire.

Lo miro sin entender demasiado.

-Ya tengo 25 –le susurro.

Descarto la espadita de plástico por la zaga central “pulgar-índice”, menos prolija pero con más condiciones para la marca, ideal para la captura de la rebelde aceituna.

-Listo, llamame mañana a esta hora y arreglamos. Mandame los pasajes y pasado mañana podemos estar en Santiago –sentencia Cacho que pasa, sin escalas, de ser anfitrión a manager del próximo refuerzo en el mediocampo de la U de Chile.



En el equipo chileno ya estaban otros dos jugadores argentinos: mi amigo y ex compañero de Racing Walter René Fernández y José Antonio “Pepe” Castro, campeón de América con aquel inolvidable equipo de Argentinos Juniors de 1985, en el que también jugaba Claudio “Bichi” Borghi, entre otros grandes.

¿Cuánto iba a ganar? Era un misterio.

¿De qué forma iba a cobrar, sería en efectivo, me bancarizarían? Otro misterio.

¿Dónde iba a alojarme, en un hotel? ¿O me darían un departamento en el coqueto barrio de Las Condes? Nadie sabía.

¿Me harían contrato por un año, o por dos?

No tenía una sola respuesta. Pero sí una certeza: yo quería jugar.

Quería volver a entrar a una cancha de fútbol.

Así que esa noche dije sí, vamos, y todas las preguntas las terminé haciendo en parte de las dos horas y pico que duró el vuelo desde Ezeiza hasta el aeropuerto internacional Arturo Merino Benítez de Santiago de Chile.

Viajamos en Aerolíneas Argentinas. En la fila de tres asientos, yo iba del lado de la ventanilla porque siempre me gustó ver cómo se mueven las alas durante las turbulencias. En el medio iba Cacho y del lado del pasillo, el Pocho Nupieri, socio del Gato Magdalena, el otro intermediario/empresario que participó de esta vergonzosa negociación.

Los nervios, la ansiedad y las expectativas del día anterior me jugaron una mala pasada por la noche: terminé tarde de armar mis valijas supo-

niendo una larga estadía en Chile. Cuando se enteró de que volveríamos a jugar juntos, Walter Fernández se alegró y me pidió que le llevara algunas cosas que había dejado en Buenos Aires.

-Flaco, por favor traeme las raquetas de tenis y el órgano Casio –me dijo. Estaba estudiando canto con un famoso cantautor chileno llamado Alberto Plaza.

Después de las preguntas dormí buena parte del viaje y ni siquiera escuché a la azafata al ofrecer el desayuno. Me despertó una turbulencia y la voz del comandante pidiendo que nos abrocháramos los cinturones de seguridad. Volábamos sobre la majestuosidad de la Cordillera de los Andes y lo primero que se me vino a la mente fue la inmensa gesta del General San Martín cruzándola a caballo. Por momentos soñé, me imaginé yo también triunfando en Chile, convirtiéndome en bandera, un volante central aguerrido yendo a los costados a cortar los avances del enemigo, siempre listo para hacer los relevos y cubrir al compañero.

Me dieron ganas de llegar, de ponerme la 5 y salir a comerme la cancha.

Pero me salió al cruce Pocho Nupieri.

-Flaco, escuchame, te quería decir que no venís como volante central, no venís de 5. Te vendí como enganche goleador y venís de jugar en México donde metiste 12 goles en el último torneo.

Lo miré sin hablar. Pensé en el sable corvo de San Martín.

-¿Sabés qué pasa? El 5 de la U es un proyecto de gran jugador y además va a ser el 5 de la Selección de Chile –me comentó Pocho profundizando su sonrisa y moviendo levemente su cabeza hacia un lado y al otro, como queriendo decir si no te metía de enganche, no había negocio.



-En minutos aterrizaremos en el aeropuerto internacional Arturo Merino Benítez, donde la temperatura es de 22 grados -dice la voz de la comandante de a bordo.

Miro por la ventanilla y fijo la vista en un punto lejano. Pienso cómo me voy a parar en la cancha: me asusta jugar sobre el lado izquierdo,

teniendo que manejar la pelota con mi pierna inhábil la mayor cantidad de tiempo. La derecha no es un canto a la ductilidad, está bien; ya visité tres veces el quirófano y se nota la poca movilidad, okey; pero hasta aquí me permitió desarrollar una carrera más o menos digna. El combate en la mitad de cancha y la fama de jugador rústico y metedor hacen más fácil la tarea de disimular las dificultades que acarreo por las lesiones.

Estoy por llegar a una ciudad donde los hinchas y dirigentes de uno de los equipos más grandes y populares de Chile, esperan ansiosos a un jugador que tiene habilidad, velocidad y gol: así fui ofrecido por los negociadores.

El avión aterriza y se detiene en la cabecera de la pista. Se escucha el sonido de los cinturones de seguridad de los pasajeros más ansiosos que comienzan a desabrocharse. ¿Y si me espera la prensa? ¿Cómo explico esta metamorfosis de volante central de lucha y quite a enganche con gol; de gusano a mariposa?

Nos desabrochamos los cinturones de seguridad los tres casi al mismo tiempo.

-Ah, Flaco, me olvidaba –me dice Pocho.

-Qué cosa, Pocho –le pregunto. Me sonrío otra vez.

-Cuando bajemos va a estar la prensa esperándote, pero vos no digas que venís para firmar con la “U”, porque tengo pendiente una charla con la Unión Española en un rato. Vos decile... no sé... que venís a pasear unos días, a visitar a Walter Fernández y que te vas a Viña del Mar a descansar.

Debo replantear toda mi estrategia comunicacional. Ya no soy un enganche con gol que viene a jugar a la U de Chile; ahora soy un turista reflexionando sobre mi futuro deportivo y sobre cuántos años de cárcel me pueden dar por homicidio simple de un intermediario futbolístico.

Bajamos las escalerillas del avión. Camino por la pista. Un viento cálido me despeina y me desprende dos botones de mi camisa azul. Tengo puestos lentes redondos y pequeños del tipo John Lennon. No parezco un futbolista profesional sino, más bien, un rockero que está en plena etapa de desintoxicación.

Espero mi turno para hacer el trámite en Migraciones y se me acerca

muy respetuosamente una persona de estatura baja con una pequeña libreta en su mano y una lapicera en la otra, como para hacer algunas anotaciones.

-Buenos días –me saluda.

-Buenos días –lo saludo.

-¿Usted es el refuerzo que viene a firmar su incorporación a la “U”?

-No, yo no soy. Yo vengo de vacaciones.

-¿Pero cómo, usted no es Lamadrí? Los dirigentes nos dijeron que usted llegaba en este vuelo, por eso estamos aquí.

-Sí, soy Lamadrí, pero vengo a visitar a mi amigo Walter Fernández y me voy unos días a descansar a Viña del Mar. No vengo a jugar al fútbol.

Sé que esta conversación me va a traer problemas.

El periodista me mira de muy mala manera, da media vuelta y se va caminando hacia un sector donde hay otras 10 ó 12 personas esperando. Desde allí me señala con su lapicera y el resto se da vuelta para mirarme.

La cinta comienza a traer los primeros equipajes de la bodega del avión. Yo espero una valija grande y un bolso verde militar de casi un metro de largo que había comprado en Colombia para traer un equipo de audio que había conseguido a muy buen precio. A esto le sumo un bolso blanco que traía conmigo.

También espero las cosas de Walter Fernández: un bolso con ropa y las raquetas, más el órgano electrónico Casio.

De a poco junto todo. Busco un carro para cargar los bolsos. Trato de ver dónde están Pocho y Cacho. Voy a Migraciones.

-¿Trae algo de valor? –me pregunta un oficial.

“Poco. Te quiero ver a vos con la 10 en la espalda”, pienso. Pero le respondo:

-No, nada.

Sin embargo, tengo que explicar una y otra vez que el órgano de Walter, de grandes dimensiones y casi sin uso, no es para comercializar sino para uso personal. Me permiten pasar.

Camino sin rumbo fijo mientras empujo un carro con bolsos y valijas, debajo de los cuales asoman un órgano y dos mangos de raquetas de

madera, buscando la salida y tratando de esquivar al grupo de periodistas que esperan hace ya un rato largo por la llegada del nuevo jugador de la U de Chile. O de la Unión Española. Ya no lo sé.

No puedo gambetear a los periodistas, me pregunto cómo voy a hacer con rivales en mejores condiciones físicas. Se abalanzan sobre mí con las clásicas preguntas para un recién llegado. Yo no me detengo mientras voy respondiendo cada una las preguntas que me llegan, de manera desordenada y tratando de encontrar a Pocho y a Cacho.

-Mido 1,94 y peso 88 kilos.

-No recuerdo cuántos goles hice el año pasado, pero fueron muchos.

-Soy enganche, pero puedo jugar en cualquier posición de la mitad de la cancha.

Son todas respuestas sin pensar. Solo quiero salir del aeropuerto. Camino. Empujo el carro. Transpiro. Salgo.

-¡Flaco, Flaco! –escucho.

Una mano asoma por la ventanilla trasera de un taxi. Es Cacho.

Al lado está Pocho.

Escondidos.

Me acerco al taxi. Paro el carro. Y les digo:

-Son dos hijos de puta.



Fuimos a un hotel. Yo lo único que quería era tirarme en la cama y descansar.

-Nosotros nos vamos, en dos horas volvemos y te contamos con quién arreglamos –me dijo Pocho. Eso fue todo.

A las 9 de la noche estaba entrando a un salón para ser presentado como el nuevo refuerzo de la Universidad de Chile.

Era una oficina muy amplia, con una mesa larga rectangular y cuadros con formaciones del equipo en distintas épocas que, prolijamente colgados en las paredes, llenaban la sala de un hermoso color azul. Me recibieron afectuosamente. No sabían que sería una de las pocas oportu-

tunidades en que lo harían.

Después de las palabras de rigor hicieron pasar a la prensa: apenas vi entrar a los periodistas supe que muchos de ellos eran los mismos que me habían esperado en el aeropuerto. Los mismos a los que les había dicho que estaba en Chile de vacaciones.

Se fueron sentando alrededor de esa mesa y con cara de pocos amigos comenzó el interrogatorio, en el que me repitieron las preguntas de horas antes:

-¿Cuánto mide usted Lamadrí?

-¿Cuántos goles hizo el año pasado?

-¿Usted realmente juega de enganche?

Fue uno de mis peores momentos en mi breve derrotero por tierras chilenas. No se terminaba nunca esa rueda de prensa. Ellos disfrutaban al repetirme las preguntas porque yo ahora no daba las mismas respuestas.

Esa noche, a pesar de lo mal que estaba, fuimos a festejar a un restaurante muy lindo en un piso 16, giratorio, desde el que teníamos una vista realmente maravillosa de la ciudad. El camarero me recomendó las machas a la parmesana, que resultaron espectaculares. Las machas, descubrí, vendrían a ser como las hermanas mayores de las almejas, que siendo pibe preparaban al escabeche mis viejos en Mar del Tuyú.

Al otro día, los periódicos me dieron la bienvenida merecida.

“¿Quién es Lamadrí, el nuevo refuerzo de dos cuerpos de la U?”.

“¿Rockero, futbolista o farsante?”.

“A la mañana pesa 88 kilos, a la noche 90”.

Así fueron algunos de los títulos de los diarios, acompañados por una foto en la que se me veía caminando por la pista de aterrizaje momentos después de haber bajado del avión y que, posiblemente, haya sido tomada por aquel primer periodista: el de la libretita y la lapicera.

El arreglo no incluía en principio una vivienda, así que tuve que salir a buscarla; el club se haría cargo de los gastos. Mientras tanto me fui a vivir al departamento de Walter Fernández, en un complejo muy lindo en las cercanías del cruce de las avenidas Chesterton y Apoquindo, en el barrio de Las Condes.

Walter no sólo fue mi anfitrión hospedándome en su casa, sino tam-

bién mi chofer. Nos movíamos en su Suzuki Swift negro, al cual era muy difícil entrar y más difícil salir debido al tamaño del auto y al nuestro, claro. Nuestra amistad fue puesta a prueba cada mañana en las que, apenas se levantaba y a los gritos, Walter arrancaba con “y todo a pulmooooón... todo a pulmón...”, mientras yo sufría de abstinencia rollinga.

En algo sí coincidíamos: Luis Landriscina contando alguno de sus cuentos más famosos.

El proceso de mi incorporación al plantel se fue dando paulatinamente: el técnico, los nuevos compañeros, el lugar de entrenamiento, los vestuarios, el club. Siempre es así, aunque la presencia de Walter me facilitó las cosas.

Pero con la prensa fue más difícil, sobre todo porque en mi primera práctica me limité a trotar alrededor de la cancha con zapatillas blancas.

Es que los días que se sucedieron en Buenos Aires entre llamadas telefónicas, idas y venidas, nervios y ansiedades, hicieron que descuidara el entrenamiento y, por sobre todas las cosas, el tratamiento de mi tobillo. Yo no podía estar sin trotar o tener algún tipo de tratamiento kinesiológico cada día. Además, las presencias en el gimnasio donde trabajaba los músculos de las piernas habían sido cada vez más esporádicas.

Increíblemente, al llegar a la U de Chile no me hicieron una revisión médica, extrañas cosas de la improvisación del fútbol del siglo pasado.

Esta virtual inactividad durante algunas semanas repercutió no sólo en mi estado físico, sino en dolores que me aparecieron una mañana detrás de mi rodilla. Otra vez los dolores. Pero ahora lejos de casa: los médicos que me conocían estaban a dos horas de avión. El dolor se hacía cada vez menos soportable y comenzó a extenderse hacia abajo, a la parte de la pantorrilla y del gemelo.

Hasta que un día, de repente, no pude correr porque prácticamente se me dormía toda la pierna, desde la rodilla hasta el pie.

¿Cómo decirle al médico que mi columna vertebral era un desastre y que esa fisura que me “pellizcaba” el nervio ciático podía ser la causante de estos nuevos dolores?

Si yo lo explicaba así, se iban a dar cuenta de que no era la primera vez que me pasaba y eso no me iba a dejar bien parado.

¿Y si comenzaban a pensar que los había engañado y llegué lesionado?

Los putos dolores, otra vez, me impedían continuar normalmente con mi carrera. En Chile nadie conocía mi historia clínica, y el intermediario que había hecho posible mi llegada llevaba días sin atenderme el teléfono.

Desesperado, lo llamé al Negro Mendoza, en esos años kinesiólogo de San Lorenzo, con quien había hecho la recuperación de la última operación de tobillo y que, en algún punto, era el responsable de que pudiera haber vuelto a entrar a una cancha.

-Hola, Flaco. ¿Estás en Chile? No sabía. ¿Cómo anda ese tobillo?

-El tobillo bien, Negro. El problema es un dolor que tengo detrás de la rodilla, que me empieza a dormir la pierna, hasta un punto en que todo es una mezcla de dolor y falta de sensibilidad. Se me duerme la pierna, Negro, y no puedo correr.

-Es el ciático, Flaco. Deciles que te hagan una placa porque posiblemente tengas un pinzamiento del nervio y eso afecte al músculo poplíteo. No es tan grave pero tenés que desinflamar la zona y tratar la espondilólisis que tenés.

Me sorprendió que el Negro recordara todo lo que yo tenía.

Ese mismo viernes por la noche me subí a un avión; y al domingo siguiente, 2 de junio, me fui a la Bombonera a ver Boca-Racing. Desde la tercera bandera soporté estoicamente el 6 a 1 en contra. Fue una mañana espantosa desde lo climático y desde el resultado: tres goles de Gabriel Batistuta, dos de Diego Latorre y el restante de Alfredo Graciani. El de Racing, Norberto Ortega Sánchez.



Ahora es lunes, cerca del mediodía. Estoy sentado en la sala de espera de un consultorio de Avenida San Juan y 33 Orientales. Los lunes somos muchos los futbolistas que nos escapamos de nuestros cuerpos

médicos respectivos y nos atendemos casi en secreto de nuestras lesiones y nuestros golpes del fin de semana.

-Sacate la remera y acostate boca abajo en la camilla –me dice el Negro, con su parsimonia de siempre.

Comienza a caminar con sus dedos por mi columna mientras ejerce una leve presión sobre las vértebras. Se detiene en cada una y aprieta fuerte con la punta de sus dedos como buscando algo: en principio encuentra mis quejidos y alguna puteada merecida.

Al llegar a la altura de la cuarta y quinta lumbar se detiene. Una y otra vez repite los movimientos. Duele mucho pero trato de de que no se me note, aunque la forma en que me retuerzo sin despegar la cara de la sábana que cubre la camilla me delata.

-Acá está. Tenés pinzado el nervió ciático. Hay que hacer un laburito para descomprimir la zona. ¿Cuándo te volvés para Chile? –me pregunta el Negro.

-Esta noche, Negro. Esta noche.

Abdominales cortos, dorsales y mucha elongación. Antinflamatorios. Ya me conozco y sé que la urgencia de los tiempos me va a jugar en contra y que mis sueños de dar una vuelta se podrían cumplir, con suerte, alguna noche de soledad, comiendo machas a la parmesana en el Restaurante Giratorio, en aquel hermoso piso 16.



114 minutos.

Eso fue todo lo que jugué en Chile.

Un triunfo 3 a 1 contra Unión San Felipe por la Copa Chile (el primer gol llegó desde un tiro libre después de una falta que me hicieron a mí), y una derrota frente a Unión Española.

En los dos partidos me reemplazaron.

No dio para más mi rodilla, ni la paciencia de la gente y los dirigentes. Y mucho menos la de algunos periodistas que me seguían cada noche que salía (que no fueron pocas ni cortas) preguntándome a las 4 de la mañana cuándo iba a volver a las canchas.

-No sé cómo voy a volver al departamento ahora, y vos querés saber cuándo vuelvo a jugar –le respondí a un periodista a la salida de Casablanca, un club nocturno donde me había hecho adicto al pisco sour y a volver de madrugada, entre otras cosas.

Y, para peor, me empezaba a faltar la plata. Sólo había cobrado algo el día en que llegué, pero la buena vida que lleva el futbolista cuando no juega, cuando no genera expectativas y deseos para que el club empiece a evaluar la posibilidad de retenerlo firmando una renovación del préstamo o comprándole el pase, se termina muy rápido.

Nunca tuve un contador a quien consultarle sobre qué hacer con el dinero (además de gastarlo), en una época en la que los números que se manejaban estaban a años luz de lo que hoy el fútbol ofrece en los clubes denominados “grandes”.

Me quería volver a la Argentina. Tenía unos pocos dólares guardados adentro de una media en uno de los cajones del placard y la decisión no era difícil de tomar. En esos últimos días descubrí las bondades de media docena de huevos y una lata de arvejas, con las que improvisaba un triste revuelto gramajo. Esos pocos dólares no se tocaron, siguieron adentro de la media una semana más, hasta que una mañana le dije a Walter que después del entrenamiento me llevara al aeropuerto porque me volvía.

Y así fue. Sin avisarle a nadie en el club, un mediodía, rodeado de una gran soledad en medio de tanta gente que iba y venía en el aeropuerto, con mis pocos dólares en la mano, me acerqué a una ventanilla para comprar mi ticket.

-Quiero un boleto para el próximo vuelo a Buenos Aires –le dije al empleado.

-No aceptamos moneda extranjera –me explicó. De inmediato me señaló una oficina en la que podía canjear mis dólares por pesos chilenos y eso hice, pero luego de pagar la comisión de la casa de cambios no me alcanzaba la plata para el pasaje.

Me desesperé. Empecé a buscar alguna cara conocida, algún acento porteño o cordobés o norteño. Nada. Así que volví al mostrador.

-Por favor, me tengo que volver hoy a Buenos Aires. ¿No me podés

prestar la diferencia y yo cuando llego te la mando desde allá?

Me miró como si le estuviera haciendo una broma. Y le expliqué que no: le conté todo lo que me había pasado, quién era, la urgencia que tenía.

-No me gusta el fútbol –me respondió, pero algo de lo que le conté lo conmovió. Agarró un papel y anotó su nombre:

-Teléfono no tengo, pero te dejo el número de aquí así me llamas –me dijo. Se hizo cargo de la diferencia. Y me dio el boleto.

No sé qué pasó con ese papel ni a dónde fue a parar. Sólo recuerdo que transpiraba y que no llegaba nunca ese momento de tener el boleto en mis manos. Quizás en todos estos años, alguien en Santiago de Chile continúe contando que un argentino una vez lo estafó pidiéndole plata y que nunca se la devolvió.



Como en esas películas en las que el protagonista está a sólo un paso de la libertad, o de la cura de una grave enfermedad, o de escapar una vez más de sus propias malas decisiones, me senté por unos minutos a pensar que ya nada más podía salir mal en tierras chilenas: una especie de alivio que me impuse como forma de espantar a los fantasmas del fracaso que yo alimenté desde mis propias acciones.

La desesperación por jugar hizo que yo aceptara condiciones que no debí haber aceptado. La improvisación con la que se manejó toda esta historia, contó con mi aprobación. ¿Por qué entonces durante tantos años le cargué las culpas al empresario, a dirigentes y periodistas, a los hinchas y a todos los chilenos?

Como jugador muchas veces no entendí que el fútbol es como una escalera, y que a cada momento se construye el peldaño que continúa. Es una escalera que puede llegar a tener unos 15 ó 20 escalones desde el debut en Primera, no más que eso.

Es cierto: como cualquier jugador o jugadora de fútbol, no construí mi carrera en soledad; hubo varios factores y muchos otros actores que intervinieron, ayudando o sabotando un proyecto que había soñado

desde chico. Pero yo siempre fui el albañil de mi escalera, aunque en vez de un fratacho, el mortero y un balde para crear, para modelar y construir el peldaño que venía, tuviera una pelota, mi físico y la cabeza.

En ese momento, sentado en el aeropuerto, no lo sabía, pero con el tiempo me arrepentí de haber desaprovechado allí en Chile parte del corto tiempo de mi carrera. Ya tenía 25 años y estaba dejando escapar los mejores años como futbolista, esos que conjugan la juventud con la experiencia.

Esa escalera puede tener peldaños más altos, más difíciles de construir. Puede tener descansos y zonas de incómodo confort. Pero cuando el futbolista llega a lo más alto que pudo, con triunfos y derrotas, alegrías y tristezas como resumen de su carrera, es importante que haya tenido en cuenta algo muy importante: al final hay que bajar.

Algunos se caen y les duele mucho el golpe, pero se recuperan y continúan con su vida lejos de las canchas. Otros, a medida que fueron construyendo la subida, tuvieron la sabiduría, los consejos y las posibilidades económicas para ir preparando una silenciosa escalera mecánica que, lentamente y luego de llegar a la cima, los hará descender entre aplausos y necesidades satisfechas, como reales triunfadores.

Pero algunos otros, menos afortunados, peleando contra su cabeza, el olvido y el abandono, se fueron junto a los acordes de Jimmy Page y la voz de Robert Plant, en una escalera al cielo.

Triste, solitario y final

▶ “El fútbol tiene que abandonarte, nunca intentes abandonarlo vos”. Este es un consejo que yo trato de darle al jugador de fútbol que todavía corre detrás de una pelotita, sin importar el club ni la categoría en la que esté jugando.

Sin que nadie me lo aconsejara a mí, decidí dejar el fútbol mientras iba corriendo una mañana junto al Loco Enrique entre los árboles del Parque de Lomas en un entrenamiento en Brown de Adrogué. Yo tenía 33 años, una edad que invitaba a continuar un par de temporadas más. Pero ya no tenía ganas de seguir levantándome cada mañana con dolores en los pies sabiendo, además, que lo mejor que podría brindar desde lo futbolístico serían anécdotas en el vestuario antes de salir a jugar.

Venía de descender con Douglas Haig de Pergamino luego de un repechaje al que fuimos a jugar sin entrenar en 1999, ya que la dirigencia nos había invitado a quienes no éramos de la ciudad a regresar a nuestros lugares de origen porque “la próxima temporada la vamos a jugar con los pibes del club”. Unos días antes del primer partido del repechaje frente a General Paz Juniors de Córdoba, que se jugaría en cancha de Rafaela de Santa Fe, revieron esa decisión y nos volvieron a convocar.

Así que oficialmente dejé el fútbol en 1999 en Douglas Haig, el querido “Milan” de Pergamino como lo bautizara Juan Pablo Varsky en sus comienzos, y mi último partido fue frente a Villa Mitre de Bahía Blanca, segundo partido de aquel repechaje.

El Dr. Senes, presidente del club en aquellos días, llevó al club a una convocatoria de acreedores y aquella deuda de más de 60.000 dólares acumulada en tres temporadas se esfumó. Ese dinero, con el que contaba para comenzar a jugar el tiempo suplementario de mi vida, había desaparecido. De poco valieron los llamados por teléfono y las visitas de urgencia a Pergamino: aprendí que en una convocatoria de acreedores sos vos el que tenés que demostrar que el club te debe. Vos tenés que demostrarle a la sindicatura que el mentiroso que manejó un club te debe sueldos, premios y primas. Y que ese pagaré que te dio en concepto de “promesa de pago” te condenó: firmaste los recibos de sueldo. Los premios casi nunca se blanqueaban y las primas me cantaban “saca la mano Antonio que mamá está en la cocina.”

Y aprendí que muchas veces los dirigentes se cagan en todo lo que pudiste haberle dado al club. Aquí se cagaron en la plata de un grupo de jugadores que llevó a Douglas Haig a jugar un reducido por el ascenso a Primera División y a ser televisado en directo por Canal 9 en un partido frente a Los Andes, un domingo por la tarde por primera vez en su historia. Cuestiones que pueden sonar normales y no asombrarían a hinchas de otros clubes, pero al ser Douglas Haig -siempre uno de los clubes más humildes de la categoría-, era todo un orgullo para nosotros. Cuando digo para nosotros, quiero decir jugadores, cuerpos técnicos e hinchas.

La parte deportiva terminó con ese doloroso descenso en un repechaje donde eliminamos a General Paz Juniors por penales, pero caímos sin atenuantes frente a Villa Mitre de Bahía Blanca en Tandil dos semanas después. La vuelta en micro a Pergamino en silencio se transformó en un espacio terapéutico en el que empecé a elaborar que el fútbol y el tobillo me estaban mostrando que la fecha de vencimiento estaba próxima. Fueron kilómetros y kilómetros sin hablar donde iba repasando mentalmente aciertos y errores en mi carrera.

Eran más los errores que los aciertos, sin ninguna duda, y por eso tenía que hacerme responsable de la parte que me correspondía. Comenzaba a despedirme del fútbol en silencio, sentado en el asiento número 8A de un micro de larga distancia, en una ruta que más que nunca era

interminable y con un descenso de categoría como corolario de una mediocre carrera futbolística.



Había que llegar a Pergamino y pactar una reunión con los dirigentes para resolver el tema de la deuda, que ya llevaba entre cuatro y cinco meses. ¿Quieren cobrar encima, quieren plata? ¿Están locos estos? Era una pregunta a la que se le podían cambiar los signos de interrogación por los de exclamación y conservaría el mismo sentido que algunos de los dirigentes le daban entre cuatro paredes. Ya estaba sentenciado que de Pergamino solamente me traería para Buenos Aires algunos amigos y recuerdos.

Fueron meses muy difíciles. Por ejemplo hubo que juntar plata para un compañero cuya esposa debía hacerse una ecografía; y muchos años después Silvana, mi compañera desde hace más de 30 años, me contaría con lágrimas en los ojos que una mañana, mientras llevaba en su triciclo al jardín de infantes a Axel, nuestro hijo más grande, éste se había parado en un kiosco pidiéndole que le comprara un chocolatín blanco. Y no pudo porque estaba sin plata.

Mi estadía en la ciudad llegó a su fin después de tres años donde tuve la suerte de conocer a mucha gente buena, campechana, amable y desinteresada que me brindó su cariño en todo ese tiempo. Pero había que levantar campamento y resolver el tema de la deuda, que había crecido considerablemente.

-No te vamos a poder pagar todo lo que te debemos, Flaco. Te podemos dar solo una parte en efectivo para que te lleves algo.

Carlos Scaglia era el gerente del club, un tipo simpático que siempre te recibía con una sonrisa que actuaba como salvoconducto ante una puteada o una piña en el medio de la cejas. Con su simpatía me estaba dando la perfecta metáfora de una limosna.

-¿Y la otra parte? Es mucha guita, Carlos.

-Te la podemos documentar, pero vos sabés cómo es esto. No te la van a garpar nunca.

Yo lo miré masticando un chicle imaginario. No me salió una palabra porque entendí que la violencia física que ameritaba la escena había sido contrarrestada inteligentemente por quien ya estuvo en esa situación en otras oportunidades.

-Y si no llevate rifas, Flaco. Llévate rifas y vendelas. Y cobrate de ahí otra parte.

Yo pensaba: “Pero escuchame una cosa, yo soy Hugo Lamadrid, soy el Volante Central. ¿Te pensás que voy a aceptar que me denigres en el final de mi carrera de esta forma? Defendí tres años esta camiseta, jugué lesionado un montón de veces. ¿Y ahora resulta que encima de no cobrar nunca tengo que salir a vender rifas? ¿Están todos locos ustedes? Soy Hugo Lamadrid”.

Primer premio un Twingo, segundo una licuadora, tercero una tostadora. Emboqué a mis viejos, quienes me compraron varias rifas por compasión; un par de amigos me compraron otras. Y algunas otras, las que no me metí en lo más profundo del colon, las tengo aún hoy en el cajón de un mueble marrón del living de mi casa.

De esta forma finalizó mi carrera deportiva, lejos de la idea de un partido homenaje con un beneficio económico para el homenajeado. Muchos fantaseamos con entrar a una cancha llena por última vez, saludar a los hinchas levantando los brazos, recibir una plaqueta del club junto a nuestros hijos en el medio de la cancha.

Pero son muy pocos los elegidos. Son muy pocos aquellos que terminan en un alto nivel, en el club que los vio nacer o crecer y triunfar. Son muy pocos los que se merecen ese homenaje porque el fútbol nos hace sentir que lo único que vale es el éxito deportivo. Nosotros nos preparamos desde chicos para ser exitosos, no está en la hoja de ruta de ninguno jugar para no dejar casi ni una huella en la historia del fútbol.



Salgo de la sede del club ubicada sobre la calle San Nicolás con unos pocos pesos en efectivo, varios documentos y cheques que jamás serán cobrados, en un sobre de papel madera color marrón en el bolsillo in-

terno de mi campera. Con una pila de rifas adentro de su celofán apretadas bajo mi brazo izquierdo y la mano derecha en el bolsillo de mi pantalón camino dos cuadras hasta la Avenida Roca.

A partir de acá San Nicolás se hace peatonal. Me parece una buena idea caminar sin un destino fijo, sólo pensando “y ahora qué hago” de manera urgente.

Tengo que volver a casa y avisarle a Silvana que esto se terminó, pero además decirle que no sé qué voy a hacer mañana por el simple hecho de que no tengo nada para hacer. Nunca había pensado en el día después y hoy tengo una familia que se agranda, dos pibes con la mala costumbre de querer comer las cuatro comidas todos los días.

Camino unas cuadras más hasta que San Nicolás retoma su calidad de calle por la que circulan autos, a la altura del 900, un poco más adelante al llegar a la Plaza de la Merced. Más adelante cruzo el puente que me permite pasar del otro lado del arroyo, aquel que por abril del 1995 se despertó furioso una madrugada inundando sin piedad ni preaviso a toda la ciudad.

Por las márgenes del arroyo entrenábamos los martes, esta noche me acerco a despedirme. En este mismo lugar comencé la primera pretemporada bajo las órdenes de Miguel Ingnomiriello. Recuerdo la vez que un hincha lo increpó al final de un primer tiempo de fútbol espantoso y el “Viejo” le contestó: “¿Querés ver buen fútbol? Andá a ver a River”.

Repaso momentos de toda mi carrera. Llego caminando hasta la Ruta 8 sin darme cuenta de que esa ruta, dos días después, me llevará de regreso a Wilde. Me siento a tomar un café en el frío salón comedor de la estación donde, como corresponde, el primero que me da la bienvenida al lugar no es un mozo sino un perro. El perro callejero es pieza irremplazable del paisaje de cualquier terminal de ómnibus.

Pido un café con medialunas, preparándome para un “no tengo mucho hambre” por las dudas al llegar a casa. Pongo las rifas sobre la mesa: “¿Las estás vendiendo para poder cobrar?”, me pregunta el mozo. En el pueblo todos saben lo que pasa.

-Las medialunas de manteca, por favor –le pido.



No había tiempo para una depresión post abandono del fútbol porque tenía una deuda de 12.000 dólares entre tarjetas de crédito y descubierto en el Banco Río. Así que malvendí un Fiat Siena 1998 de color negro, negro como lo que se venía; honré mis obligaciones y me dispuse a arrancar lo incierto de la vida con mi familia en la casa de mis suegros.

Con ellos adentro, claro.

Es decir: mis suegros empezaban a vivir en su casa con nosotros adentro.

La casa de mis suegros se encuentra en una esquina bien conurbana de Wilde, partido de Avellaneda. Es una casa de dos plantas, con un local comercial abajo, en un barrio de casas bajas donde lo destacable, arquitectónicamente hablando, se mantuvo ausente a lo largo de todos estos años.

Durante el día se escuchaban los sonidos típicos: el verdulero en su chata que los sábados te despierta a los gritos; o el vendedor de merluza que sigue deteniendo su auto, una cupé Fiat 125 de color blanco con un aspecto incierto de mantener una correcta cadena de frío, siempre en el mismo lugar: pegado al cordón de la vereda y debajo de un par de zapatillas que cuelgan de los cables de luz.

Era mediados de 2001: yo me había recibido de director técnico de fútbol en la Escuela N° 115 de Rosario en el 99. Pero no tenía tiempo ni dinero para esperar que a algún colega le fuera mal con los resultados ni para rosquear en las plateas de los estadios para conseguir una oportunidad y así ponerme el buzo de DT en algún equipo.

Algo tenía que hacer.

Empecé a descartar anuncios en los clasificados del diario Clarín: “Hombre entre 19 y 50 años, 8 horas, obra social, para empresa de seguridad”. Estuve a punto de ir, pero por mis dolores en los pies y en la columna no podía estar parado demasiado tiempo.

“Hombre, excelente presencia, para salón de venta de autos. Excelentes comisiones”, en Lomas de Zamora. Comisiones por venta, yo

necesitaba la plata ayer.

“Maestro pastelero para panadería en Avellaneda centro”, me quedaba cerca, pero yo no sabía nada de panadería.

Mis suegros tenían el local vacío, donde en los 80 había funcionado un almacén en aquellas épocas en que las galletitas venían en latas con una ventanita redonda de vidrio o plástico y te las llevabas en una bolsita que en el momento te la armaba el almacenero con papel. El lugar vacío tenía en el piso las marcas que dejaron los barriles de aceite y las baldosas rayadas por las patas de una heladera mostrador.

-Podemos poner un negocio –me dijo mi esposa con muy poco convencimiento.

-Sí, claro -le respondí. No estaba en posición de andar negando ideas ni propuestas de nadie y menos de ella. Había una gran ventaja en esto: no tendríamos la preocupación de correr para pagar el alquiler del 1 al 10. Las dudas pasarían por otro lado: para mí ese negocio podía ser una verdulería, una mercería o un taller de reparación de caños de escape, ya que las tres opciones me resultaban totalmente ajenas. Como muchas otras más que se barajaron esos días. Hasta que una tarde, mi cuñado “el Guancarło”, kinesiólogo de profesión, opinó que una panadería sería una buena opción, ya que podríamos traer la mercadería de otro lado y funcionar como una especie de “despacho de pan”. Y además porque él había hecho un curso de pastelería.

Así nos decidimos a comenzar. Había que arreglar un poco el local, pintar las paredes, cambiar un par de vidrios rotos y reventar la tarjeta de crédito para comprar los muebles del negocio y lo mínimo indispensable como para arrancar.

Y, así, un martes levantamos las persianas: el rubio de pelo largo al que después de varios partidos en Racing lo seguían de la Selección, ahora estaba más temeroso que en su debut en Primera porque se enfrentaba a lo desconocido, acuciado por las necesidades y el miedo.

A pocos meses de abrir el negocio explotó el 2001: el destino en cada movimiento se las arreglaba para reírse en mi cara. Las muertes en la calle, el helicóptero de De la Rúa, los caballos en la calle contra los ciudadanos, los cinco presidentes en una semana, el corralito, los que se

empezaban a ir del país. La salida de la convertibilidad y una devaluación que nos empobreció de un plumazo.

Para esas fechas, exactamente el 14 de diciembre, estaba previsto el sorteo de las rifas que me había llevado de Douglas Haig. Tenía la ilusión de ganarme el Twingo. Pero, claro, no se sorteó nunca. La única alegría de esos meses la pudimos vivir los hinchas de Racing, que por fin salió campeón en medio de la crisis nacional.

El kilo de pan, en un día, pasó a valer de 1\$ a 4\$. Imposible acceder para el 90% de las familias del barrio y del país. Había que tomar una decisión porque el negocio día tras día empeoraba su facturación, se perdía plata con sólo levantar las cortinas porque la luz, el agua y el gas había que seguir pagándolos.

¿Y si hacemos nosotros la repostería y las facturas? No entendí en un principio que cuando dijeron “nosotros” me estaban incluyendo a mí: en ese momento pensé que un taller de reparación de caños de escape hubiera sido una mejor opción. Pero era intentarlo o bajar la cortina para siempre, no había términos medios en semejante crisis económica, política y social.

Así una tarde, estando solo en el local en horas de descanso, tomé un libro de cocina de Choly de Berreteaga y lo empecé a recorrer: primero las recetas saladas, luego las dulces. Busqué algo que en los papeles parecía fácil de intentar: la pastafrola. Seguí exactamente al dedillo cada indicación, cada ingrediente, su peso o cantidad hasta que terminé de prepararla y la llevé al horno. Un espanto. Y además quemada, porque en esos momentos descubrí que en un horno no se cocina todo a máxima temperatura.

Un segundo intento me acercó a un resultado digno. Me di una tercera oportunidad y rocé la perfección. O al menos era algo comible y por sobre todas las cosas, vendible. Al poco tiempo estaba elaborando pastafrolas, tartas de ricota, pepas, prepizzas y 40 docenas de facturas por día. La decisión había sido hacer todo lo que estuviera al alcance de nuestras fuerzas y tiempo. No aumentar el precio del pan que traíamos de otra panadería y venderlo casi por debajo del costo, asunto que me trajo acarreado un pequeño problemita con algún amigo panadero de

la zona, solucionado cuasi diplomáticamente cuando entendió que no era buena idea discutir por unos pesos con un ex deportista entrenado durante 20 años, de 1,94 de altura y casi 95 kilos de peso, contento por haber aprendido a hacer una pastafrola pero muy enojado por haber perdido 60.000 dólares en una convocatoria de acreedores.

El negocio iba muy bien en plena crisis. Era laburar entre 18 y 20 horas por día, dormir muy poco, ver casi nada a mis hijos que iban creciendo, perdiéndome los mejores años de su niñez. No había tiempo para salidas y menos para vacaciones. Me perdí casi todos los partidos de Racing a partir de agosto de 2001 y sólo pude estar presente en cancha de Vélez en aquel último partido que nos daría un título luego de 35 años.

No era para nada fácil la convivencia. Todavía tenía embalados los Cds que sobrevivieron a las mudanzas de Buenos Aires a Salta, luego a Corrientes, San Juan y Pergamino. Ese tiempo libre que utilizaba para aprender algo de inglés con un libro que tenía las letras de las canciones de los Rolling Stones en ambos idiomas, mutaron en pequeñas siestas o descansos en distintos momentos del día. Ahora entendía en toda su dimensión a ese hombre que viene profundamente dormido apretando un descolorido bolsito en el último asiento del colectivo 271 a las 6 de la tarde, con sus manos castigadas posiblemente por el cemento y la cal. Ahora entendía las siestas de mi viejo los domingos por la tarde después del asado del mediodía: eran las únicas horas de la semana en las que podía descansar sin que aquel reloj despertador con sonido a lata lo despertara y nos despertara a todos en las madrugadas.



Sólo quería descansar. Levantaba la cortina a las 7 de la mañana y cerraba un rato después de las 13, cuando las últimas mamás regresaban a sus casas luego de dejar a sus hijos en el turno tarde de los colegios del barrio. Volvía a abrir a las 16 pero no subía a recostarme: me quedaba ordenando y preparando todo en los mostradores y la masa de las facturas de manteca para cocinar durante la madrugada.

A las 9 de la noche seguía en el negocio, se habían hecho famosas las prepizzas y la fugazzeta de Lamadrí, y se sabía que además te la podías llevar con una cerveza.

Bajaba la cortina y se empezaba a terminar el día para casi todos en el barrio, menos para mí. Había que cortar las facturas, ponerlas sobre placas enmantecadas y guardarlas en la heladera. Eran 40 docenas cada noche que cortaba antes de subir en busca de un baño caliente reparador y algo para comer que no contuviera harina. Se hacían las 12, y como cada noche, me acostaba un par de horas. Eso: dos horas.

El despertador me avisaba que eran las 2 de la mañana y que tenía que bajar para sacar las facturas de la heladera y que la levadura comenzara a trabajar en las próximas dos, tres o cuatro horas, según el calor o el frío. Me empezaron a acompañar las Cafiaspirinas Forte con café y Coca Cola. Música o radio para sentirme acompañado y una botella de Legui. Ya no volvía a subir y desde ese momento hasta las 7 de la mañana, cuando nuevamente levantaba la cortina, amanecía en muchas ocasiones dormido en una silla apoyando mi cabeza contra la pared luego de haber cumplido con el deber. Ya estaba todo en su lugar para arrancar un nuevo día.

Silvana estaba cuando podía. Axel y Melany iban al colegio, tenía que hacerles de comer, ayudarlos con los deberes, bañarlos y acostarlos. A los dos nos explotaban las piernas después de cada día. El negocio no nos permitía parar, se sufría, nos unía y nos distanciaba a la vez. Era una satisfacción difícil de explicar para alguien que hasta no hace mucho era un jugador de fútbol profesional, que más allá de penurias económicas pasajeras y no tan pasajeras, pudiera demostrarse a sí mismo que se sobrepuso, una vez más, al resultado de sus malas decisiones.

Así por muchas semanas, meses, años.

Llegué a los 37 y me preguntaba si el resto de mi vida sería así. El negocio nos servía para vivir, para que nada nos faltara, pero no para progresar. Estaba estancado, viviendo en la casa de mis suegros, laburando 20 horas por día y yendo a los mayoristas en un Fiat 1500 familiar 1969 que tenía mi suegro en su taller.

Empecé a tomar conciencia de que el mundo seguía girando a mi

alrededor pero que cada vez formaba menos parte de él. Los momentos para compartir con otros habían desaparecido. Los blíster de Cafiaspirinas los iba clavando en una madera colocada estratégicamente para sostener utensilios. De a poco, iban ganando lugares clavados en los ganchos de esa larga madera a punto tal que lograron desalojar sin previo aviso a aquellos utensilios. Me tomaba casi dos blisters por semana. Las dos y hasta tres botellas de Legui por semana que se consumían de a traguitos desde el pico, estaban siempre bien predisuestas en la punta de la mesa de trabajo junto a una ventana lateral cuya cortina metálica permanecía semiabierta toda la noche.

Un día noté que me estaba poniendo cada vez más agresivo. Dormía cada vez peor y solía estrellar las bandejas contra la pared, insultando, maldiciendo mi suerte.

Me sentí un fracasado y empezó a dar vueltas en mi cabeza la idea del suicidio.



-¿Vos no sos Lamadrí, el jugador de fútbol?

Soy Lamadrí pero no soy jugador de fútbol. Y me viene muy bien responderte lo que me preguntás. ¿No ves que estoy atendiendo una panadería? ¿Dónde viste que un jugador de fútbol te atiende en una panadería, con una remera blanca que tiene el logo de una margarina en vez de tener puesta una camiseta con un escudo de un equipo de fútbol? ¿No ves que estoy en ojotas porque me resultan un poco más cómodas que llevar botines con taponos de aluminio intercambiables que me cansan un poco las piernas después de estar 18 horas laburando parado y respondiendo esto mismo a no menos de dos o tres o boludos como vos por semana?

Eso pienso. Todo eso. Pero no se lo digo.

Le respondo: -Sí, sí, el ex jugador.

Insiste: -Claro, sos vos... Jugabas en Racing, ¿no? ¿En qué año jugaste? Porque me acuerdo de un partido contra Boca que la rompiste toda. Habrá sido en el 92 porque yo en el 92 estaba terminando el secundario

y fuimos con los pibes de la división.

-En el 92 yo ya no estaba en Racing. ¿Estás seguro de que era yo? ¿No me estarás confundiendo con el cabezón Marini? –intentando con el sarcasmo finalizar el interrogatorio que tan mal me hace.

-¿Qué hacés vos acá en una panadería?

-Me estaba por matar pero justo llegaste vos.

Llegó un momento en que ya no soportaba que me preguntaran por el fútbol. Mejor dicho: que me preguntaran por la parte de mi vida en la que jugué al fútbol. Porque hay un colectivo imaginario en muchísima gente que piensa que el jugador de fútbol es un tipo millonario, sin problemas, que nunca va a sentir los dolores en la espalda de aquel laburante que levanta bolsas en el puerto.

Para ellos sos un tipo exitoso al que la vida le sonrío.

Esa pregunta era un puñal. El “qué hacés acá”, o el “qué hacés vos acá”, funcionaba como un disparador de depresiones. Que no llegaban a materializarse porque al rato tenía que estar preparando la masa de las facturas para el día siguiente y porque con dos horas de sueño tendría que volver a bajar al negocio y, si quedaba un rato, me iba a quedar dormido en una silla antes de levantar la cortina.

El primer click lo hice una mañana: las cebollas, ya cortadas para las fugazzetas, se me cayeron sobre seis bandejas de masas secas listas para colocarse en los mostradores, dispuestas a salir a la venta. Eso fue el desencadenante para una descarga de violencia inusitada y sin un motivo realmente valedero: hice volar por los aires las seis bandejas, ollas, pizzeras, cuchillos y todo lo que tuve a mano en un lapso de 2 ó 3 minutos. Después llegó la aparente calma, cuando estallé en llanto.

El silencio había ganado a los clientes que se encontraban en la parte de adelante del negocio. Atrás, el caos. Sólo habían conservado estoicamente su lugar el horno, un anafe con cuatro hornallas, la pileta y una heladera Candy blanca. Curiosamente la silla que hacía de improvisado aposento de descanso en las madrugadas había quedado en el mismo lugar de siempre, como esperándome una vez más.

Me senté, y tratando de comenzar a poner en orden los pensamientos en medio del caos, me empecé a dar cuenta de que no extrañaba tanto

al público en las tribunas, los entrenamientos o las picadas secretas en la casa de Tita. No quería volver a pisar una cancha de fútbol ni a pelearme con los dirigentes porque no pagaban en tiempo y forma. Lo extraño era sentirme yo en el cuerpo de alguien que ya no era un futbolista profesional, haciendo algo para lo que no estaba preparado. La mirada de ese otro que no podía creer que yo estuviera trabajando a la madrugada entró en colisión con mi mirada y esta situación comenzó a ser insoportable.

Es algo inexplicable tener vacíos existenciales en el alma cuando no tenés tiempo libre. La urgencia no me dejó elaborar el duelo del retiro y el cuerpo me empezó a pasar facturas. Facturas, qué paradoja, ¿no?

Es difícil explicar que el jugador de fútbol necesita tiempo para entender que esta profesión se termina pronto, que el retiro indefectiblemente va a llegar y que un día quizás tengas que dedicarte a algo que no querés, que no te gusta, algo que no esperabas y, casi con seguridad, para lo que no estabas preparado.

Terminé de comprender que tenía que hacer algo más, salir de esas cuatro paredes y dejar de confiar en mis estados de ánimo cada vez más fluctuantes un domingo posterior, cuando hice el segundo click. El definitivo.



Vengo del fondo del local hacia la parte de adelante del negocio. Traigo una cuchilla con una hoja de 30 centímetros en la mano.

Alzo la vista y lo veo: un ladrón saltó el mostrador y tiene amenazada a Silvana.

Es un pibe de 22 ó 23 años. Está parado frente a la caja.

-¿Qué hacés? –le pregunto.

-Estás robado –me contesta.

Me da gracia la expresión. Estoy casi sin dormir desde el viernes. Sin sacar su mano del bolsillo derecho de la campera, y mientras me le acerco sigilosamente, el pibe ve que llevo la cuchilla, me pide que me quede quieto y me dice otra vez: “estás robado”.

Mido casi dos metros. Estoy en bermudas, musculosas y ojotas. Ten-

go el pelo largo y desordenado y los ojos desorbitados e inyectados en sangre.

“Si tuviese un arma ya me habría disparado”, pienso. Me le acerco más. El pibe se pone nervioso. Finalmente le apoyo la mano izquierda en un hombro y le digo:

-Vamos afuera. En la vereda te voy a clavar la cuchilla en la garganta.

Es más que una amenaza. Tengo ganas reales de matarlo. “Estás robado”, intenta por última vez, con un hilo de voz y la mano todavía en su campera naranja.

Lo saco afuera. Lo agarro de los pelos. Le aprieto la cabeza contra la pared sin revoque. Lo insulto. Le apoyo la cuchilla en la garganta. Empiezo a hundirle la hoja en el cuello.

-¡No, Hugo! ¡Déjalo ir! –me grita Silvana. Está llorando.

Yo sigo.

-¡No hagas ninguna locura! –grita ahora.

Al pibe le cuesta respirar, pero alcanza a decirme:

-Perdoname Lamadrí, dejame ir por favor.

Dudo. Se me cruzan mil imágenes por la cabeza. Silvana, mis hijos, mis viejos, mis suegros, mis amigos. El fútbol.

Escucho que un Ford Taunus estacionado en medio de la cuadra enciende el motor.

Tengo un segundo de lucidez: lo suelto.

El pibe se sube al Taunus y desaparece por Cotagaita.

Me desmorono. Me derrumbo.

No puedo más.



Esa misma noche fui a la casa de una de las dos empleadas que trabajaban con nosotros. Le ofrecí que nos alquilaran el local a un valor imposible de rechazar. Era eso o cerraba. Aceptaron y, por suerte, el negocio siguió funcionando. Yo empecé a dormir las noches enteras, a cenar con mi familia y volví a la cancha para ver a Racing.

No sos inmortal: sos Lamadrí

▶ Para muchos mortales el jugador de fútbol es un ser afortunado, tocado por una varita mágica que dedicó parte de su vida a cumplir aquel sueño que fue construyendo desde pequeño. Esta aseveración, al parecer casi sin fisuras, no tiene en cuenta algunos aspectos secundarios que, como mínimo, la ponen en duda.

Pero sí es cierta una cosa: el jugador de fútbol pudo cumplir su sueño. En ese sentido es un privilegiado: no sé cuántos pueden haber tenido la misma fortuna.

Un sueño que tiene como comienzo aquel día en que te fuiste a probar y eras uno más entre tantos otros pibes.

¿Cuántas historias que desconocemos habrán nacido en tantas canchas auxiliares?

¿Cuántas ilusiones habrán quedado trucas después de un día muy largo, muy agotador, de varios partidos de entrenamiento en los que vas pasando filtro tras filtro y donde la diferencia entre seguir manteniendo el sueño o no es un “pibe, vuelva en diciembre” cuando recién estamos en febrero?

Al finalizar la jornada alguien que no sabés quién es ni cómo se llama, vestido con un pantalón de gimnasia azul Adidas y una remera blanca, finalmente se te acerca. Tiene una carpeta en la mano y una lapicera azul atada con un piolín para no perderla. Abre esa carpeta mientras tratamos de espiar qué dicen las planillas que asoman.

-A ver, los categoría 66 que se vinieron a probar, vengan acá conmigo.

Y te separa del resto de los otros chicos de otras edades que también vinieron a probarse. Se viene la definición: quedás o tendrás que irte a probar suerte a otro club.

Parado frente a varios pibes cansados, no tanto por el esfuerzo sino por las horas que llevan en esa cancha y que esperan con ansiedad, comienza a recorrer con su vista la planilla que tiene dibujada una cancha con apellidos ubicados en un 4-3-3, algunos de ellos subrayados o con notas aclaratorias y otros con una cruz que sentencia.

-Los que voy nombrando, se ponen acá -señala con la mano extendida su lado derecho y mirando a los pibes como con piedad, sabiendo que a él le toca la espantosa tarea de comunicarles a muchos de esos pibes cargados de ilusiones que no van a quedar; y porque sabe, además, que lo que les diga a muchos de esos pibes puede frustrarlos.

Porque además cualquiera de ellos tiene la edad como para ser su hijo.

Canta un apellido. Levanta su cabeza, lo busca con su mirada y con su mano lo invita a ponerse a su lado, de manera casi discriminatoria hacia el resto. Es un momento de crueldad casi innecesario al que someten a los pibes, porque sin quererlo le están diciendo delante de todos, vos servís y vos no servís.



-La Madrid.

Me sorprende que pronuncie a la perfección la “d” final; no le doy importancia a que haya separado mi apellido en dos partes.

-¿Yo?

-Sí, pibe. ¿Vos no te viniste a probar de 5?

-Sí.

-Bueno pibe, ponete de este lado. El resto, muchas gracias por venir.

La mayoría comienza a irse de la cancha en busca de sus padres a co-

municarle la triste noticia y el “me dijeron que vuelva en diciembre”.

Para mí comienza el sueño. O mejor: el sueño comienza cuando me dice “mañana tenés que venir con un mayor de edad porque te van a fichar”.

Fichar. Esa es la palabra mágica que vine a buscar.

Tengo 8 años.

Desde esa noche, durante los próximos diez años, cada noche me voy a ir a dormir pensando e imaginando cuándo y cómo va a ser mi debut en Primera.



Un sábado de agosto de 1985 estábamos llegando al vestuario para jugar un partido en Tercera división, recibidos afectuosamente como siempre por Cachito Giménez, quien era el DT en ese momento. Como era habitual, el equipo de la Tercera estaba formado por jugadores a los que el club tenía que definir si les hacía su primer contrato o los dejaba libres; jugadores de Primera que no estaban pasando por un buen momento o necesitaban jugar porque estaban buscando su mejor forma después de una lesión; y también otros que veníamos pidiendo pista desde abajo.

Nuestro goleador y as de espadas, categoría 1966 al igual que yo, era Ramón Ismael Medina Bello, el Mencho de Gualaguay, que el año que llegó a Racing jugaba los sábados en Tercera división y los domingos en Cuarta. Vivía en la pensión que estaba en la cancha como muchos otros chicos del interior del país. Pero el Mencho estaba realizando el Servicio Militar Obligatorio, la “colimba”, y si bien contaba con permisos especiales para poder salir y jugar, ese sábado para mi fortuna no pudo llegar a jugar.

Cachito Giménez se me acercó mientras me estaba cambiando:

-El Mencho hoy no llega. ¿Me podés jugar de delantero? –me preguntó.

-Sí, Cacho, no hay problemas. ¿Pero con la 9?

Nos reímos los dos.

Así que salí a la cancha de delantero. Era flaco, alto, pelilargo, algo desgarrado.

Y atrevido.

En un tiro libre mal cobrado por el árbitro cerca del área rival, tomé la pelota con ese gesto típico de “yo me encargo”. La puse en el piso y esperé pacientemente que el juez diera los pasos para definir dónde debía ubicarse la barrera.



Me agacho para acomodar la pelota de tal manera que se quede quieta, abrazada apenas por el pasto. Miro al arquero; el pelo largo me cae sobre los ojos.

Retrocedo algunos pasos y me inclino hacia la izquierda, veo que el arquero se afirma sobre sus dos piernas, apoyando equivocadamente la punta y el talón de sus pies. Si la puedo pasar por arriba del penúltimo hombre de la barrera es gol. Si el chanfle lleva la dirección y la potencia justas, no hay manera de que el arquero, desde su posición, pueda volar hasta el ángulo que forman el palo y el travesaño de madera.

Otra vez retrocedo lentamente cuatro pasos, en un recorrido semi curvo, sin quitar la vista del balón. Me imagino que el balón se pone contento al verme: no va a ser maltratado por un zapatazo infernal del Mencho.

Ahora dudo entre la comba por encima de la barrera o darle fuerte al palo del arquero.

Arranco la corta carrera; a un metro y medio del balón me decido por la comba por sobre el último hombre de la barrera. El arquero parece adivinar mi intención y empieza a inclinar el cuerpo hacia su izquierda para ganar valiosas décimas de segundo en anticipar su vuelo.

Al llegar al balón agacho la cabeza para asegurarme de que el chanfle se comience a formar a la perfección desde la parte interna de mi pie derecho. El arquero ya casi está en el medio del arco. La pelota se despega desde mi pie y el arquero desde el piso. La pelota parece que va a superar con lo justo a la barrera, es el cálculo que realizo apenas levanto

la vista y ya veo al arquero formando con sus brazos extendidos y sus piernas, desafiando a la fuerza de gravedad, una muralla casi perfecta que vuela con intenciones de impedir que la pelota se meta en su ángulo superior derecho.

Pero el balón no se presta a una épica historia. Le pega en la oreja izquierda a uno de los integrantes de la barrera, se desvía y entra casi como pidiendo disculpas al arco, mientras al otro lado el arquero va aterrizando de su vuelo.

No todos los goles se gritan del mismo modo. Levanto un brazo, doy media vuelta y espero el saludo de mis compañeros.



El partido lo ganamos 2 a 0 y también hice el segundo gol, de cabeza tras un tiro de esquina. Eran épocas donde el DT de la Primera división se mezclaba entre los madrugadores plateístas para ver el primer tiempo de la Tercera. Cayetano Rodríguez, que había llegado hacía pocas semanas al club para ocupar el lugar que había dejado el querido Agustín Mario Cejas, fue privilegiado testigo de un evento único y que jamás se iba a repetir en mi carrera: dos goles en un partido y jugando de número 9.

Las felicitaciones se mezclaron con las cargadas en el vestuario, mientras de afuera ya llegaban los gritos de la gente porque estaba por comenzar el partido de la Primera.

Ya me había cambiado, ya había agarrado mi campera y mi bolso (donde siempre tenía a mano un Capitán del Espacio de chocolate) y salía para ver el partido en la platea A cuando se acercó un integrante del cuerpo técnico y me avisó que el lunes tenía que presentarme a las 9 de la mañana al entrenamiento del plantel superior.

Esos imprevistos en el fútbol que muchas veces son definitorios en 90 minutos, también lo pueden ser en determinados momentos de la carrera. En el fútbol siempre hay que estar siempre preparado, aún en esos momentos en los que pensás que no podés, que nada te sale y en los que tu autoestima está por el piso.

El fútbol muchas veces no te avisa.

Los primeros entrenamientos y el debut en Primera son cosas que siempre se guardan con particular cariño. De ese equipo me queda un hermoso recuerdo de Félix Lorenzo Orte, que fue uno de los que se me acercaron apenas me integré al plantel y era el que animaba cada entrenamiento en momentos que no eran del todo calmos. Nos haríamos grandes amigos, sobre todo fuera de la cancha donde compartimos asados en la casa de mis viejos y raviolos en su casa con su familia. El “Loco” sería asesinado unos años después en la puerta de su casa en Lomas de Zamora.

Curiosamente, en el ensayo de fútbol de mi primera semana con el plantel de Primera, Cayetano me puso de delantero para el equipo de los suplentes. Me había visto en esa posición aunque le habían dicho que yo era volante. Y al terminar el entrenamiento nos quedamos solos en el círculo central:

-Cuidate porque mañana vas a concentrar con la Primera y el sábado vas a ir al banco de suplentes –me avisó.

Racing enfrentaba a Deportivo Italiano en cancha de Huracán. En el vestuario y en épocas donde los números de las camisetas eran correlativos me esperaba la número 16, lo que terminaría de despejar cualquier duda que alguien tuviera sobre la convicción del DT de que yo era delantero.

Los bancos de suplentes en el Tomás A. Ducó no estaban situados donde están hoy, sino del lado de enfrente y a muy pocos centímetros del alambrado. El partido venía complicado así como la relación con los hinchas, enojados con razón, quienes a un par de metros nada más enredaban nerviosamente sus dedos en esos alambres con tanta historia. La cancha, algo húmeda por una lluvia de la noche anterior, hacía difícil lo simple y faltando 20 minutos para el final, empatados 1-1 y con un hombre menos, llegó el momento que había esperado desde los 8 años, cuando aquella persona con equipo de gimnasia azul y remera blanca me había dicho “vos pibe, ponete acá”.

-¿Te animás a entrar? –me preguntó Cayetano. El segundo año de Racing en la segunda categoría del fútbol argentino podía ser una carga importante para un pibe sin experiencia.

-¡Sí! –le respondí.

No hubo otras explicaciones técnicas ni tácticas.

Terminé la entrada en calor, me volví a sentar en el banco de suplentes para ajustar los cordones de los botines Le Coq Sportif negros que me había prestado el Flaco Zaccanti (yo no tenía botines con taponos altos para una cancha mojada, y como eran dos números más grandes tuve que usar dos pares de medias de toalla), y entré.



Llevo 10 minutos dentro de la cancha. Una pelota larga viene volando desde nuestro arco, un defensor rival pifa en el rechazo y el balón me queda picando.

Veó al arquero, el doctor Alejandro Lanari, a medio camino y con un gesto de resignación. Sabe que yo llego primero a la pelota. Sabe que no tiene tiempo de retroceder.

Soy el 9 de Racing y hago un toque suave en la pelota con el empeine derecho. La veo volar por encima de Lanari. La veo entrar despacio en el arco. Escucho el “ta ta ta” de Víctor Hugo en Radio Argentina.

Me veo en la tapa de todos los diarios del domingo con los botines del Flaco Zaccanti.

Estoy parado en el medio de la cancha y siento la mirada de los hinchas, un momento que esperé más de la mitad de los años que tengo, empiezan a pronunciar mi apellido.

“Lamadrí llegó a Racing cuando tenía 7 años e hizo todas las inferiores en el club”.

“Me comentan que nunca jugó de 9 en inferiores”.

“Mide 1.94 y es de Villa Domínico”.

Y de golpe comenzás a ser.

Sos Jorge Fontán, aquel viejito de la Subcomisión de Fútbol Amateur obligándote a dejar el rubgy para volver al fútbol en quinta división.

Sos esa camiseta que ya empieza a ser tuya. Tenés que agarrarla y defenderla con uñas y dientes para no soltarla más.

Sos ese pibe que corrió con un papelito arrugado y una lapicera Bic

azul para que firmaras el primer autógrafo y sentirte por fin un jugador de Primera división.

Sos ese “gran partido, Flaco” con el que el Ruso Ramenzoni arranca la entrevista para la transmisión de Víctor Hugo por Radio Argentina.

Y durante muchos años habrá triunfos y derrotas, alegrías y tristezas, risas y llantos. Qué lindo es el fútbol, desde adentro de la cancha, desde una tribuna o con la radio pegada a la oreja. Qué lindo es el fútbol.

Pero después de algunos años y un buen día, casi sin darte cuenta, todo esto se termina y ya no sos nadie. Porque es así, porque te preparaste durante casi toda tu vida para ser un jugador de fútbol por 15 ó 20 años.

Los músculos, los movimientos y los reflejos van a seguir siendo los de un jugador de fútbol por un tiempo, pero ya no sos. Si fuiste un crack, posiblemente escribas un libro sobre táctica y estrategia. O quizás algún periodista amigo escriba tu biografía autorizada o no autorizada porque el público ama a los ganadores, a los triunfadores.

No es mi caso, creo que está claro. Pero una mañana me dije: “¿Por qué no contar mi vida como jugador de fútbol?”.

Porque yo tengo una vida, una trayectoria.

Porque yo fui también.



Puede suceder que el jugador, al ser abandonado por el fútbol, comience a ser un resentido con ese mismo fútbol que lo cobijó durante años. Es normal que a muchos de nosotros nos pueda pasar que al mirar un partido se nos escape un “ese no puede jugar a nada”, “con la que ganan hoy cómo no corren”. O que algún amigo te comente “ese en el medio ni te ataba los cordones” para endulzarte los oídos.

El jugador de fútbol que se retira, y que para vivir al otro día se tiene que poner a trabajar de cualquier otra cosa, muy probablemente cargará con ese resentimiento y esa frustración de ya no ser. A mí me sigue pasando.

Me preparo el mate: pienso por dónde podría arrancar a escribir. Y

apenas me siento escucho a un periodista, en uno de los tantos noticieros deportivos, anunciar que Boca acaba de contratar a un marcador de punta por izquierda en 4 millones de dólares. Pero aclara que son cuatro millones de dólares por la mitad del pase. Por la mitad de la “ficha” como les gusta decir a las nuevas camadas de periodistas deportivos.

Cuatro millones de dólares por un jugador de fútbol que tiene una línea blanca de cal a su izquierda y más allá pasto, una fosa, una pista de atletismo o la nada misma. Tiene la mitad del problema solucionado. Cuatro palos verdes.

Cuatro palos verdes por un jugador que a su izquierda no tiene más cancha y para que vaya y venga por un andarivel. Ben Johnson podría jugar de 3. Yo tenía que correr del medio para la derecha, del medio para la izquierda, hacer relevos, ir a presionar hacia adelante, retroceder, ir a cabecear, defender...

“Cuatro palos verdes por un marcador de punta”. Así me susurra al oído el demonio del resentimiento. “¿En el potrero a quién elegías último? ¿Al 3!”, me quema la cabeza.

Pero a fuerza de intentos logro dejar de escucharlo. Y aparece el fantasma de la realidad. “Flaco, volvé a tu vida. Hace dos meses que no pagás el monotributo y te fuiste de vacaciones 4 días a Mar del Tuyú. Empezá a solucionar tus problemas, Flaco”.

Entonces tomo aire y me seco las lágrimas con la manga del buzo porque es muy difícil asumir que el fútbol ya es pasado y que, si este es el presente, va a ser muy difícil el futuro. Porque además no estoy preparado para casi nada. En realidad, para nada.

El partido más importante de la vida está por empezar. Lejos está de ser una final de Copa Libertadores o una Copa del Mundo. El partido que tenés que ganar es que tu cabeza no explote, es encontrar la manera de transformar esos sentimientos negativos en positivos. O al menos convivir con ellos de la forma más saludable posible.



-¿Qué haces sentado? ¿No tenés nada para hacer?

Esa voz no es del demonio del resentimiento ni la del fantasma de la realidad. Es la voz de Silvana.

No se me ocurre nada. De golpe me descubro mirando algo en blanco y negro en la tele, no sé si El Zorro o Pepe Biondi, y me pregunto qué estoy haciendo acá, porque a esta hora yo estaba terminando de entrenar. Estaba en el vestuario con mis compañeros escuchando a Julio Sosa en la Noblex Siete Mares de Conejo.

Se me vienen a la cabeza escenas de partidos que ya terminaron. Retumban en mis oídos el sonido de los tapones de aluminio en el túnel del Cilindro y como en una película de ciencia ficción esas imágenes pasan en cámara lenta. Por ahí es mi propia mente que utiliza un mecanismo de autodefensa y hace todo lo posible para que ese momento dure para siempre, pero no. Tengo que aprender a convivir con esos recuerdos que muchas veces hacen mal.

-Corré las patas que tengo que barrer.

-¿Cómo?

-Que corras las patas porque tengo que barrer.

Sin querer, Silvana por debajo de la mesa me pega con el escobillón en las piernas, en las patas. Empiezo a ocupar lugares en los que no estuve en los últimos 15 años. La dinámica del hogar no me considera, no me reconoce como un integrante estable.

Empiezo a sentir que molesto, que no tengo derecho a estar deprimido, enojado o resentido a las 12 del mediodía mirando la tele, pero sin verla. O sin hacer nada porque nada se me ocurre y no hay estímulo cerebral que pueda llegar a impulsarme.

De golpe no tengo más un sueldo ni una obra social, aprendo el precio de los pañales y me entero que a los chicos por las noches les puede subir la fiebre por una otitis. Y que esa vida que dejé de vivir y de la que reniego muchas veces me saca a la calle en plena madrugada camino a la sala de guardia del Hospital de Wilde, entendiendo por primera vez que cuando uno habla de los padecimientos de los que menos tienen, muchas veces lo hace desde el desconocimiento de lo que eso significa.

Corré las patas.

Esas tres palabras me despiertan de golpe.

Tengo dos opciones: me quedo sentado y resentido por lo que pude haber hecho y no hice, por lo que pude haber sido y no fui; o empiezo a asumir que uno muchas veces es el resultado de sus propias acciones y decisiones. Que hay que hacerse cargo.

Salir de la depresión me lleva tiempo, disgustos y desencuentros. Me ayuda el humor, reírme de mí mismo, de mis desgracias y mis errores.

“Corré las patas. Já... Las patas... ¿Vos sabés que estás patas valían varios miles de dólares el siglo pasado? ¿Te conté que el Atlético de Madrid ofreció 5 palitos verdes por estas patas? ¿Y que en 25 años estas patas dieron 2 veces la vuelta al planeta?”.

Me río.

Miro la computadora y la pantalla está en blanco. La apago. No tengo nada para escribir. O en realidad sí, pero no sé a quién le puede importar lo que cuente un fracasado.

Y de golpe escucho otra voz. No es la del demonio del resentimiento, ni la del fantasma de la realidad, ni la de Silvana. Es una voz grave, como la voz del Coco Basile, que me empieza a retar al igual que cuando jugaba.



¿No te diste cuenta de que vos cumpliste un sueño? Muchos estuvieron cerca y se quedaron en el túnel. Muchos fantasean con que son Messi o Maradona pegándole a una Pulpo en una plaza. Muchos despuntan el vicio en una canchita de papi... ¿Vos cumpliste el sueño de todos ellos, que era también tu sueño y el de tus viejos!

Vos llegaste, Flaco, estuviste ahí. Fuiste un privilegiado. Te aplaudieron, corearon tu nombre, te pidieron autógrafos. Te putearon. Te putearon un poco más que a otros, es verdad. Pero fuiste bandera, fuiste gol, fuiste abrazo. Y porque fuiste, sos. Que este mundo que te decreta la muerte como jugador de fútbol pasado los 35 años no te desanime. Que este mundo donde todo es descartable no te derrote.

Conociste países que de otro modo no hubieses conocido nunca. Te cruzaste con gente valiosa. Ganaste amigos. ¿Que no podés caminar

bien desde hace 25 años porque jugaste 7 partidos de Copa Libertadores con un tobillo fracturado y estás rengo? Es una señal de que lo intentaste y lo lograste. Y hoy, acá, en este momento, estás igual que hace un cuarto de siglo, empezando otra vez.

Dale, si sos el número 5, sos el Volante Central, el que no tiene permitido rendirse nunca. El que le mete una murra al rival y cuando va a levantarlo del piso le dice sonriendo: “Te voy a romper las dos piernas y no vas a jugar nunca más al fútbol. El círculo central es mío”. Sos el que le dice a su compañero: “hoy te convertís en héroe”. Así que, Flaco, ya está. Dejá de correr, dale descanso a ese tobillo y a esas piernas.

Ahora dale a la cabeza.

Sentate y escribí.

Parate en un escenario y contá.

Hacé llorar y hacé reír.

No sos inmortal: sos Lamadrí.

Impreso en Buenos Aires.
Mayo de 2020



www.edicionesalarco.com

INSERT LA HISTORIA EN FOTOS



Racing - Nacional de Montevideo, partido de vuelta por la final de la Recopa Sudamericana (enero 1989).



Baby fútbol en la Sede de Avellaneda de Racing Club, en un partido contra Los Andes.



Fútbol infantil. Cancha de Almirante Brown (1976).



Entrenamiento con la Selección Juvenil en Paraguay. Con Fabián Cancelarich (Ferro) y Miguel Angel Fullana (Newell's).



Plantel de Racing de 1989-1990, con Tita en el centro.

▶ Mi época de corte "taza", estilo Brian Jones, para que me confundieran con el Flaco Gareca.



▶ Foto del día del debut, antes de sentarme en el banco de suplentes.



Debut en la Primera de Racing contra Deportivo Italiano en Huracán (1985).



Racing contra Atlanta, 1985: penal de Gette no cobrado por el árbitro.



Con Walter Fernández, Horacio Attadía, Carlos “Chupete” Vázquez y Gustavo Costas, en vuelo a Colombia (1987).



Falcon Modelo 81. Yo le di la plata por el ascenso en 1985 a mi papá y él se compró un VW 1500. “Cuando venda el Falcon te devuelvo la plata”. No lo pudo vender y me lo quedé yo.



Festejo del gol en el debut frente a Italiano (1985).



El gol a Italiano en mi debut en Racing. El arquero es el doctor Alejandro Lanari.



Otra rareza: gol a Banfield en cancha de Racing (1985).



▶ Otra del viaje a Colombia, brindando, pero en esta sin Gustavo Costas.



▼
Contra San Lorenzo en cancha de Huracán (1988).



La etapa en Mandiyú de Corrientes. Con Cacho Borelli, la última vez que jugué oficialmente en cancha de Racing (temporada 93/94).



Formación de Mandiyú de Corrientes (93/94). Con Roberto Cabrera (arquero), Luis Nery Caballero, Héctor Rodríguez Peña, Roberto Lugo, Julio César Marinilli, Alejandro Duré, Hector Indio Morán, Arsenio Chiquito Benitez, Mario Obregón y Guido Alvarenga.



Con Walter Fernández, Horacio Attadía y Juan Carlos Zubzuck.



▶ Alta nota con una periodista colombiana.



▼ Llegando al aeropuerto de Salta para jugar en Juventud Antoniana (1992).



▼ Con Pocho Nupieri, Cacho Pontrémoli y Walter Fernández en el "Giratorio" de Santiago de Chile (1991).



Uno de los partidos que jugué en Universidad de Chile (1992), acá frente a Unión Española.



▶ Juventud Antoniana de Salta, Torneo del Interior 1992.



▼ En Douglas Haig de Pergamino, partido frente a San Martín de Tucumán.



▼ Con Juventud Antoniana en acción contra Concepción de Tucumán.



Mundial de Rusia. Una bonita señorita. La barrera idiomática y mis responsabilidades impidieron un conocimiento en profundidad.



Ensenándole al Coco Basile las bondades de las redes sociales.



En Douglas Haig de Pergamino, el último equipo de mi carrera como futbolista.



El adiós al fútbol en Douglas Haig. Con mi hijo Axel (1997).